

mundial

Revista Semanal Ilustrada



A LA CRIOLLA...

UNMSM 40 Centavos en toda la República



A nombre de todos los presentes brindo por el feliz viaje realizado por nuestro mejor amigo el Sr. Calentador Eléctrico **Therma**, para baño, a quien nuestros hogares deben la felicidad y el placer de la vida.

Hago votos para que nuestro incomparable amigo el Calentador Eléctrico **Therma**, para baño no falté en ninguna casa de Lima, único medio de completo bienestar.

Procuremos disfrutar de su presencia para bien de todos los habitantes de Lima.

¡Viva nuestro amigo el Calentador Eléctrico **Therma** para baño!

Los Rosales de Don Miguel de Mañara

Por A. Hernández Catá

Va usted a Sevilla? Pues le pido un recuerdo. No se asuste. Ni nazarenos de cartón, ni abanicos, ni yemas de San Leandro. Va usted a traerme algo que apenas ocupa lugar: una rosa. No sonría usted antes de tiempo. Se trata de un talismán fragante y no puede ser ni de esos rosales aventureros que abrazan hasta las copas de los árboles en el Parque de María Luisa, ni de los jardines del Alcázar, ni de ningún huerto, ni de ninguna reja. Ha de ser cogida en los rosales plantados por Mañara en el patio del Hospital de la Caridad.

No haría falta ir bajo el influjo de la leyenda de Mañara para sentir, apenas se traspone la puerta del Hospital de la Caridad, que se penetra en un ámbito de renovaciones difíciles. La lápida grita desde el umbral del templo el arrepentimiento exasperado del fundador, que, tras dar goce, a su carne en los días juveniles, dedicó lo mejor de su vida, cara al cielo, a mitigar los dolores de la carne doliente, y quiso ser enterrado donde todos, al entrar, pisasen sus despojos. Ni el mismo Murillo, tan suave, logra sonreír en esta iglesia de retablo magnífico, toda ella con relentes de tumba, donde impera la formidable y putrefacta pintura de Valdés Leal. Y al visitante, aun cuando una hermanita de la Caridad se le acerque con suave sonrisa entre las tocas, comprende bien que dos ángeles trágicos—el Dolor y la Pasión—van a ser sus guías.

Magnífica obra espiritual es este edificio, erigido con los bienes terrenales de Don Miguel de Mañara Vicentelo de Leca, vivificado con sus bienes espirituales, y mantenido luego a través de muchas generaciones, por la piedad de Sevilla. Hermano mayor hasta su tránsito de la fraternidad que temiera admitirle en su compañía, Don Miguel fué su luz más activa, y tras devolver al caudal de la caridad sus riquezas y trocar en pura humildad de orgullo de su prosapia, alzó la generosidad de los otros, moviendo con su ardiente ejemplo hasta a desconocidos, como aquel Francisco Gómez de Catro, cuya dándiva superior a cincuenta mil ducados constituyó la certeza de acabamiento de este edificio, cuyas piedras y cuya alma han conservado el tiempo y los hombres. Pan, lecho, cuidado para todas las enfermedades, por repugnantes que sus dolencias sean, hállase aquí a cualquier hora del día o de la noche. A nadie puede preguntársele de dónde viene, sino cuál sufrimiento, cuál escasez lo traen. En las vastas salas, rostros ya casi de la Muerte, sufrimientos en los q' el co-

bijo pone vagos relumbres de arco iris, grupos de parias unidos en torno al alimento dado sin mengua siquiera una vez, y prestos, ávidos de libertad, para marchar de nuevo hacia los ásperos caminos del mundo, pasan el alma y le dicen, de pronto, el terrible secreto del *Eclesiastes*, olvidado casi siempre y con mayor lenidad aún en esta Sevilla, pagana hasta en sus más cenicientos transportes, hecha toda para el *Cantar de los Cantares*.

La losa bajo la cual, contra su voluntad, ya no están los restos del fundador, llevados a lugar más honroso por designio de los hermanos, os da, desde el umbral, la presencia vibrante de Don Miguel, cuya palabra sigue embalsamada en breves exhortaciones poéticas, en las cuales—salvo en los dos versos últimos de un soneto, admirables—el espíritu férvido de la inspiración se sobrepone a la mediocridad de la rima. Y sus retratos, su reliquia, la espada—símbolo de su acción—, el cubierto con que comía—símbolo de cotidiana servidumbre—sitúan al visitante en el tronco mismo donde las ramas se bifurcan para florecer y diverger en historia y leyenda. Dos Mañaras se nos ofrecen, y es fuerza elegir a no preferir uno de nuevo en ideal tronco que uniera el nacido de la tierra al cielo, por encima de la dispersadora fronda. En el recinto saturado de espíritu, la pugna entre la historia, dictada por la fe religiosa y sostenida por muchos doctos, contra la leyenda creada,

según se dice, por los poetas y sostenida y multiplicada por el pueblo, excitan la imaginación del visitante.

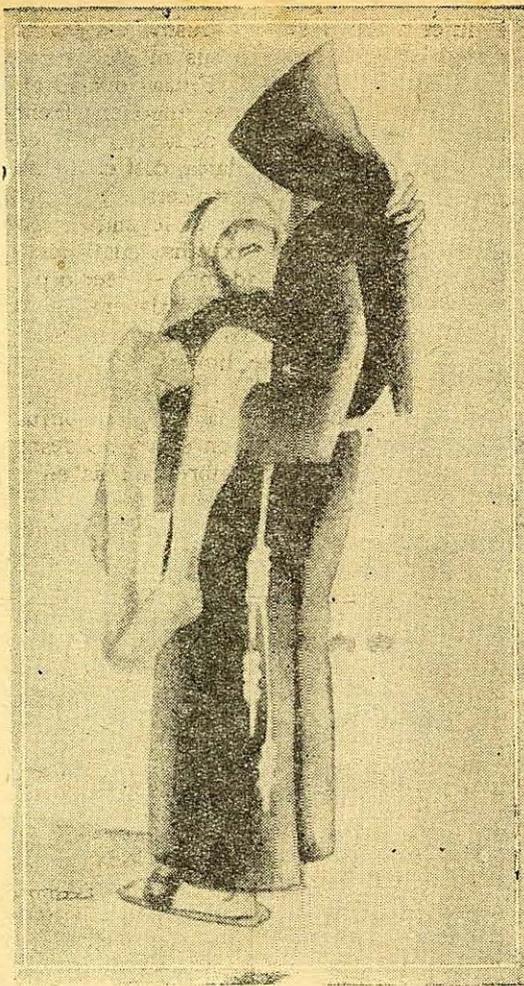
La leyenda ha pretendido y casi logrado, fuera de las zonas de la erudición y la fe, identificar la figura del fundador de "La Caridad" con el burlador sevillano. Sabido es que a esta figura, gran imán de poesía, se suman las hazañas del convido de piedra y de otros héroes de la misma vena, mitad desenfadados gozadores mitad escépticos o crédulos desafiadores de las potencias de ultratumba. Apartándose de la casuística discusión de si Mañara fué o no modelo originario de la figura de Don Juan, pretensión fácilmente rebatible merced a la cronología, cabe discutir si fué uno de los varones en quienes, por su conducta, fausto, arrojo y poderío con la mujer, pudo reconocerse una encarnación incompleta en el análisis más cabal en el examen somero, del mito. No importe si los años de extravío fueron siete o más; si la historia—floreceda de leyendas, en dirección mística, por otra parte puede rebatir errores de fecha y errores de sitio. ¿En qué vida no existen rincones secretos donde puedan caber todos los pecados? Sin las propias palabras del héroe, la leyenda no habría podido surgir. La intuición, el instinto intelectual, nos dice la imposibilidad de haber echado "porqué sí" sobre estos hombres viriles que cargaron cuerpos lacerados la capa libertina de Don Juan. Sería demasiado arbitrario.

Cada carácter específico para plasmar en la conciencia colectiva exige insinuaciones lentas y el tropel poderoso del arte; pero luego se reconoce por el mismo signo. Ese arte, que lo plasma, no encierra todos sus rasgos, mas ni el poder de evocarlos: así, ante cualquier soñador altivo de arrebatada y generosa locura, decimos: Un Quijote, y en otros casos un Otello, un Hamlet, un Tartufo. Examinados cada drama o comedia de Don Juan, desde la de Tirso a la inesperada de Arnold Bonnet, observamos que sin el receptor de la conciencia popular ante la magia del hombre genitor, las aventuras de cualquiera de ellas y aun de todas juntas, no bastarían para crear figura de tal jerarquía maléfica. Nada de extraño, pues, tiene que se atribuyan a don Miguel aventuras ya aplicadas a otros, como la del Arcediano de Carmona. Basta una coincidencia, una sospecha para que toda la figura adquiera luz de certidumbre. La lenta estratificación de rasgos y episodios entre sacados de vidas, separadas por distancia y tiempo hasta formar un arquetipo literario, se ejemplariza en el



hecho de que en cierta crónica navarra del siglo XII la investigadora colombiana Doña Mercedes Gabrois ha encontrado huella de un galán raptor de un monja en parecidas circunstancias a la imaginadas por Zorilla en su *Tenorio*. Basta una palabra, una anécdota, para sugerir la totalidad de la figura en su luciferiano dinamismo de prostituidor de virtudes. Ha nacido Don Juan de una especie de vanidad funesta de la mujer. Amor de condenación, placer doloroso fuera de la égida divina, el burlador entra en la perversión a modo de levadura atractiva y nefanda. ¿Qué mujer no está pronta a creerse capaz de suscitarse una pasión de delito capaz de atropellar todas las leyes del Cielo y de la Tierra? Bastan una sombra, la pluma de un sombrero, el tintinear de unas espuelas, un beso, un desdén, la presión de una diestra, para reconocerle o inventarle. Ni sus facciones ni su nombre importan: aun cuando se oculte, ellas saben que es incomparable bello y se llama Don Juan.

¿Anacronismos? ¿Imposibilidades? La opinión, hembra, no se para en obstáculos. La poesía está llena de invenciones que parecen recuerdos, y Don Miguel de Mañara Vicentelo de Leca, con su primor de caballeresco pegadizo y su santidad maravillosa, no puede engañarla. El aserto de los interesados en presentar a un Mañara ejemplar desde la iniciación de su vida y de que a absurdas invenciones de Merimée y de Dumas se debe la creación de la conseja, desmentida con copia de datos por el malogrado erudito gallego Víctor Sáid de Armesto en su obra ya clásica sobre *La leyenda de Don Juan*. En realidad, cuantos documentos se conocen acerca de la vida de Don Miguel de Mañara, dejan un vacío de época juvenil, al cual él mismo se refiere concretamente en uno de sus escritos en forma expresa, ajena a toda desorientadora anfibología y apta para contener el arrepentimiento de los más culpables arrebatos de pasión. La obra clásica del padre Cárdenas, cuyas dos rarísimas ediciones antiguas tenemos a la vista, se titula *Muerte, Vida y Virtudes del Venerable Caballero Don Miguel Mañara Vicentelo de Leca*, y fué publicada meses después del fallecimiento de Mañara, acaecido en mayo de 1679, a los cincuenta y dos años de edad. Su autor no oculta desde el primer capítulo la admiración fervorosa que la santa conducta y la muerte del fundador de "La Caridad" le inspiraron. Tanto es así, que hubo de añadir la *Protestar preliminar*, advirtiendo que cuando en la obra se llama a Mañara santo, dicho epíteto no prejuzga lo que la Iglesia puede enjuiciar acerca del gran varón cuyos hechos relata. La subversión que supone el enumerar la muerte antes de la vida es ya muy expresiva para calibrar el valor y tendencia de la obra, reimpressa por la Hermandad de la Caridad, con apéndices encaminados a desmentir la leyenda libertina de Mañara, en 1903. Esta obra, al igual de las publicadas por Don Blas Rufo, por Diego Ortiz de Zúñiga y de los capítulos que en otras de índole no monográfica se dedican al excelso varón, nada incontrovertible revelan. La boda con Doña Jerónima Carrillo, la muerte de ésta; su acción cuando fué, al tocar los seis lustros como representante del Rey, a la Corte, esclarecidos están cuanto lo permite la distancia, mas no día a día, de modo que puedan negarse antes de esta edad, ya la razón plena, tumultuarias exaltaciones juveniles. Que episodios contenidos en la compilación de leyendas publicadas por Antonio de Torquemada, en Salamanca, y en la famosa del *Niño Diablo* y de *Lisardo el Estudiante* después, se le apliquen, y que un poeta, con visible hipérbole lo pinte "acuchillando a con-



trarios, estrangulando Celestinas, siendo tentación de mujeres, pesadilla de padres, tormento de maridos, burla de la justicia, encarnación del escándalo y forma viva del cinismo"; nada demuestran. De todos modos hasta para el fervor católico, habituado a las revelaciones del Camino de Damasco, el Mañara pecador y rescatador de pecados es más comprensible que el santo que tiene por peana una burguesía holgada y piadosa. Románticamente quizá, una santidad sin tentaciones nos produce la misma decepción de un mar sin olas.

Que por modos calumniosos se haya hecho del caballero sevillano uno de esos Atilas de la guerra sexual, par de las descendientes de Lilith en el opuesto bando; sería raro poder de la mentira. Las construcciones espirituales, aún más que las materiales, necesitan cimientó. El Don Juan y la mujer fatal, los dos grandes vengadores, los dos grandes inmoladores, cumplen un destino social: el de verdugos de los reos condenados a pagar a la sociedad los inmensos crímenes que en nombre del Amor se cometen. Si fué Don Miguel renuevo de esta estirpe satánica, sólo puede inquirirse la fe que en la erudición o en la poesía se tenga. De la erudición, que en lo relativo al estudio de vidas acumula datos y datos de horas vulgares y deja otras, expresivas, profundas, herméticas y saturadas de precipitados de vida, desconfiamos; en cambio, tenemos a la poesía por la mejor brújula para guiarse en los dédalos de lo incierto. En el mismo folleto de *Homeñaje*, publicado por la Junta de Rectificación, el señor Ibarra y González achaca a Dumas el haber tomado harto al pie de la letra esta frase de Don Miguel: "Más de treinta años dejé el monte santo de Jesucristo y serví loco y ciego a Babilonia y sus vicios", y sin relacionar esta frase, que pudo, aislada, constituir mero tropo, pero que unida a otras de igual sentido y a las del testamento y el epitafio cobra significado especial, loa la dialéctica de Latour, quien, en su biografía de Mañara, triunfa, con una sim-

ple compulsación de fechas del constante e- quívoco de identificarlo con el Don Juan legendario, sin detenerse a precaver la posibilidad de que algo del héroe popular, creado ya, o por lo menos, en camino de plasmación, se realizase en la persona del caballero de Sevilla, en un lapso más o menos breve de su juventud.

Según confesión propia no hubo hombre más malo en el mundo y si la medida de su acción culpable está en su obra de arrepentimiento, fuerza es creer que no se dejó arrastrar al calificarse por las corrientes superlativas. Sus divinizadores, que repudian por ajenas varias leyendas, se allanan a atribuirle otras mencionadas antes y después junto a diversos nombres, cual son las de haberle querido ahogar el demonio, en figura de marrano, estando en el Convento de San ablo de la Braña, la del paso del arroyo crecido de la Monclova y el hundimiento, en Eciija, de una casa donde no habían querido darle albergue. La intercesión divina, brusca, según suele mostrarse a los varones que en repentino paso dejan la senda del error, protege a Mañara. ¿Al Mañara siempre bueno, piadoso, cumplidor de los deberes cristianos? La poesía sonríe, incrédula. Pero basta buscar la dimensión profunda del inflamado testamento y meditar en la frase "Aquí yacen los huesos y cenizas del peor hombre del mundo" para caer en duda. Duda que se acrece al pensar en el casuismo de tono y de habilidades dialécticas impuestas a la discusión al reducirla a una disparidad anacrónica y a una identidad insostenible; y al comprobar que la frase mal comprendida, según Latour, por Dumas, dice textualmente así, no en el *Discurso de la Verdad*, sino en el maravilloso Testamento, penetrado todo él de un acento ardido de sinceridades, directo y, por lo tanto, nada anfibológico en forma ni en espíritu: "Serví a Babilonia y al demonio, su príncipe, con mil abominaciones, soberbias, adulterios, juramentos, escándalos y latrocinios, cuyos pecados y maldades no tienen número, y sola la gran sabiduría de Dios puede enumerarlos, y su infinita paciencia sufrirlos y su infinita misericordia perdonarlos".

Cárdenas dedica a la juventud de Don Miguel apenas tres páginas, menos aún que a cualquiera de sus proezas pías; y de su matrimonio sólo hace mención para realizar el desasimiento temprano de Mañara de las vanas gracias del mundo. Narra y loa la vida de un santo de su fe, y su pluma no quiere mancharse en contar tentaciones y caídas. Toca el milagro a menudo y, sin embargo, quita a su héroe, aparte del fulgor demoníaco sobre el cual es grato ver flamear después de la contienda de llamas la cruz de Cristo, los adornos estéticos jamás repudiados por la religión. Sabido es que las vías de Dios son múltiples e inesperadas, que su voz y su mano pueden tocarnos en todos los minutos; mas antes que ver al gran caballero, irritado por el decomiso vulgar de unos jamones, detener sus pasos coléricos al mandato de una voz suavisora de templanza llegada a su corazón desde el Cielo, nos place suponer su primer contacto con la elección divina en el legendario seguimiento al través de las calles sevillanas, a la hora aguda del crepúsculo, de una dama que, refugiándose en la Catedral, se destoca y muestra al galán tenaz, en lugar del rostro, la calavera igualitaria a donde van a parar todas las bellezas de la carne y las audacias del pensamiento.

Esta y otras leyendas—mariposas de la poesía popular viva—han ido, según se ha dicho, a posarse en la gran figura del fundador del Hospital de la Caridad. Pero ¿casualmente? ¿Arbitrariamente? lo dudamos.

La leyenda no es jamás invención, sino ensanchamiento del círculo de posibilidades, embellecido, perfeccionado, no importa si hacia el bien o hacia el mal. Y, mejor que al hecho fútil y vulgar que reseña Cárdenas place, deber tan importante conversión a un suceso de milagro bello, es decir, de comprensión súbita, hermana, por ejemplo, de la que cuajó en el Duque de Gandía a San Francisco de Borja. Que faltan datos históricos de la juventud de Don Miguel, es indudable. Sin estos años de vida tempestuosa, de tributo terreno a las fuerzas del mal, el tono arrebatado del testamento, el del *Tratado de la Verdad* y, sobre todo, la frase escrita por él mismo para su propia lápida, tendrían un incomprensible regusto a jactancia o soberbia poco en armonía con quien había de dedicar a la humanidad y a la caridad los bienes mejores de su ser. Y no sabemos si a la misma Iglesia conviene más representárselo varón pecador tocado en un momento y ya para siempre de activa santidad, o palabrero exagerado y hombre cuya vanidad le lleva hasta hinchar sus propios pecados al borde mismo de la tumba.

La atenta lectura del libro de Cárdenas y la de las reglas de la Caridad, impresas con la perfección propia del gran Ibarra, legada a su viuda e hijos, así como el examen de su ilustre genealogía—¡oh injerto italiano inevitable y gustoso!—, del inventario de sus pingües bienes y de la autoridad que, apenas ingresado en la Hermandad, cobró Don Miguel de Mañara, acrecen el río de la leyenda con afluentes, abstractos cada uno en sí, más concretos y poderosos si en haz se reúnen. No puede el capricho de un escritor arraigar una fábula, como no pueden los asertos más tenaces que lucidos de la admiración condicional desraigarla. A las dudas antedichas, selladas por la suprema certidumbre que caballero tan esforzado en las luchas contra la soberbia fuera, en el momento de las voluntades últimas, escapar de la llamada por San Agustín, torre de evangélica perfección cuyo cimiento es la humildad, puede añadirse otras aún: Si era ejemplar su vida, ¿por qué quisieron darle muerte en la calle del Ataúd, donde, según Cárdenas, la voz divina, advirtiéndole, lo libró del peligro? ¿Y por qué el temor de que "los avasallara con su imperio" cuando presenta su solicitud de ser admitido como hermano de la Caridad donde había caballeros de los principales de Sevilla y es rechazado una primera vez? ¿Y por qué en la pregunta número 19 de la Información *Ad perpetuam*, para obtener en Sevilla y pueblos comarcanos testimonios de la santidad de Mañara, se dicen estas palabras: "... y en los años de su mocedad y antes de su conversión..."? Las interrogaciones podían encadenarse, numerosas, Mirando los retratos del fundador y el porte de su estatua, y el tono de sus escritos, no se comprende la obstinación del grupo empecinado en quitar de la existencia del gran caballero una caída, clásica en la hagiografía según se sabe, que realza la cumbre alcanzada en el final de su existencia.

Largo rato permanecen los ojos contemplando los retratos del hombre en quien el mito demoníaco de Don Juan pudo cobrar o recobrar raíz humana. Héroe moderno, Don Juan no aparece en ninguna de las Mitologías, y su fuerza es tal, que Júpiter, Proteo y Eros, juntos, no nos darían por completo su esencia. En el primer retrato de Murillo, su gran amigo, la teoría del intersexualismo, hoy tan en boga, parece ganar otro argumento: bello andrógino, nada hace suponer en él las virtudes futuras. Se explica en este rostro femenino la tendencia de

la mujer a admirarse a sí misma y a enamorarse, por espejismo, de sus rasgos propios traspuestos a otro sexo. En las demás efigies las facciones viriles se imponen: frente voluntarioa, ojos a la vez de acción y de ensueño, nariz de proa, judaica, casi en su traspunto de pico de ave carnífera. Y, acaso, movidos por el poder de la leyenda o por una incitación ajena a extrañas sugerencias, ya tenga la diestra en ademán de leer o persuadir y la siniestra sobre la calavera, se nos antoja que, por entre los seráficos oros del santo multiplicador de limosnas, los ángeles complejos del Don Juan se insinúan. Esta dualidad hace que la figura donjuanesca, tan extraña hasta en sus vetas desnudas de aleación, se ensombrezca más en su conjunción mañaresca.

Tan inaccesible es Don Juan, que desde el frailecico de la Merced acá, nadie ha

podido unificar en una acción suficiente sus múltiples cataratas de seducción, de dominio, de frenesí de los sentidos, de resistencia de la carne. Sin la preexistencia del mito en el lector yespectador, la comprensión de cualquiera de las obras cuyo protagonista es Don Juan serían incomprensibles. Lo que el burlador hace o dice desde Tirso a Molière, desde Molière a Bataille, desde Bataille a Lenormand, no basta. Pero el público, alma femenina; abrasada y poseída ya de antemano por la leyenda, completa, profundiza, levanta. Ante los rasgos fisonómicos de Mañara, como ante los de cualquier Don Juan, se para atónito, incomprensivo... Para comprender a Don Juan es preciso estar en la zona de su fluido; el hombre no lo está casi nunca y, en cambio, la mujer lo está casi siempre por temor o por esperanzas tácitas, Don Juan no necesita ser ex-

BANCO ITALIANO LIMA

AÑO DE FUNDACION 1889

1889	Capital y Reservas.... S/.	92.312.11
1899	" " " "	1,267.141.27
1909	" " " "	2,898.693.36
1919	" " " "	6,445.941.09
1929	" " " "	19,146.129.43
1931	" " " "	19,835.582.68

42 AÑOS DE EXPERIENCIA

En Toda Clase de Operaciones Bancarias

cepcional en la aopstura, en la hermosura, pues el espejo donde se mira lo perfecciona por modo insuperable.

No es raro que la belleza de Mañara no impresione al contemplador de sus retratos; algo hay, sin embargo, en su porte de ese magnetismo superior para ablandar la virtud de la mujer a la belleza apolínea o dionisiaca. Así como después de su conversión halló en el espíritu fuerzas sobrehumanas, en las que se conservan intactas las excelencias humanísimas del señorío, de la audacia, de la magnificencia, esas mismas luces, abriantadas por tonos sulfúreos, debieron prestar a su juventud atractivo irresistible. Si la leyenda triunfa, nada en la iconografía, desde el retrato juvenil de Murillo a los postreros, impide que sobre la cabeza y los hombros de Don Miguel, cuyo de caballeresco se lo añade el mito, la pluma y la capa aventureras del libertino—pluma y capa que han vestido más de una vez al propio Lucifer—cayesen le manera perfecta.

Pero lo que da individualidad única a la figura de este burlador, apartando sus dos personalidades antagónicas de ese anverso y reverso de tantas existencias de santos en las cuales una mitad significa movimiento, pecado, y la otra estatismo, o al menos acción tibia, es que el mismo ardor dinámico que lo poseyó en el mal lo posee en el bien. De su generosidad y poder suavioro habla el Hospital; de su gusto suntuario, el esplendor del templo ornamentado, además de por Murillo y Valdés Leal, por el escultor Pedro Roldán y el tallista Simón Pineda. Caballero del bien, conserva su tizona, no la decorativa, la de símbolo, sino la que tuvo muchas veces agarrotado el puño entre la cazoleta y sabe el camino de las entrañas; y ni aun en los trances de cargar a un enfermo, de alzar del suelo a un pobre andrajo humano, la suelta, por si es preciso combatir. Su santidad es casi militar—puro estilo español—, y hasta en los retratos últimos percíbense, sobre los labios, dejos del amante, que hasta cuando quiere rogar habla con imperio. En la cantera hispánica,

tan rica en ejemplares de excepción, Mañara de honras, que pasando, taciturno e inflado, lo mismo envuelto en su capa de ladrón mado de lástima, por el pasadizo que unía sus habitaciones privadas a la iglesia de la Caridad, ofrece por igual el atractivo de su gran figura al historiador y al poeta.

Poetas numerosos han acudido ya a la cita, y, empero, creemos que todavía don Miguel aguarda su resurrección por el arte. Cronistas y comentaristas han removido los archivos; falta aún la obra orgánica donde se reconstruya su historia y se integre su leyenda. Un novelista sevillano de alta prosapia, Ricardo Majó, trabaja con entusiasmo en la biografía novelesca del héroe. Con él hemos recorrido las calles de Santa Cruz, lo vamos a tropezar; con él hemos levantado, en las noches encapotadas, parece que de ecos antiguos en el callejón del Ataúd y hemos reposado en esa plaza de Doña Elvira, maravilla única, estanque de tiempo, en cuyo fondo, quieto y traspasado de luna, aire de siglos, se guarda amortajado por un

Con él, luego de una larga y meditativa visita al Hospicio y Hospital de la Caridad, agobiados de miseria y de grandeza, hemos salido al patio, ya claro del azul optimista de Sevilla, y hemos tocado uno a uno los rosales que, según la tradición, plantó con sus manos, ya amorosas del todo, es decir, premiadas con el don de transmutar en belleza plena hasta los errores más tristes del Mundo y de la Carne, D. Miguel de Mañara Vicentelo de Leca. Son ocho. Según los amigos del Mañara santo desde la cuna, cifras de ocho ensueños del amor de D. Miguel; según los poetas, alegorías de ocho pecados transformados en incensarios paganos por generoso encantamiento. Cada primavera, rosas violetas se encienden e esos rosales; ofredas a la santidad del hombre que, como no quiso renunciar a su acero, quiso, tal vez un momento siquiera, en su entrega total a las miserias dolientes, dar a sus ojos y a su olfato un regusto de las paganas gracias. En esta mañana de abril se concebía

profundamente a Dios viendo jugar la luz en la hoja homicida y en las hojas suavísimas y efímeras en torno a las cuales una abeja adivina zumbada sin treverse a libar. El poeta piensa: "No es posible que, mujeriego y andaluz, las flores, las mágicas celestinas de Sevilla, no interviniesen seductoramente en más de una de sus aventuras"; e interpreta: "Y porque entró hombre y no santo en la zona de lo divino, dice la leyenda, su acero y sus rosas perduran".

Después de hallar bajo las piedras sahumadas de incienso de la Catedral a la dama de la guadaña, quien, por tener ya borrada la nariz de su rostro, para nada necesitaba perfumes, D. Miguel de Mañara conoció a otra dama, menos adusta y mil veces más bella. Dada Piedad, por quien guardó la espada y para quien sembró los rosales que de año en año alumbran este patio, al cual sale del hospital con el alma encogida, y en el cual, otra vez, poco a poco, se empieza, sevillanamente, a sonreír.

—He aquí, señora, la rosa pedida. ¡Vierais con cuán temblor la cortó la monjita, linda y trémula bajo su estameña azul y el lino albo plegado en torno a su cabeza, donde las alas no eran sugeridas por el blanco de las tocas, sino por el negro de los ojos! No creáis al botánico si afirma la imposibilidad de que esos rosales los plantara el caballero de la viva limosna hace tres siglos. A diario suceden miagros, y para verlos basta poner a los ojos el reflector del alma... Del rosal más alto de Mañara es la roas. Ponedla sobre vuestro corazón, y veréis cómo se acelera su latir. Os la traje dentro de un libro, y su huella ha quedado en las dos páginas, apasionándolas. El rojo no se decolora, y el aroma trasciende todavía, a pesar de haber pasado un mes. Agradecédme la, porque he sentido impulsos de hacerme el olvidadizo y conservarla para mí. El recuerdo de la gran caridad de D. Miguel me lo impiden. Aquí os van, pues. Yo quedo transido de su perfume.

A. HERNANDEZ CATA.

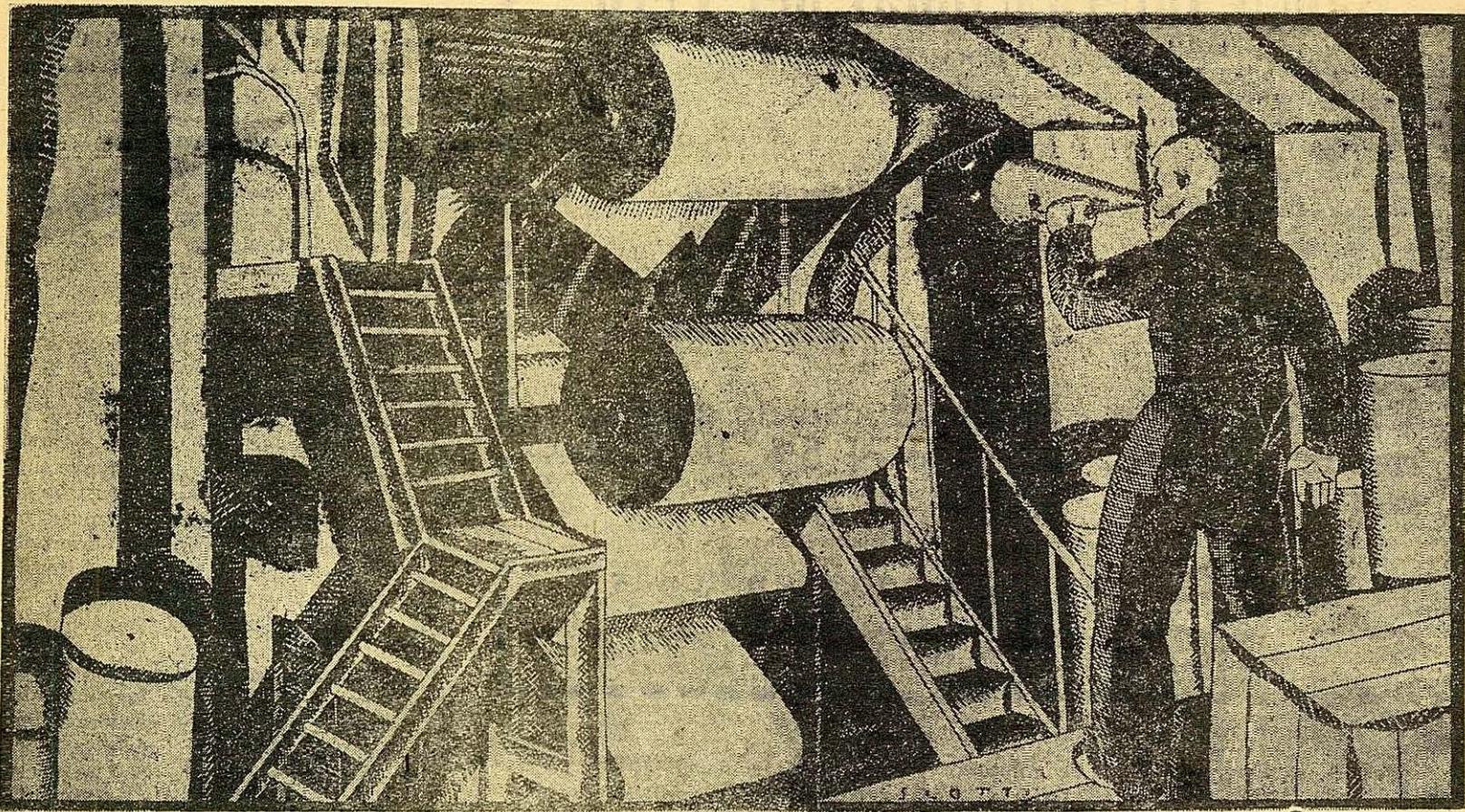
CARTAS DE MARTINEZ SIERRA

LA INGENUA DE HOY

Señores y señoras: ser inmortal es cosa lindísima, ¿no es cierto? y suerte prodigiosa es morir de amor para resucitar, como excelsos poetas se atreven a afirmar. ¿Morir? ¿Dormir acaso? . . . La mística frontera nos abre los jardines de eterna primavera, y las rosas de mayo que deshojó la brisa, "más allá", reflorece en inmortal sonrisa. Melibea, Francesca, Julieta, Margarita, Ofelia, Melisanda, doña Inés: la infinita inquietud que segó la flor de vuestra vida, no os dió muerte. El morir fué la senda escondida que os condujo, a través del amor imposible, a cortar el laurel del gozo inmarcesible. Para vosotros, almas excelsas y triunfantes, ha cuajado el jardín sus rosas más fragantes. Sí, sí, morir de amor . . . pero ¿qué estoy diciendo? ¿Morir . . . con lo feliz que puedo ser viviendo? Tengo la juventud de Inés, y la radiante ilusión de Julieta; la sonrisa inquietante de Francesca; soy como Margarita hacendosa; suspiro como Ofelia deshojando una rosa . . . No envidio a Melisanda la red de sus cabellos: también los míos son de oro, y también en ellos se puede aprisionar un corazón errante. Pienso que sabré ser apasionada amante

en el huerto encantado, y como Melibea, arder en dulce llama . . . cuando nadie nos vea . . . Todo ello es vida cierta, y la quiero vivir. Y aunque digan poetas que morir no es morir, yo a la vida me atengo, a esta que es cierta y mía, la que grita: ¡Despierta, que ya amanece el día! Y el día es tuyo, y tuyo el sabor de sus mieles; tuyas sus azucenas y tuyos tus claveles. . . Y hay que cortarlos pronto, y respirar su aroma, y volar sobre el huerto con alas de paloma, aire arriba, embriagándose de sol y de quimera . . . ¡Vive tu juventud, goza tu primavera! ¡Tu dicha es tu tesoro, y si eres inmortal, vivir aquí un poquito creo que no está mal! ¿Qué esto es prosa? ¿Por qué? Tan honda poesía hay en el saboreo del pan de cada día, en la rima serena del ir viviendo en calma, como en el violento morir . . . ¡Laurel y palma para los que murieron en borrasca gloriosa! Yo, por mí, me contento con muy poquita cosa: Salud, Amor, no mucho. Dinero, lo bastante para no suspirar por él. Ropa elegante. Un buen perfume. Un buen bailarín. Un buen coche. Ninguna amiga. Un poco de flirt. Alguna noche un "te adoro" y un beso que se pueda olvidar sin que se nos destroce el alma al desperta.

LA EDITORIAL Por Elías Castelnuovo



Por Elías CASTELNUOVO

Hace más de diez años que la editorial funciona en la misma imprenta. Desde entonces acá, la casa—un cuadrilongo aplastado y sórdido que atraviesa la manzana como una galería — no sufrió ningún cambio sensible. Tampoco sufrió ninguna reparación. Ni siquiera se le dió una mano de cal a las paredes. Allí donde alguien estampó los cinco dedos sucios de tinta perdura aún la impresión digital, y allá donde el martillo encajó un clavo y volteó un pedazo de revoque está todavía el clavo y la rotura en el mismo lugar.

Toda la higiene que soporta el cuadrilongo, ahora, consisten en una barrida por la tarde y otra por la mañana. Las dos, por supuesto, con regadera. Es tanta la basura que se acumula al cabo de la jornada, que si no se le pasara una escoba al piso, de cuando en cuando, sería materialmente imposible continuar trabajando allí adentro.

No hay ventanas en los muros, ni extractores por ninguna parte. Excluyendo las aberturas que dan acceso a la galería, no existe, después, la menor rendija que comunice con el cielo. Por manera que se respira, allí, la misma atmósfera, fétida e insalubre, que se respira en el sótano de una bodega.

Sobre el techo del cuadrilongo, además, descansa, como una lápida, la mole de un caserón barroco que le roba la luz y el aire a los obreros. La claridad es tan escasa, que se trabaja siempre con alumbrado artificial. Día y noche, un rosario de focos amarillentos, prendidos del cielo raso, derrama sobre las cajas y los bastidores, la baba luminosa que se desprende perpetuamente de sus párpados fatigados. Día y noche, también, en cada linotipo, tiembla una lamparita grasienta que proyecta el cráneo de un hombre, más o menos demacrado y ojeroso, cuyas manos huesudas arañan febrilmente el teclado, al paso que su tronco permanece inmóvil, clavado en una silla, con

el pescuezo rígido y la frente atormentada y contraída como la frente de un asesino.

En la editorial se imprimen sucesivamente infinidad de diarios y revistas que mantienen en constante actividad al arsenal de máquinas que compone su escuadra de trabajo. Mientras una publicación abandona el recinto por la calle Alsina, otra publicación penetra en la casa por la calle Moreno.

El personal está dividido en tres turnos, los cuales, a su vez, se reparten en cuatro tandas. Tres efectivas y una provisional. Todos juntos, luego, relevándose disciplinariamente, llenan en su totalidad las veinticuatro horas del día astronómico.

Dentro del cuadrilongo, entonces, no se distingue el día de la noche, ni la luz de

las tinieblas, en virtud de que se implantó, renovando el personal, una jornada corrida y única que dura todo el año. Dada la premura con que las publicaciones entran y salen por las prensas, el cuadrilongo apenas si dispone del tiempo estricto para dejarse rascar las costillas con una escoba o refrescarse los sesos con una regadera. Por eso, tal vez, la atmósfera de la editorial es una atmósfera irrespirable y deletérea. Reina siempre en su interior un olor mixto y picante, con resabios de tinta y de metal que sofoca gradualmente la respiración y entorpece por grados la inteligencia como el gas de una carbonera. El amontonamiento del material gráfico, traba el espacio de la galería, facilitando el arraigo del polvo y la proliferación de la suciedad. En la primer estancia, tan solo, hay treinta linotipos, dispuestas en cuatro filas apretujadas y paralelas que ocupan por entero todo el suelo de la sala. Hay, además, tres rotativas en la segunda, y, en la tercera, el equipo completo de la fundición.

Al frente del edificio, por Moreno, yacen las celdas de la corrección, donde se aglomera a ciertas horas del día o de la noche una manga de chupatintas que convierte el departamento en un fumadero asfixiante y tenebroso. Al olor feo de la imprenta, se mezcla aquí, el olor nauseabundo del tabaco.

Muchos obreros fuman con fruición; de una manera nerviosa y agitada, un cigarrillo tras otro, tres o cuatro paquetes por día. Otros, en vez de fumar, mascan cualquier cosa o comen manteca cruda a fin de conjurar el saturnismo que provoca el mineral.

El preparado industrial con que se trabaja, compuesto por una parte de plomo, otra de estaño y otra de antimonio, agota, sin duda, las reservas del cuerpo y obliga a los obreros a recurrir a los estimulantes.

En estado de reposo o en estado de ebullición, el metal gráfico produce lo mismo, a la larga, idénticos estragos en el

MUNDIAL

TARIFA DE AVISOS

1	Página por una sola vez .	S/o.	150.00
12	" " " " " " .	"	80.00
13	" " " " " " .	"	60.00
14	" " " " " " .	"	50.00
16	" " " " " " .	"	35.00
	Cada centímetro, en columna		
	de 16 emes (6 3/4 etms.) de		
	ancho	"	2.00

Los precios citados tienen un aumento de 50% por avisos que van en la parte interior de la carátula, y 100% en la parte de atrás de la misma. Por informaciones, el doble.

Banco Internacional del Perú

ESTABLECIDO EN 1897

Capital S. oro 4.000.000,00
Reservas " " 720.000,00

Hace toda clase de operaciones bancarias

En su sección **AHORROS** admite entregas desde **UN SOL**, pagando el 5% de interés anual.

Abre Cuentas Corrientes en todas las monedas.

ganismo del hombre. No corroe de golpe como el ácido nítrico. Eso no. Corroe con lentitud y alevosía, por etapas, imperceptiblemente, como el verdín. Tampoco lo hace de frente, a la vista y paciencia de las víctimas que aguanta con toda la intrepidez de su ignorancia el proceso espantoso de su propia destrucción. Lo hace a mansalva, subterráneamente, ocultándose como el cáncer que a menudo se pasa diez o veinte años enquistado, sin salir a la superficie, afilando las garras entre las sombras de alguna cavidad. Cuando se advierte su presencia, ya se tiene un agujero en las tripas o una caverna en el pulmón.

Las emanaciones del plomo no sólo afectan el cuerpo. Afectan, también, el espíritu, determinando una melancolía sinistra y agorera. La pigmentación sufre, por su parte, una transformación violenta. El rostro se pone verde o amarillo. De un verde, a veces, cadavérico o de una amarillez terrosa y anémica. Siempre que no se ponga blanco como una pared.

El plomo ataca preferentemente las vías respiratorias, en tanto que el antimonio prefiere el aparato digestivo, donde trastruca el sistema de la nutrición. El estomago, por su lado, pasa en forma de cloruros al torrente circulatorio, a través del pellejo, envenena la sangre. Partículas del compuesto industrial se depositan en la boca y subvierten con el tiempo los contornos de la fisonomía. Las encías se retraen, se pudre la dentadura y el mentón cae y se alarga progresivamente.

Mientras los crisoles de los linotipos exhalan el tóxico por ebullición, las cajas, sobre los caballetes, instilan los vahos marféticos del veneno dormido. En la fundición, asimismo, reverbera siempre una olla tremenda de metal derretido que contribuye poderosamente a sofocar la escasa ventilación de la galería. Aunque las tres reparticiones de que consta la editorial se hallan anexas, sin otra separación que un tabique de madera, la atmósfera de la fundición, es, sin disputa, más pesada y deletérea aunque la atmósfera de los talleres gráficos. El olor, también, es más recio y desagradable.

Por efecto de la temperatura elevada y constante que requiere la olla, en la fundición, culmina el calor del establecimiento. La luz fría del cuadrilongo, turbia y moribunda, adquiere aquí una expresión limpia y radiante en la boca sangrienta del horno que se destaca en medio de la penumbra como la trompa roja de un cañón inflamado y candente. La chimenea, retorcida y descangallada, deja escapar el humo por las juntas, impregnando el techo de hollín y empavonando con el resto los vidrios y las guarniciones que preservan el carro de las maquinarias. Aquí y allí, por el suelo, desparramados al azar, yacen montones de trapos y papeles que se utilizan indistintamente para enjugar el sudor, agarrar los moldes calientes o limpiar las herramientas. Varios muchachos encorvados y desnutrados llevan y traen las formas del taller a la fundición y de la fundición al cuartel de las rotativas. Se matiza con rapidez, a paso de carga, anticipándose el enfriamiento de la estampa que se opera de inmediato. En cuanto el fundidor baja la palanca, un remolino de piernas empuja a zapatear cerrilmente alrededor del fuego. El disco rojo de la hornalla brilla o se apaga según la posición de las figuras. En seguida, la estampa, ya cuajada, salta de mano en mano y de máquina en máquina, hasta quedar plenamente desbrozada y lista para entrar en los tambores de la rotativa. Bajo el tufo mareante de la olla, sudan todos y resuelan como los zanjadores de Avellaneda. El hombre que atiende la fresadora se halla tan embrutecido por lo que hace que ni siquiera advierte que se le caen los pantalones.

El ruido de la imprenta lo produce normalmente las cuatro filas de linotipos que ocupan la primer estancia. Desde la calle se oye el tranco pertinaz y lúgubre de las treinta máquinas que trepidan sin cesar como si fueran los treinta vagones de un convoy de carga:

—Trac... trac... Trac... trac...
Trac... trac...

La fundición, al fin de cuentas, no es más que una cueva sombría y silenciosa. De tiempo en tiempo, no obstante, se pone

en marcha alguna rotativa y el ruido habitual de los talleres desaparece totalmente encajonado bajo el fragor que promueven los carretes del armatoste de hierro. No bien comienza a funcionar una rotativa, se desata a lo largo del cuadrilongo una verdadera tormenta de golpes y martillazos como si cruzase por el recinto la locomotora de un tren blindado, lanzando diarios o revistas a una velocidad tumultuosa y frenética. El hombre que la gobierna, truena y dispara, también, poseído del mismo vértigo, trenzado, prácticamente, con ella, en una carrera desenfundada y fantástica. Tan pronto sube por una escalera al puente, como tan pronto baja por un poste a la cubierta de cemento. De repente, grita y se enoja, salta a tierra si está arriba y desconecta una llave. De repente, trepa como un gato al segundo piso y desde allí principia a impartir órdenes mediante una bocina a sus dos ayudantes, quienes se arrastran a la sazón por el llano, apretando tuercas y lubricándole las patas al monstruo con el pico de una aceitera. A poco andar, son tres los hombres que corren y brincan y se desgañitan, envueltos por el burdel de los engranajes y de las bobinas, como si hubiesen perdido todos repentinamente el juicio.

Con la misma rapidez que se enfurecen y se encrespan, al principio, una hora después tornan a recuperar su placidez primera y la galería vuelve a adquirir su aspecto normal y taciturno. Otra vez se vuelve a oír el lamento agudo de la barra sin fin y el traqueteo permanente de las matrices que abandonan o se reintegran permanentemente a las ranuras de los almacenes, y otra vez suena en el cuadrilongo el tranco infatigable y lúgubre del presunto convoy de carga:

—Trac... trac... Trac... trac...
Trac... trac...

Cada operador controla exclusivamente el ruido de su máquina. Aislando el sonido, puede certificar si la matriz cae, si funde el crisol o si el brazo baja o está parado. Dos mecánicos recorren las cuatro filas de linotipos renovando el metal y graduando la temperatura de los crisoles. Dondequiera que se produzca una interrupción acuden en seguida como un par de bomberos.

La melancolía que genera el plomo, corra, en algunos obreros, formas singularmente patológicas. Hay un linotipista, por ejemplo, flaco y solitario, en el extremo de la cuarta fila, quien, todas las tardes antes de abandonar el taller, coloca una babosa, que trajo de la calle, adentro de una taza de porcelana. Por la noche, el gusano, invariablemente, sable de su refugio y reptará por la pared, a la deriva, dejando sobre la superficie del muro una huella inextricable y viscosa. Al otro día, el hombre, en cuanto llega, lo primero que hace es atrapar a la babosa y zambullirla de nuevo en el recipiente que le sirve de trampera. Luego, coge un lápiz rojo y marca el recorrido del animal. En los intervalos, más tarde, se pone a estudiar seriamente los contornos de semejante rastro en procura de un horóscopo, cuya solución hace ya bastante tiempo que perturba su conciencia. Al mediodía, durante el descanso, se planta frente a la pared y se abisma profundamente como si estuviese frente a un mapa con clave del infinito.

Hay otro linotipista, más flaco que éste, raquítrico y ceñudo, todo doblado, probablemente tuberculoso, quien se halla también bajo la obsesión de una idea fija. Gracias a que el manejo de la máquina no re-

quiere ningún esfuerzo físico, aunque el operador se enferme, continúa, sin embargo, concurriendo a su trabajo igual que si estuviese sano. Así se explica la presencia de este muchacho en el cuadrilongo, quien a fin de no interrumpir sus tareas, aprendió a toser al compás de los dedos, sincrónicamente, con las palpitaciones de la máquina. No tose, se entiende, como un enfermo libre y desocupado. Tose a conciencia, con método y disciplina, como un enfermo de guerra. Al hombre que canta y que trabaja, lo reemplazó éste, por el hombre que ronca y desangra.

El cuerpo se le está yendo por los pulmones; empero, no lo preocupa tanto como el alma que se le escapa y consume empeñada y prendida constantemente en la lectura y retención del original. La idea fija que lo martiriza, fince, precisamente en esto. A él, no lo aflige mayormente morir como muere cualquiera el día de la muerte. No. Lo que lo aflige es morir, sin morir, así, en vida.

Habla poco y, según se desprende de lo que dice, fuera de su preocupación cardinal, no piensa mucho tampoco.

Por lo demás, cualquier linotipista, mientras trabaja, se condena voluntariamente a un silencio absoluto. Ninguno se comunica con nadie, ni mira a ninguno, ni sabe nada de lo que ocurre a su alrededor. Ordinariamente, cada mecanógrafo permanece clavado en su silla, inmóvil y encogido, con los ojos saltados y la cerviz hundida en el atril del original como si hubiera sumergido la cabeza debajo del agua. Tiene que suceder una catástrofe en el cuadrilongo para que se repliegue el espinazo. Desde que entra al taller hasta que sale, en consecuencia, no piensa con su cerebro, sino con el cerebro de aquel que escribe todo lo que él compone. Vale decir: no piensa por su cuenta; piensa por cuenta de otro que lo toma sin querer de intermediario.

Toda máquina cristaliza y embrutece al hombre. Absorbe lo más noble del espíritu que es la llama. La linotipo, en este sentido, posee un doble poder de absorción: el manejo de la máquina y la lectura del manuscrito. El operador que no está atento únicamente a estas dos cosas, desvaloriza su competencia y pierde su colocación. Es así que la cabeza de un linotipista se convierte, al cabo de un tiempo, substancialmente, en una máquina de componer y fundir líneas, al extremo de que cuando abandona su trabajo, después, sigue componiendo y fundiendo letras con la imaginación. Sueña, a menudo, que funde y compone y hasta cuando habla o discute elabora su argumentación bajo el influjo de la composición mecánica.

Esta absorción paulatina del espíritu que se efectúa diariamente en la editorial, constituye la base de la idea fija que atormenta al muchacho ese que vive siempre cuestionando consigo mismo el problema de "la muerte en vida".

Hay un tercero que redujo la tesis del tuberculoso a una sola palabra—la palabra "muerte"—con la cual califica todo, por lo menos, dentro del cuadrilongo. Cuando éste se refiere al otro, dice, despectivamente:

—Es un muerto...

A veces, añade:

—Es un muerto que teclea...

Siempre que llega al taller, por la mañana, saluda así:

—Tengo el honor de saludar a los muertos...

O si no:

—Mis respetos al cementerio...

Si se dirige particularmente a alguien, le interpela de esta manera:

—¿Qué dice el muerto? ¿Por qué se queja el muerto?

Al retirarse del cuadrilongo, por último, se despide, casi, teatralmente. Se cuadra en el marco de la puerta, alza un brazo y grita:

—¡Salud, muertos!

Al mediodía todo el personal de los talleres almuerza en una lechería de enfrente, circunstancia que aprovecha la tanda suplementaria para ocupar un instante el vacío que deja la tanda oficial. La penumbra y la mugre de la lechería encajan perfectamente con el ambiente y la idiosincrasia de la imprenta. Más que una sala autóctona, parece, en efecto, una dependencia del cuadrilongo. La atmósfera que se respira allí y aquí no difiere fundamentalmente. Por más atestada que se encuentre la lechería, el silencio y el orden no experimentan ninguna alteración. Aquel que más habla, mientras come, en relación a los demás, habla muy poco. Algunos están frente al plato de comida con la cara absorta y descompuesta como si estuviesen frente a la bandeja del original. Posiblemente, en esta hora de expansión, no falta quien siga mastigando con el pan, el manuscrito que va pasó a las planchas de los armadores. Otros, no dan vuelta la cabeza por nada, presintiendo que si se distraen, pierden un par de líneas y el gerente que ahora no está, los llamará al orden... Otros, en cambio, miran con avidez arriba, abajo, para sacarse, seguramente, las ganas de mirar.

La gente reservada y silenciosa, es silenciosa y reservada hasta cuando se divierte.

En los carritos del puerto, a la hora del almuerzo, los cargadores hablan y manotean atropelladamente, por hablar y por manotear, sin ningún plan fijo, cada cual con su vunta de tareas. Algunos retozan y patean como los animales de tiro cuando les sacan los arreos. Allí, se come a dos carrillos, de frente al río, se chupa a la intemperie, se grita y se jarana. En la lechería, por el contrario, o no se habla o se ha-

bla con parsimonia, midiendo las palabras y ajustando las oraciones a los términos estrictos de una línea. Se habla por entregas, con la mayor precaución, como si el credo político o religioso del diario o de la revista que cada uno compone dependiese de las conversaciones que cada cual sostiene. Se habla, además, en voz baja, misteriosamente, acechando no se sabe qué, exactamente lo mismo que si se estuviese tramando alguna fechoría. Aunque no son asesinos ni ladrones, por instantes, dan la impresión de ser ladrones y asesinos.

El tuberculoso del alma se sienta comúnmente en un rincón y allí se queda mudo y lívido como un espectro. En el rincón opuesto se instala el hombre de la habosa. Dominando el espectáculo, contra la vidriera que da a la calle, toma ubicación el muerto.

A pesar de su catadura física, el muerto revela en cierto modo, que goza de una excelente salud moral, porque está siempre contento. Sólo que su alegría es una alegría venenosa y macabra.

El hombre de la habosa se aísla por completo. Cuando termina de comer, se dirige al muro a inspeccionar el rastro viscoso del animal o se sume en la contemplación de algo indefinido que anda por el techo o por el piso, pero que nunca es justamente aquello que en apariencia examina.

El muerto, en cambio, pasea de mesa en mesa su risa sardónica y ofensiva. Cuando tropieza con la figura espectral del tuberculoso, su risa se transforma y adquiere una virulencia feroz. Entreabre los labios y alarga las comisuras como si se pudiese dos dedos en la boca. El otro, para resistir la ofensa, desvía la mirada. O agacha la cabeza sobre el plato. A veces se encara resueltamente con la risa humillante de su adversario.

—¿Por qué te ríes? — inquiriere —. ¿Por qué me mirás a mí y te reís siempre? ¿Eh?

El muerto no contesta. Pliega y repliega la boca y sonríe. El tuberculoso, se enoja.

EL PORVENIR

COMPANIA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA

CONSTITUIDA POR LAS COMPANIAS DE SEGUROS CONTRA INCENDIO
LA NACIONAL, LA POPULAR E INTERNACIONAL DE SEGUROS DEL
PERU

SU CAPITAL FROGADO Y SUS RESERVAS ACUMULADAS AL 31 DE
DICIEMBRE DE 1929 SUMABAN EN TOTAL

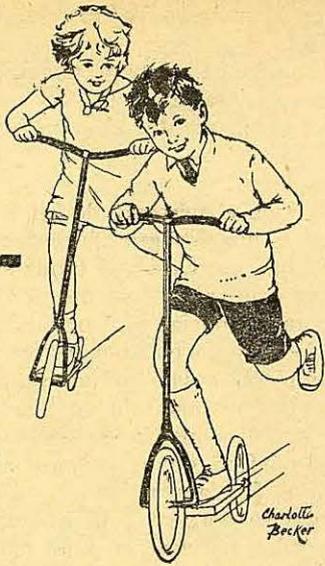
Lp. 297,553.4.56

EMITE TODA CLASE DE POLIZAS DE SEGUROS SOBRE LA VIDA, CON
REPARTO ANUAL DE UTILIDADES, DOBLE INDEMNIZACION EN
CASO DE MUERTE POR ACCIDENTE Y LIBERACION DE PRE-
MIOS Y RENTA ANUAL EN CASO DE INVALIDEZ

OFICINA PRINCIPAL: UCAYALI, 343—TELEFONO 2047—APARTADO
220—AGENCIAS ESTABLECIDAS EN TODA LA REPUBLICA

SUS NIÑOS

Consérvelos sanos y robustos



TODO doctor le dirá que para ayudar al crecimiento de los niños el aceite de hígado de bacalao es excelente. Pero no es fácil hacerles tomar el aceite en su forma natural, pues les repugna lo mismo que a los adultos.

Déles a tomar la Emulsión de Scott y no tendrá dificultad ninguna. Tiene buen sabor y es fácil de tomar. No vacile; déle a sus nenes la



Emulsión de Scott

—¿Por qué en vez de reír no te ponés un día a llorar? — dice, y se calla.

Al rato, continúa:

—Yo soy un muerto... Según vos, yo soy eso, ¿no? Bueno... Es verdad, sí, no lo niego... Pero, ¿y vos? ¿Querés decirme lo que sos vos?

El muerto vuelve a reír.

—¿Y los otros? ¿Los de la fundición? ¿Los de las cajas?

Siempre que el muerto discurre sobre la muerte, sonrío. No sonrío como una persona viva, sino, más bien, como una persona muerta.

—Porque todos en el taller — concluye el tuberculoso — vamos a parar al mismo sitio...

—Sí: unos por el Tornú y otros por el Santa María. Ya lo sé — replica el muerto —. Por eso me río...

Y en lugar de ponerse serio, torna a reírse otra vez.

El hombre de la babosa para la oreja. De un momento a otro parece que siempre va a intervenir en la conversación, mas nunca interviene.

Si el tuberculoso, a veces, cambia de tema, no es para remover la resaca de su pensamiento, sino para abordar la misma cuestión por distinto lado.

—Algún día — declara — me voy a ir al campo a criar gallinas... Porque si me quedo en el taller... Claro está...

—Está claro — retrueca el de la risa maléfica —: en vez de criar gallinas, vas a criar gusanos...

Después de cada parrafada, el tuberculoso se toma un descanso y tose o medita o cae en un estado de ánimo semejante a la meditación.

—El cuerpo, en la imprenta, se muere... Comprendo, comprendo... Pero, el alma, digo, el alma...

—¿Qué hay con el alma?

—Y... el alma... componiendo todo el día... se muere también. No se muere

de golpe como el cuerpo. No, no, así no. Se muere despacito. Y uno siente que se muere. Esto es lo triste.

El muerto cambia de interlocutor y se dirige al hombre de la babosa.

—¿Oye usted? — explica —. Se está quejando un muerto... ¿No oye? Ha hecho así: "¡Aay, ay, ay, que estoy muerto!"

El hombre de la babosa le arroja una mirada soñolienta al de la vidriera y por toda respuesta llama al mozo y se hace servir otro medio litro de vino. Con las gotas que resbalan sobre el mármol de la mesa, luego, se entretiene trazando diagramas y garabatos, en busca siempre de algún horóscopo importante.

—Sí, sí — insiste el tuberculoso —: vale más criar gallinas... O ir a pescar bagres... Porque el alma del que pesca...

—¡Yo no sé para qué charlas tanto, vos! — interrumpe el muerto —. Yo he dicho antes que vos todo eso. Pero, mejor. Con una sola palabra.

Se levanta de la silla, hace una reverencia a la sala y dice mientras se retira:

—¡Salud, muertos!

Cuando regresan al taller a reanudar el trabajo, se vuelven a sumir todos en la lectura del original y hasta que el regente no golpea las manos y se detiene el tren de carga de los treinta linotipos, nadie habla con nadie, ni mira a nadie, ni levanta la cabeza por nada de aquel redil intelectual. Siguen todos tecleando, automáticamente, al compás de la carreta:

—Trac... trac... Trac... trac... Trac... trac...

En el corazón de aquellos que concurren diariamente a los talleres, reina, tal vez, la misma atmósfera tétrica y grasienta que reina en las tres reparticiones de la galería. Tal vez, la misma luz sucia y senil-coral. El mismo hedor, tal vez. Porque después de ocho horas de composición mecánica, de composición y de encierro, el espíritu y el cuerpo quedan tan rendidos y des-

cuadrilados como el cuerpo y el espíritu después de ocho horas de trabajo rudo y energético. No tanto por las energías que las distintas operaciones reclaman, sino por la labor orgánica a que se ve sometida la carne para eliminar los gases y las sales que absorbe y respira continuamente a través de la jornada.

Cuando el personal diurno entra por la mañana a relevar al personal nocturno, recién se encuentra, como quien dice, frente a frente, a su propia figura. El aspecto de los obreros que trabajan de noche es más impresionante aun que el aspecto de los obreros que trabajan de día. En la penumbra del amanecer, su blancura resalta como la blancura de una sábana blanca. Algunos salen en un estado deplorable, casi hipnótico, apestado a tabaco, con la cara larga y la mandíbula inferior desprendida, colgante, igual que la mandíbula de un cretino.

En la muralla de la fundición los metalúrgicos se desplazan brutalmente. El hombre despliega, allí, toda su fuerza animal y la lucha resulta violenta, pero pareja. Si bien allí se agacha el espinazo, se agacha, mas se endereza.

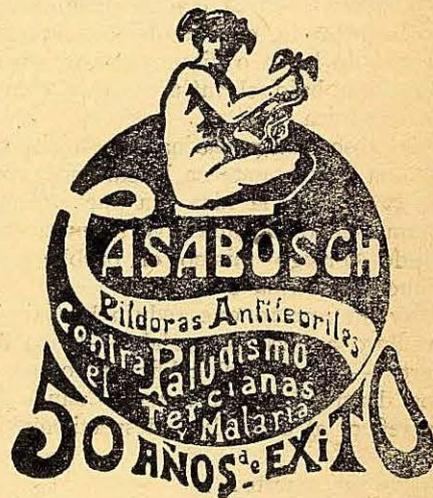
En la editorial, en cambio, el hombre dobla la cabeza sobre una caja llena de polvo o sobre un teclado mugriento y no la levanta hasta el final. Agacha el lomo, y, a medida que el tiempo transcurre, lejos de enderezarlo, lo agacha cada vez más.

La editorial no mudó nunca de taller, pero mudó constantemente de personal. Todos los años desaparece una tarda y todos los años aparece otra tanda nueva. Y entre que una tarda se va y otra tanda viene o entre que un turno sale y otro turno llega, el cuadrilongo, incommovible, se queda allí plantado en el mismo sitio, almacenando roña, trajinando con el sol y con la luna, sin detenerse jamás.

A cualquier hora del día o de la noche, al pasar por Moreno o por Alsina, se oye siempre, desde hace más de diez años, el tranco sordo y lúgubre de los treinta linotipos que trepidan sin cesar como si fueran los treinta vagones de un convoy de carga:

—Trac... trac... Trac... trac... Trac... trac...

Antipalúdico



Venden las Boticas Correo—Crec—Boza—Serrano—Negreiros—Huaqui—lla—Puno—San Francisco—Viterbo—San Lázaro—Avenida Pizarro—Rímac—Aurora—Trisano Callao a S/.

1.50 la Caja



"A José María Eguren,—le grand poète du Pérou,—dont les vers sans bateaux ni voiles—prennent, pour venir jusqu'à nous—le chemin de feu des étoiles"—bellísima dedicatoria estampada por Madame Rostand en este retrato enviado a nuestro gran poeta.

Hemos amado la Francia. En todo tiempo nos ha atraído con su canción festiva y talento inefable. La distinción, la elegancia ingénita brillan en la parisiense como en el galán mundano y en la dorada provençal. Nuestro espíritu simpatiza en analogías con la finura francesa. De aquí la atracción y la amistad sincera. Rosemonde Gérard (Madame Rostand) es delicada y noble; una alma intensa, pasional, indagadora de la naturaleza, con su paleta de luz policromada, con el perfume de una brisa, con el beso de una boca infantil: es una limeña por la beldad y la gracia y por el corazón. Su primera carta de amor se la dedicó a una écureuil nuestra ardilla. Extracto de "Conferencia de "Les Annales": "Tenía siete años apenas, cuando en un jardín lindante a un bosque dormido, fatigado de ser salvaje; misterioso con moscardones de caramelo y mariposas impalpables, un écureuil, más écureuil que los otros, semejaba, bajo su coraza dorada, el Caballero de la Primavera. El sólo me amaba como yo lo amaba. Olvidando que era una ardilla, se creía casi un perro. Me seguía, me conocía, mondábamos las noisettes juntos. Más un día partió. Yo esperé, la llamé,

me desesperé y en el bello jardín donde el sol parecía obscurecerse no era más, al pie de un árbol, que un trajecito blanco sacudido de sollozos. Con este motivo le escribió una carta desesperada, continúa diciendo en "Les Annales". "A los siete años escribía al ideal mi primera carta de amor. Esta primera carta podía encender toda la linterna misteriosa de la vida". Después ha escrito muchas cartas "Flamas efímeras que se alejan sobre el humo de nuestros sueños". Palabras mudas que suprimen el espacio y se sienten hasta el fin del mundo.

Rosemonde Gérard, es una limeña por la delicadeza soñadora y por la gracia. En su libro "L'Arc-en-ciel, un amor facetado de colores, un campo despierto lleno de sorpresivas variaciones, leemos un pensamiento de Santa Rosa epigrafiado. "Este arco iris venía del cielo o de mi corazón? Entre innumerables cosas europeas se acordó de la limeña y le dedicó su simpatía, pues encontró en esta santa, compositora de rimas, similitud con su propia gracia. Cosa análoga ofrece su libro "La vie amoureuse de Madame de Genlis, su bisabuela; que sería limeña, dama jazmín, dulce y alerta. Linda e insinuante, bastaba mirarla

para todo amor. En Lima también se le ama. Muchos recordamos las lecturas infantiles "Las veladas de la Quinta" con "Alfonso y Dalinda" y "El palacio de la verdad" Madame de Genlis será siempre admirada como gran escritora y recordada por su gentil cultura. Por sus triunfos amorosos. A los ochenta y dos años fué amada a la locura por los jóvenes del gran mundo parisién. Cuando una mujer es verdaderamente fina e ideal supera toda belleza, a todo encanto, a todo sueño. Hay algo superior definitivo que se eleva de estos dones y llega a una magia indefinible. En la limeña se ve todo esto por una feliz prestancia, por virtud antañera. Las mujeres de Francia son sus modelos por afinidad electiva. Madame Gerard corre parejas con Madame de Genlis. Son un tropo de semejanza se diría una reencarnación. Rosemonde es más moderna y amplia de bello amor. El amor a la naturaleza es muy francés. Colette, la mundana Colette, ha escrito estudios zoológicos. Rosemonde de Rostand en "L'Arc-en-Ciel", nos dice una brillantez alada maravillosa, una insectería multicolor, que le permite indagaciones sorprendentes, un misticismo de paisaje, del gran todo. No es posible traducirlos pues perderían, sus valores. Para conocer a un poeta precisa leer todos sus aciertos en su propio idioma, lo que voy a citar no da impresión ni su ancestral amor a la campiña. "La escuela de las petites filles hace que el camino tenga siete años, o éste: "El libro que se abandona habla todavía al pie del viejo banco. O cuando penetra en la naturaleza colorida: un poco a de perfume verde que viene de los árboles azules". "Esta agua que pasa no es quizá una desconocida". Son innumerables sus variaciones campestres que ha mirado o ha sentido desde sus horas infantiles. Muestra lo que llamaríamos ternura de campo al través de elegancia parisina; es única, impresional, es ella con su fina bondad. No hay una nota inculta en su pentagrama. Al escribir la palabra "enemigo" dice: "Dos enemigos que se miraban con los ojos extasiados". El amor y el campo son su ambiente. Es un infinito de misterio y de dulzura: Suave como un perfume, como la poesía; teme lo imposible, "que la quieran un poco menos". Es la hora de los amores que terminan para renovarse, y ante el silencio, pregunta en la despedida de la tarde: "¿Es el jardín que tiembla o nuestra última mirada". No tiembles flor de Francia, soñadora inmortal, el genio de la Belleza te ha besado los ojos, el corazón y la frente.

José M. EGUREN.

El llanto infinito

yo lloré un día con llanto de hombre:
sin lágrimas en los ojos ni sollozos en el pecho,
lloré mi propia sangre al pie de mi alegría
y rebosé con mi llanto el vaso de la tristeza.

me brincaba en la boca una carcajada
y reventaba toda mi alma la angustia,
mi corazón era la cuenca de aquel llanto,
llanto de música amarga y profunda,
llanto con supremo dolor de versos enfermos.

se rebeló en la estrech de el cauce
y rompió sus paredes hasta verterse todo,
y al llorar más hondo rodó mi llanto rojo
como un río salobre sobre el mundo,
camino de las ansias infinitas!

Humberto CUENCA.

HOLLYWOOD

LA SEMANA EN HOLLYWOOD

Aún se puede hablar con Rodolfo Valentino, El comandante K. I. M. Scott, que es presidente de la Sociedad Americana de Investigaciones Psíquicas, accediendo a los ruegos del director de un periódico, organizo recientemente una sesión cuyo objeto era averiguar si era posible la comunicación con Rodolfo Valentino y, en caso afirmativo, hacerle al astro una docena de preguntas sugeridas por lectores del periódico aludido.

Por conducto del medium George Wehner se procuro establecer la deseada comunicación.

Primero habló, por conducto del medium, un ser que dijo que se llamaba Frank y que habia sido flautista y talleador en Detroit. Habló con Ruth Roland, que se hallaba sentada en frente de George Wehner. La interrogo acerca de su voz; y al oír que Ruth es contralto, indico que podría también cantar como mezzo soprano, con lo cual la estrella estuvo conforme.

Luego, habló el indio Whitecloud (nube blanca), que es el espíritu tutelar del medium Wehner. Habló del campo, de los bosques, de las montañas, de seres que han muerto.

En seguida, tomó posesin del medium la madre de Valentino. Empezo por dirigirse al comandante Scott, a quien preguntó, primero, si esperaba a su hijo y, luego, si los presentes eran amigos de este. Después se dirigió a Ruth Roland a quien dijo que aunque ella no la había conocido en vida, la había visto hablar con su hijo, quien tendría gusto en hallarla allí.

Por fin, llego Rodolfo al cuerpo del medium. Tras unas frases de cortesía con Ruth Roland, le preguntó al comandante Scott:

—¿Tiene usted preguntas?—

El comandante de la Sociedad Americana de Investigaciones Psíquicas le hizo, una por una, doce preguntas, a las cuales contestó Rodolfo sin la menor vacilación.

He aquí en esencia lo que Scott nos dice que dijo Valentino:

I.—Para comunicarme con los muertos

1.—Para comunicarse con los muertos hay que disponer de ciertas facultades psíquicas.

II.—Si hubiese vivido, creo que habría hecho películas parlantes, porque tenía buena voz. Cantaba, aunque sin haber estudiado canto. Hasta impresionó algunos discos. Le habría agradado trabajar en películas parlantes.

III.—La relación de marido y mujer después de muertos depende de lo que fuera antes de morir. Si se querían, siguen juntos. Si no se querían, no. Sin embar-

go, si uno de los cónyuges ha dañado al otro, seguirán juntos hasta llegar a ponerse de acuerdo.

IV.—El concepto del mal que ha ocasionado la muerte persiste en el espíritu por algún tiempo.

V.—Algunos espíritus vuelven a la tierra en calidad de fantasmas. Para ello suelen valerse de los átomos ectoplásmicos de algún ser vivo.

VI.—El (Valentino) no puede comunicarse con todos aquellos a quienes estima. Hay muchos obstáculos. Ha estado junto a algunos de sus amigos, los ha tocado, y ellos no se han dado cuenta. Otros sí: en seguida. Ninguna potencia superior le ordena que haga esas visitas. Las hace *éi motu proprio*.

VII.—Está aprendiendo mucho, pero tiene que pasar a otros planos más elevados. Antes, sin embargo, cree que volverá a la vida terrena donde aun tiene mucho que aprender. La tierra es el *Kindergarten* del alma; y no puede uno desprenderse de ella mientras no ha aprendido cuanto tiene que aprender allí.

VIII.—Es difícil decir quién es el más grande artista de cine. Nadie ha igualado a Chaplin como cómico. Gloria Swanson también es grande en su género. Y Greta Garbo, lo mismo.

IX.—Ha vuelto a su casa de Hollywood para añorar los tiempos pasados: las dichas y las desventuras.

X.—Poco antes de morir tuvo un vago presentimiento de que se aproximaba su muerte.

X.—En el mundo en que ahora vive suele ver a algunos amigos hollywoodenses: Barbara La Marr, Olive Thomas, Milton Sills, June Mathis. Sobre todo a esta última.

XII.—No murió de muerte natural; pero no quiere delatar a nadie. No siente deseos de venganza. No quiere que sufran por él los culpables de su muerte. Si pudiera los salvaría del sufrimiento que forzosamente les tiene que venir para pagar su culpa.

Eso es todo lo que tuvo que decir el supuesto espíritu de Valentino a los admiradores que le interrogaron por conducto de un periódico y del comandante Scott y del medium George Wehner.

El señor Cónsul de Méjico en Los Angeles organizó una fiesta con el objeto de recaudar fondos para los numerosos mejicanos sin trabajo que pululan en el condado de Los Angeles. An instancias del mismo personaje, tomaron parte en la misma no pocos de los mejores elementos artísticos con que la Raza cuenta en Hollywood, sin

excluir a los españoles. Cuál no sería la sorpresa de los espectadores cultos al ver que una de las artistas mejicanas que figuraban en el programa se ponía a cantar dúos que molestaban particularmente a sus compañeros de aquella noche y, mucho más aún, a los españoles en general. Tal impertinencia, sin embargo, es tan solo una de las muchas con que, desde hace tiempo, se ha estado tratando de engañar a los públicos de habla española. Actores y periodistas—secundados, cuando no precedidos, por alguno que otro funcionario consular—propalan a diario mentiras y calumnias en contra de sus competidores. Y para lograr mejor su objeto, envuelven su insignificancia personal con la bandera de su patria, que resulta profanada al ser así convertida en recurso para ganarse el pan. Claro está que los elementos de la colonia mejicana en Los Angeles no aprueban semejante conducta d los compatriotas menos scrupulosos. Lejos de eso, se avergüenzan de ver la bandera patria rebajada hasta tan ruin misión, y desean vehementemente que se ponga coto a tan bochornosas actividades. Tanto es así que hasta se ha iniciado un movimiento para pedir que la Asociación Mejicana de la Prensa tome cartas en el asunto a fin de que el periodismo mejicano llegua a estar dignamente representado en Hollywood, y para solicitar del Gobierno de Méjico que prohíba el que la nacionalidad mejicana se use con acento mendicante para pedir trabajo a las puertas de los estudios cinematográficos.

La más pintoresca corrida de toros que puede imaginarse tuvo lugar hace poco en Nuevo Laredo (frontera méjico-americana) Marcial Lalanda y Sidney Franklin debían matar seis toros mano a mano. Los espectadores mejicanos atronaban el aire con sus "olé" y "vivas" a Lalanda que estaba magnífico. A su vez los cientos de yanquis animaban a Franklin gritando muy serios "Atta Boy", "Atta Boy", como si presenciaran un partido de rugby. Muchas estrellas cinematográficas asistieron a la corrida. Recordamos a Clara Bow, Patsy Ruth Miller, Phillips Holmes, Soledad Jiménez y Rafael Valverde, el veterano "Jarita", que añora sus tardes sevillanas. Y la corrida tuvo un fin sensacional porque el bravo Franklin decidió a hacer algo al lado de Lalanda recibió una feroz cornada que lo mandó a la enfermería.

Pablo Alvarez Rubio y Miguel Rocha, estrellas de la Universal, partirán pronto de Hollywood para presentarse con sus respectivas películas "Drácula" y "Don Juan Diplomático" en algunos cines de España y Argentina.

Jardín La Moda Elegante

Para formar jardines en verano es necesario que todas las plantas sean cultivadas en maceta, pues, las trasplantadas en raíces desnudas, fracasan en este tiempo. Este establecimiento está en condiciones de suministrar las plantas más variadas, en macetas para la formación de "jardines en 24 horas", respondiendo por el éxito de ellos.

AVENIDA DEL BRASIL 1002

TELEFONO AUTOMATICO 10-204

APARTADO 2556

Mundial

Calle de las Mantas, 152
Teléf. 35324-Apdo. 938

Número atrasado: 80 Cts.
Precio del ejemplar en Lima,
Callao y Balnearios: 40 Cts.
En Provincias: 40 Cts.
Suscripción en Provincias:
S/. 5, al trimestre.

Director:
A. A. ARAMBURU

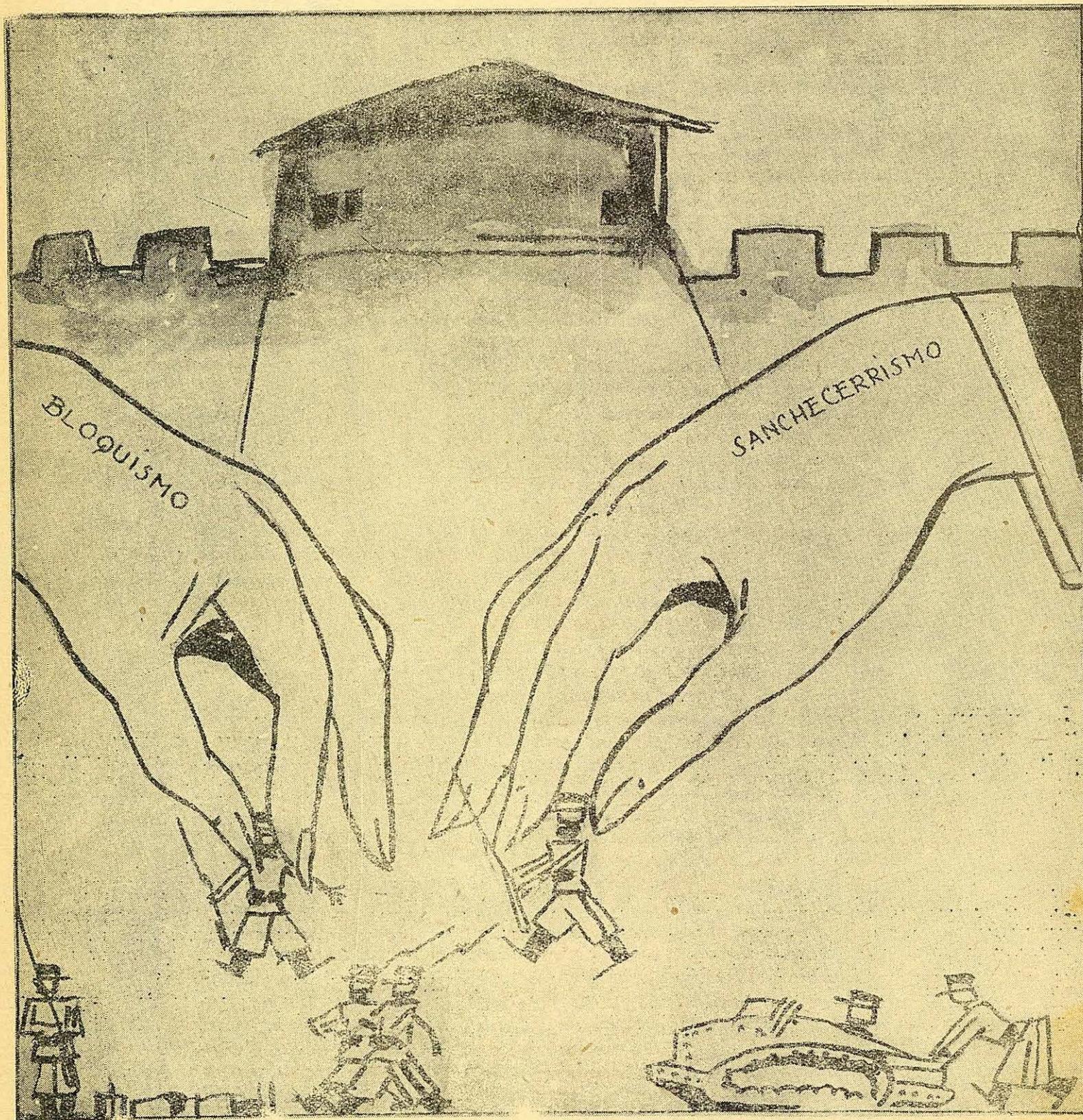
Editores:
Empresa Gráfica "MUNDIAL"

Sub-Director:
A. A. ARAMBURU MENCHACA

Año XI

Lima, 27 de marzo de 1931.

Nº 562.



TITERES POLITICOS

“Juegos de manos
son de villanos”.
Pero estas manos pulidas
siempre actúan escondidas...

Frente al Ultimo Motín Militar

Cuando todo hacía presumir que el país había entrado resueltamente por el ancho sendero de la cordura y la serenidad; cuando la Junta de Gobierno, puesta acertadamente a tono con la opinión pública, había emprendido la perentoria obra de pacificación y concordia nacionales; cuando todos los ciudadanos de bien sentíamos la patriótica esperanza de la pronta salvación del Perú y habíamos depuesto todo interés político partidista en aras del supremo interés de la Patria, un nuevo acontecimiento de orden subversivo, un motín militar tan descabellado como incalificable, ha venido a perturbar y entorpecer la noble tarea de los hombres del Gobierno, indiscutiblemente empeñados en volver a la República al ansiado carril del orden y la constitucionalidad.

Nada ni nadie puede excusar la sublevación militar del lunes; y los que estamos absolutamente fuera del escenario político no sabríamos acertar con su origen. Solo la justicia, que tiene el difícil proceso en sus manos, y que en este caso debe ser más austera y ecuanime que nunca, podrá decirnos si elementos políticos desorbitados han inducido a las clases del 5 a tan bárbara rebeldía o si son los agitadores comunistas los que han pretendido imponer la terrorífica dictadura del soldado y el proletariado.

Entre estas dos graves interrogaciones está, en nuestro concepto, toda la labor de los jueces, pues descartamos, por absurda y por falsa, la versión que dá como razón del movimiento el descontento de las tropas por mal pago de sus propinas.

Si se trata de elementos políticos, cuya ambición sin límites ha puesto a la Nación al borde de una incalculable catástrofe social, es preciso, es indispensable, localizar al sector a que pertenecen, teniendo en cuenta que no son los de un solo color los que hoy se encuentran fuera del poder, y dejar caer sobre ellos la inflexible sanción a que se han hecho acreedores. Y, si el motín militar ha tenido tendencias comunistas, es deber no solo de las autoridades destruir el mal en su raíz, sino obligación inmediata de todo hombre de bien alinearse en el frente único que la Patria reclama para combatir el tremendo peligro social que la amenaza.

En cualquiera de ambos casos, solo la acción conjunta y enérgica de todos los ciudadanos de orden, de los que estamos verdaderamente cansados de la lucha inútil de las pasiones y los intereses políticos, podrá alcanzarse rápidamente la normalidad que tan ansiosa y urgentemente exige la mayoría nacional.

Por eso "MUNDIAL", modestísimo vocero de la opinión, que nunca anduvo por las encrucijadas; que no tiene compromisos políticos de ningún género; que habló siempre en su ardorosa campaña de los seis últimos meses en nombre de la fraternidad y en nombre de la cultura, condena ahora con toda energía el último intento de trastornar el orden público, pues nada justifica tan inicuo atentado en momento en que una Junta de Gobierno, de todo punto respetable, hace y comienza a realizar todas las promesas de conciliación y vuelta a la constitucionalidad contenidas en el último programa de Arequipa.

También "MUNDIAL", que fué el primero en acoger con simpatía y creer sin vacilaciones en las palabras de armonía vertidas por el Comandante Jimenez, a raíz de su entrada a Palacio, se siente obligado a decir que sus impresiones no han sido defraudadas y que la actitud de este distinguido Jefe, tan ponderada y tan inteligente en sus gestiones con el Sur y su heroica conducta de militar valeroso y resuelto en el fuerte de Santa Catalina, han salvado una vez más a la República.

O T R A Y E Z

La más ignominiosa de las calumnias, ante la cual formulamos la más enérgica protesta, ha tenido como consecuencia que la policía haciéndose eco de ella vuelva a escogernos como blanco de sus atropellos. Desde hace una semana se lleva a cabo la más encarnizada persecución contra nuestro director, don Andrés Axelino Aramburú que, ajeno a todo compromiso político y dedicado únicamente a dirigir esta revista, no tenía por qué despertar la celosa sospecha de las autoridades gubernativas. Pero no es nuevo que ejercer el periodismo constituye un peligro cuando no un delito. Decir la verdad, cuando se dice valientemente, descubre enemigos protegidos por la sombra que, irresponsables por su ocultamiento, usan criminalmente de la calumnia como arma de combate.

Nuestro director no solo no conspiraba, sino que no ha intervenido jamás en conspiración alguna. No obstante hoy se le persigue como conspirador.

Y los sabuesos policiales en el cumplimiento de su labor han llegado hasta el extremo de allanar su domicilio particular cometiendo el más execrable de los atropellos. A la una y media de la madrugada del día de ayer un oficial de policía acompañado por dos números de policía armados y cinco agentes de la secreta abrieron la puerta de su casa en una forma demasiado marcial: a culatazos. Tenían para ello la consabida y todopoderosa orden de la superioridad y continuaron su tarea registrando todos los rincones.

¿Hasta cuando vamos a seguir en este estado? La suspensión de las garantías individuales y el prolongado estado de sitio en que vivimos desde hace seis meses se lleva a cabo en una forma demasiado efectiva para los periodistas que saben decir las cosas como son y poner las verdades en su sitio, sin compromisos políticos bastardos, sin interés alguno, sin ambición personal.

Nos vemos precisados a formular una vez más nuestra protesta inútil por este nuevo atentado de que hemos sido víctimas. Pero más que por la forma violenta e inicua, por la violación de un derecho universalmente reconocido y universalmente respetado. La forma en que ha sido pisoteada la inviolabilidad del domicilio es verdaderamente vergonzosa para quienes lo ordenaron. Y lamentamos, únicamente lamentamos, que las autoridades de la policía lleven a cabo tales acciones enteradas como están de que las personas contra las que van dirigidas no tienen más delito que el peligro inminente que para muchos elementos constituye un periodista libre, consciente de su misión y con valor para ejercerla como es debido.

"MUNDIAL" cree necesario y oportuno reproducir en estos momentos las líneas que siguen publicadas en su edición del 14 de noviembre de 1930 y repetir la vehemente exhortación que ellas contienen para que todos los ciudadanos de bien se agrupen frente al inmediato y tremendo peligro social que significaría el triunfo del Comunismo en el Perú.

FRENTE AL CONFLICTO OBRERO

Ante el gravísimo conflicto obrero, que ha culminado en los trágicos sucesos del Mal Paso, ante el peligro inminente del trastorno del orden social y ante la probabilidad no menos cierta de reclamaciones e intervenciones extranjeras por esos mismos desgraciados acontecimientos, cuyas funestas proyecciones no se pueden medir, es preciso que los hombres honrados, los peruanos patriotas, en cuyas filas se cuentan los laboristas verdaderamente conscientes de sus necesidades y derechos, se agrupen en un frente único, contra la amenaza demoleadora del comunismo *ad-ports*.

No es el momento de volver la vista atrás y buscar las razones que han determinado esta angustiosa situación. No es la hora de criticar la insólita política de agravios y persecuciones, muy pocas veces justas, que han puesto entre los hombres rencores y odios irreconciliables; no es el instante de referirse a la insana campaña de prensa contra el capitalismo, por vedado halago a la ingenuidad proletaria, ni de hablar de la inoportunidad de esa Ley de Divorcio, que ha traído imprudentemente la lucha religiosa en el país. No. Ante la gravedad de los sucesos ocurridos y la proba-

lidad de otros mayores, es preciso, es indispensable, es patriótico, deponer, como lo hacemos lealmente nosotros, todo interés político, para combatir la tremenda amenaza comunista que se levanta contra la patria. Detenida, de inmediato, esta conjuración contra el orden social, ya llegará el momento de deslindar responsabilidades.

Por eso MUNDIAL, sustituye con estas sinceras líneas la nota política habitual en esta página, para no contribuir ni con el modesto grano de arena de su crítica o su reproche a debilitar la fuerza y el prestigio de quienes tienen en este instante gravísimo la obligación primordial de mantener el orden público y salvar el orden social.

Sirvan estas frases de exhortación a todos los hombres de bien para aprestarse a la defensa de la vida institucional de la República.

¿Hasta cuándo la farsa?

Ya llevamos siete meses de revolución o, mejor dicho, de insurgencia, y no se acostumbra ni el gobierno ni el pueblo a decir la verdad. Se enuncia una verdad relativa, pero nada más. Nada tan distante de la vieja y bella fórmula de decir "la verdad, toda la verdad y sólo la verdad", que esta verdad callejera y oficial de los siete meses. Mas, no divaguemos. Vamos a ser precisos.

En la relación del fracasado movimiento sedicioso del lunes, todos los periódicos convienen en que los soldados levantados y parte de sus compañeros civiles, vivaban a Sánchez Cerro. Después hubo otros que vivaron a Leguía. Muchos, al Comunismo. Y todos, a los soldados del regimiento número 5. La nota predominante fue Sán-

chez Cerro y el comunismo. Y se explica a primera vista por una sencilla razón: el 5 fué el cuerpo que comandó Sánchez Cerro en Arequipa. Mas, esta colusión de Sánchez Cerro y el comunismo, ha sido variada en el decreto de Ley Marcial, con "Leguismo y comunismo". No entendemos la variante producida la misma noche del combate, sino a través de la fobia leguista del comandante Jiménez fobia que podrá ser todo lo justificada que se quiera, pero que, en este caso, arrastra a hombres desapasionados y veraces como los demás miembros de la Junta a enunciar, sobre sus firmas, una falsedad y una incongruencia saltantes: de cómo el movimiento que vivaba a Sánchez Cerro, hecho por el cuerpo que mandó Sánchez Cerro, y que formó parte del Destacamento divisionario de los "leales" a Sánchez Cerro, resulta un movimiento leguista. Esta es una mistificación. Al día siguiente del movimiento todavía los periódicos repiten que se vivaba a Sánchez Cerro. "El Comercio" al cual no se va a tildar de antisanchecerrista, porque al contrario, ha sido el refugio del tiranuelo seis-mesino, lo dice así también. Y lo decimos nosotros que lo hemos oído.

Se explica que al estallido, se mezclaran elementos leguistas. Se trata de gentes naturalmente descontentas. No se les va a exigir que se sientan satisfechas. Pero tampoco hay derecho para acusarles en un decreto, cuando los hechos son distintos.

Ha faltado serenidad o veracidad a la Junta cuando redactó el decreto. Eran los primeros momentos. Luego, no hay disculpa. La persecución enconada a los ex-amigos del ex-Presidente de los Once Años, solo sería ininteligible con la persecución de los amigos y ex-amigos del tiranuelo de los Seis Meses. Porque en realidad, la persecución no se limita a los vivos callejeros y a la estructura e historia del cuerpo sublevado, sino a algo más: a la extraña coincidencia con el regreso súbito de un compañero de viaje del ex-tirano seismesino, y a la beligerancia callejera que algunos de sus familiares tomaron la noche del lunes, como seguros de que habían triunfado.

No queremos señalar nombres, sino que nos limitamos a señalar la flagrante incongruencia de los hechos y el decreto, y la ahora, maliciosa actitud asumida. Y así no se gobierna. Si la quiebra moral es espantosa en el país, hay que comenzar por exigir moralidad en los hombres de gobierno. Y la moralidad empieza por saberse decir la verdad, y termina ahí mismo en donde no se quiere o no se sabe decir la verdad. La cabeza de turco del leguismo está gastada. Si algún tiranuelo es peligroso es el de los Seis Meses, Sánchez Cerro, hombre sensual y megalómano, a quien la furia antianqui de agosto se le convirtió en amor al yanqui prestamista después. Hemos librado de la segunda etapa de los empréstitos, de puro milagro. Por obra de los que en Arequipa se opusieron a la obsecación injustificable de los que en Lima pretendían sostener antipatrióticamente al tiranuelo enfermizo y convulso.

Ya puede la "verdad oficial" caminar como quiera; nosotros cumplimos con nuestro deber de pedir justicia. Hay políticos avezados y mañosos que pretenden usufructuar de estas situaciones. Hay dinero civilista y sanchecerrista—se forma dinero en seis meses, aunque el país esté exhausto—en el movimiento del lunes, aprovechando

Casimires

Con nuestros casimires economizará usted dinero y obtendrá tan buenos resultados como con los mejores casimires que se importan.

Almacenes de Santa Catalina

Plateros de San Pedro 168 - 176

Bodegones 349 - 355

del estado de rebeldía de los clases, minados por ajenas propagandas; hay, inclusive, el plan de aprovechar de esa o cualquier coyuntura para tratar de impedir el regreso de un líder de avanzada a quien el país entero reclama. No creemos que la Junta se haga eco de estas maniobras, pero, desde ahora, las denunciaremos. Y las denunciaremos, porque conocemos extrañas colusiones entre personas allegadas al gobierno y las que merodean en torno a determinados políticos. Y hoy que se moraliza y se revoluciona, el primer deber es ser sinceros y decir la verdad. De otro modo, señores de la Junta de Gobierno, nada se remedia, nada se avanza, nada se soluciona. Y la solución tendrá que venir de todos modos, porque es necesario que este país se salve.

El levantamiento del lunes.

Todavía no ha pasado en el público el estúpido por el levantamiento del lunes. ¿Un grupo de clases encabezando a un regimiento enloqueció repentinamente y salió a las calles a despilfarrar pólvora y balas? Evidentemente, no. El objetivo era el Palacio de Gobierno, en donde, ese día, hacían guardia soldados del mismo cuerpo sublevado. Quiere decir que se contaba con la entrada sin resistencia a Palacio. ¿Y después? ¿El sargento Huapaya iba a suceder al señor Samanez? ¿Había el propósito de llevar o de llamar a otro político para que se encargase del poder, ¿Respondía el movimiento a un principio de revolución social, y se iba a instaurar un soviet?

No discutamos el asunto. Vayamos a su

fondo mismo. En momentos en que esto escribimos, se debate acerca de si los clases serán condenados a muerte o no. Apesar del impulso del primer instante, empezamos a sospechar que no habrá sangre, y no quisiéramos equivocarnos. No por piedad. En esta clase de asuntos, la piedad es un peso muerto: por equidad.

Estos clases sublevados son el producto impostergable de diecisiete años de politiquería en el ejército. Los movimientos militares que tuvieron éxito fueron premiados con ascensos y prebendas políticas; los fracasados, por la muerte, como en el caso del coronel Alcázar, militar de antecedentes inmaculados, o como en este caso, con un consejo sumario. En la conciencia pública flota tal criterio. Se comprende hoy, como nunca, la necesidad de moralizar el ejército, pero se tropieza con la dificultad de no encontrar quien no esté comprometido en algún movimiento de índole política. Y en tal coyuntura, irremediadamente, surge un sentimiento que atempera la indignación del primer momento.

Se arguye que es necesario ejemplarizar. Es verdad, mas ¿por qué se empieza con los clases que son las últimas víctimas, los últimos en ser permeables a la propaganda de dieciséis años?

Debemos reconocer sin ambages con valentía, porque solo así nos curaremos, que quienes realizaron el malhadado golpe de Estado del 4 de febrero de 1914, contrajeron una gravísima responsabilidad para con el país. De ahí arrancó la sublevación de Ancash en 1915; la sublevación de Ancón en 1918; el golpe de Estado del 4 de julio

de 1919; el levantamiento de Iquitos de 1921; el del Cusco en 1922; el del norte en 1924; los de Arequipa y Cusco en los años siguientes; el de Arequipa en agosto del 30; el frustrado movimiento de opinión militar —el primero que tuvo desinterés y principios— de noviembre del 30; los de febrero del 31; este que ahora presenciemos y comentamos. Es una secuela de indisciplina que solo podrá ser remediada drásticamente. Y atacando el mal en su raíz. Esta raíz está en los soldados? No lo está. Piensen en ello, seriamente, los hombres del gobierno; piensen los militares sin mancha; piensen los que realmente aman el Perú, y vayamos todos a solucionar, de una vez por todas, el mal profundo que significa para República, vivir a expensas de movimientos de esta clase, cuando carecen de principios. El militar no se debe solo al orden: eso es falso. El militar se debe a los principios, a la justicia, a la legalidad. Pero, no a la legalidad aparente. El militar no se debe a la ilegalidad de la legalidad, al tinterillaje político. Su misión es austera, pura: debe exigir orden no solo de los gobernados, sino también de los gobernantes. En el momento en que este equilibrio se rompe ¿quién puede pedir a nadie que viva en la normalidad? Nuestro mal arranca de los fundamentos mismos de la nación, y esta hora de removimiento es la que se debe aprovechar para poner coto a tales desmanes. Hagámoslo, pero sin abusar de los débiles ni sobrecargar a inferiores lo que viene desde arriba. Seamos severos, pero equitativos. No seamos piadosos: seamos justos.

HARRY RIGGS

Harry Riggs era un artista. No debía haber muerto Harry Riggs. Aún quedaba mucho que esperar del poeta. Hoy el poeta ya no es. O quizás ha llegado a definirse más. Porque era un artista de veras. De aquellos que constituyen el plano intermedio entre lo temporal y lo eterno, de aquellos que la materia ahoga en su ansiedad de sublime. Harry Riggs era un artista. No debió haberse muerto Harry Riggs. O quizás ha llegado a realizar su sueño.

En plena adolescencia, ha muerto un poeta. Ha muerto inédito, aún no conocido sino en pequeños círculos amistosos. Sin embargo, pocos tan dignos como Harry Riggs de admiración según el más estricto aprecio. Es obra la suya de honda y fuerte poesía; obra de gran poeta, sin duda, reciente, muy reciente pero ya en el goce entero de su virtud.

Trajo Riggs a nuestra poesía una humanidad, una espiritualidad, que sólo en su frase ingenua, pueril, enorme, pudo caber justamente. Escribió para que pocos le leyeran, alguna vez, alguna, sabe Dios, pero con sus ojos de él, inocentísimos, de hombre sano, triste y niño. Nunca curó de escuela ni moda, ni ejemplo. Nació tal, incapaz de mezquina sociabilidad, de menester y mimetismo. Siempre habló desde su pensamiento, veraz y fervoroso. Nada le quedaba en los fondos del ser; todo le subía a la conciencia, a la voz; todo adquiría, en su persona, en su



Harry Riggs Saco, apunte a pluma de nuestra genial artista la escultora Carmen Saco.

experiencia, el peso específico de la espiritualidad.

Su poema, esta siempre claro, siempre en ímpetu, siempre en angustia, siempre en alma. La muerte impide hoy a esta mente elaborar nuevas imágenes y ritmos sobre nuevas realidades temporales, nuevas intenciones sobre nuevas formas. Mas debemos alegrarnos de que la juventud nos haya declarado una vez más, en pura expansión, en profunda expresión el misterio presente e indeclinable del hombre.

Poesía la de Riggs bella por dentro; tan bella, que, a su proximidad, se embellece el verso primerizo; tan bella, que, en los últimos poemas, ya el ojo, vano y curioso descubre, al simple leer, y teme la divina sustancia.

Fué Riggs el más apresurado de una generación apremiada por la muerte a supremas ejecuciones, generación a la cual toca vivir bien y pronto. Por ello y según ello, fué Riggs sincero y original absolutamente en edad inclinada hacia el dogma exterior y la fe ajena. Fué así, fatalmente, necesariamente, en un secreto pavor y resentimiento de la muerte. Sólo sobre un gran temor o un gran dolor, se puede fundar un gran comportamiento humano. Harry Riggs, siempre fuerte y triste, como un niño, vivió atento a su muerte y murió atento a su vida. Era todo espíritu.

Martín ADAN.

Homenaje a Harry Riggs

1

El ha levado el ancla,
para la eternidad,
la desconocida aventura.

A nosotros nos queda,
esconder el dolor,
agitar el pañuelo de la despedida.

Cuando la noche,
y no los párpados,
cieguen nuestros ojos,

será el nuevo encuentro,
el mostrar la dulce sonrisa.

2

Los labios maravillados enredaron las palabras que decían de una aspiración de belleza, de un hallar en las cosas vistas y en las que su fé anticipaba, la extraña sujeción a los golpes gloriosos de su corazón adolescente, a los duros golpes con que las palabras hería y formaba para su deber de expresión espontánea y fiel de esa vivencia y esa aspiración. Apenas se delineaba el contorno de una verdad poética que se anunciaba grande y profunda, conforme al creciente poderío de su alma de poeta,

cuando le hemos perdido. Aunque, podemos afirmar, tan solo el silencio nos separa de él.

Emilio Adolfo von WESTPHALEN.

A Harry Riggs

¡Ah pobre Harry amigo,
me acuerdo de tus ojos asombrados
y de tu tierno corazón de niño!

Solitario la noche de los bosques
yo te veo cruzar por el silencio,
desesperado a veces en lo oscuro
o anudado de paz con el lamento.

¡Ah pobre niño bueno,
con palabras antiguas, con tristezas
antiguas,
te recuerdo!

Ya destrozó la angustia
el estuche de vidrio de tu cuerpo.
¡En qué mares de luz! ¡bajo qué
cielos!
ahora navegará tu pensamiento!

Enrique PEÑA.

Dos Poemas de Harry Riggs

CLARIDADES

Una tristeza que se diluye entre purísimas claridades

que a través de la nada fluye a otros mundos (dos)
es el alma de las lagunas que busca una (gracia)
en el cielo vacío.

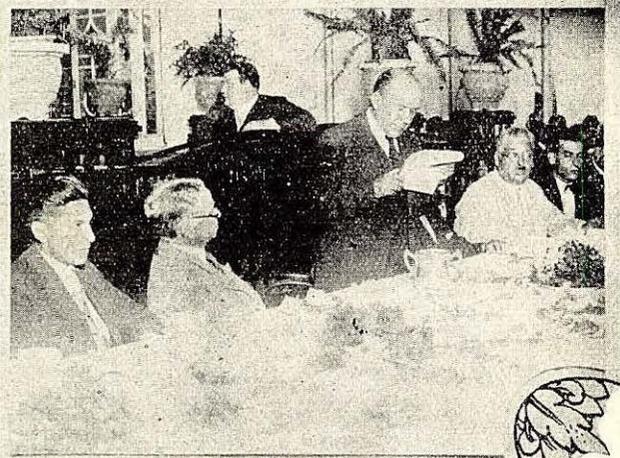
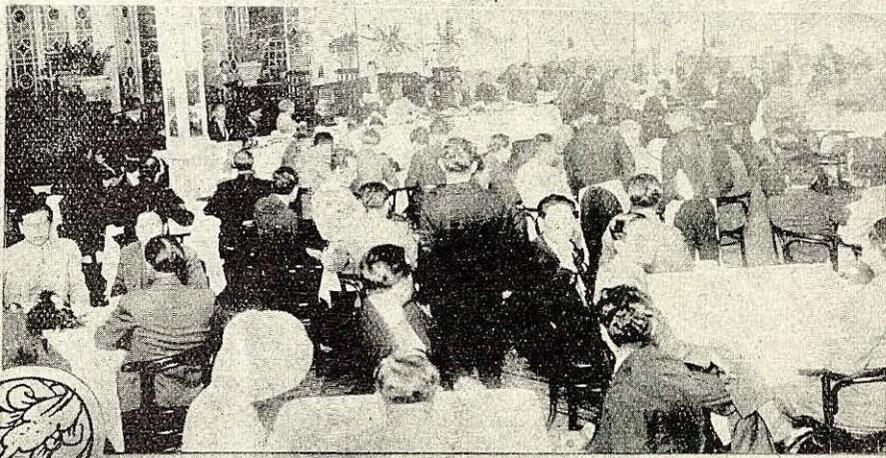
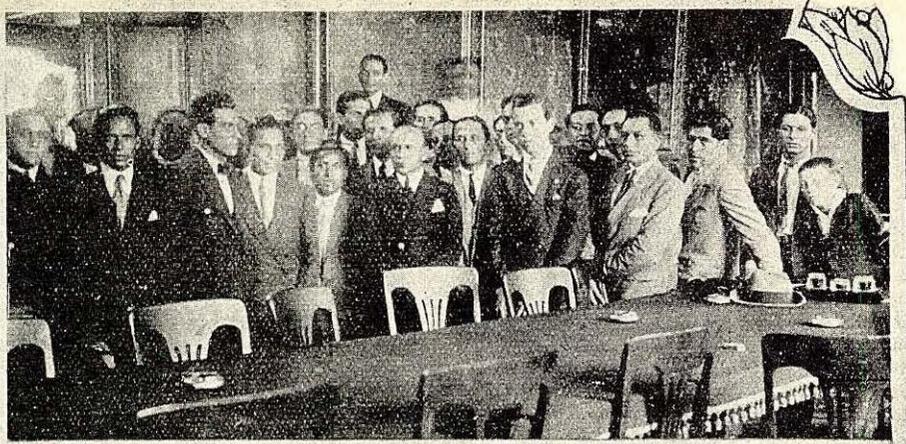
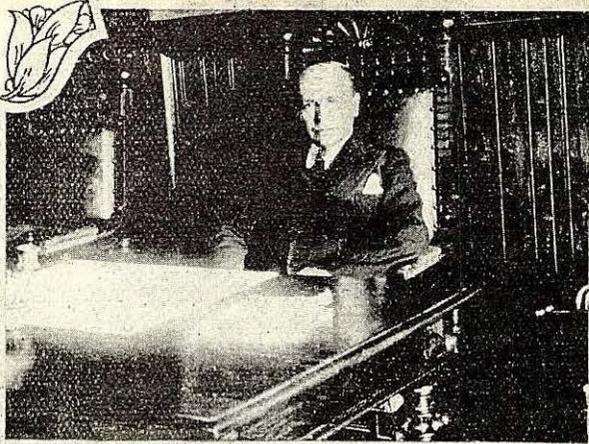
Es la flor que no puede nacer en la tierra (pedregosa)
Son las cosas cansadas de ser ellas mismas
¿O es que yo siento demasiado?

Viento sacude tu piel en olas

En la tarde los colores
sobre el cielo pintan mi alma

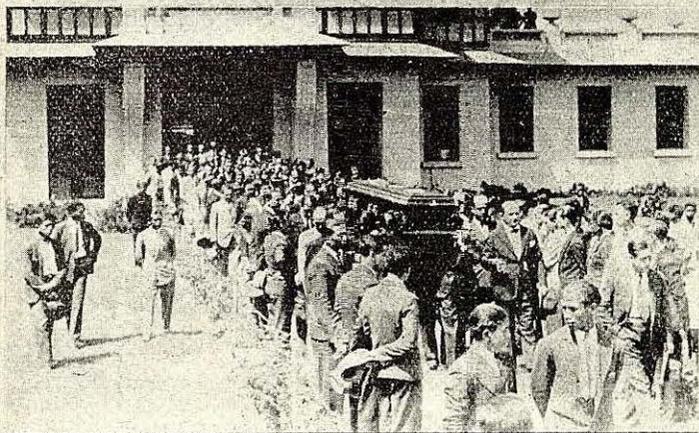
AMANECER

La flor de la luz del sol se está abriendo,
en un cielo claro como una sonrisa de Dios.
A través de las flores los rayos encienden
violentos colores.
Y son los ojos tan limpios como cuando
se abrieron por primera vez.



EL TE UNIVERSITARIO AL RECTOR DOCTOR ENCINAS

A alcanzó los relieves de una fiesta llena de juventud, de respeto, de alegría, la que ofrecieron los alumnos universitarios de San Marcos a su nuevo Rector, el doctor José Antonio Encinas. La demostración se llevó a cabo en el Restaurant Zoológico el sábado anterior. Y en ella, por los discursos cambiados entre el estudiante señor Tomás Escajadillo y el doctor Encinas se puso de manifiesto el nuevo espíritu universitario.



El sentimiento general que despertó la muerte de Roberto Mulanovich dió lugar a una crecida manifestación de duelo el día de la traslación de sus restos al Cementerio General.

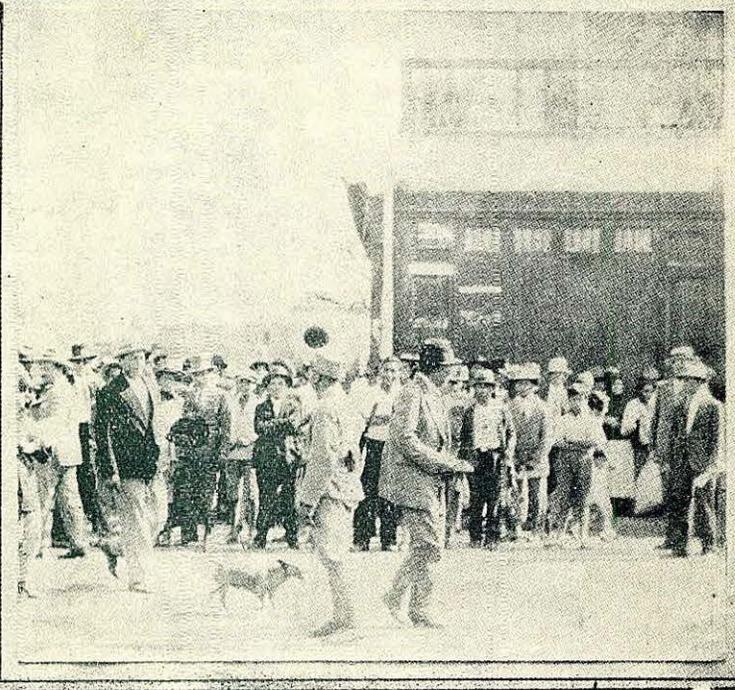
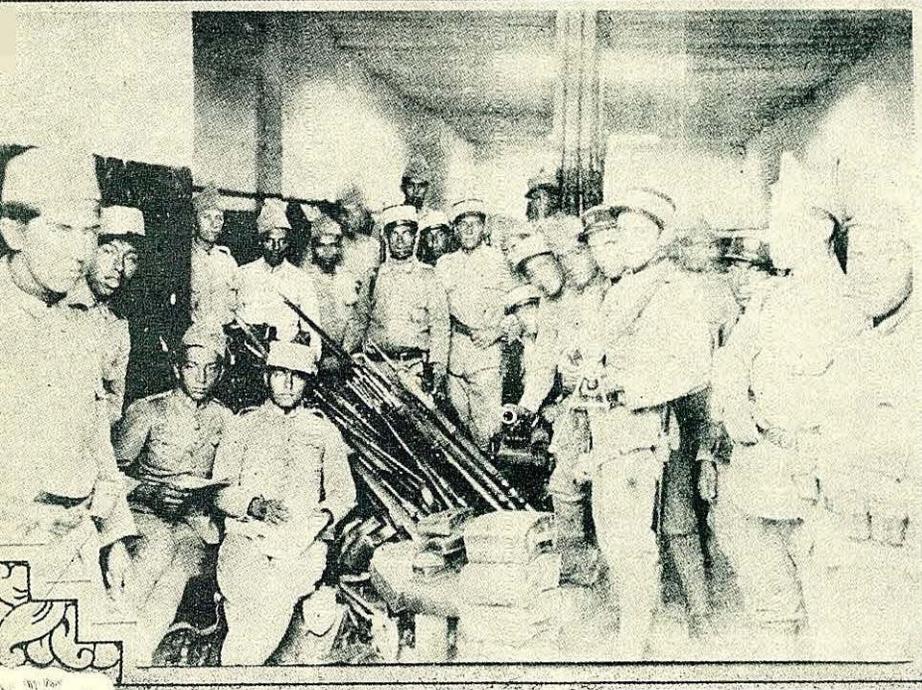
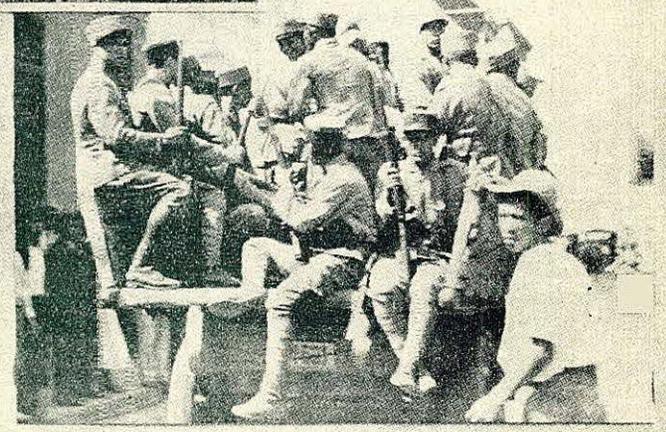
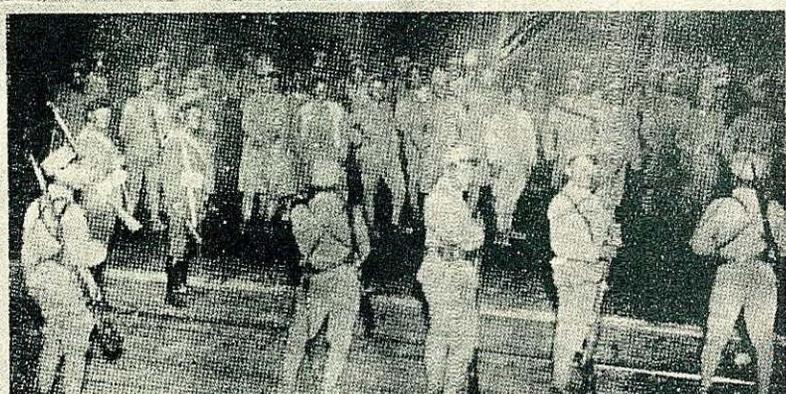


Numerosas familias que veranean en La Punta organizaron el domingo pasado un almuerzo al que corresponden estos gráficos.



DEMOSTRACION DEL Sr. LARCO HERRERA AL PRESIDENTE DE LA JUNTA DE GOBIERNO

Como expresion de solidaridad, antes que motivo protocolar, el señor Rafael Larco Herrera, Ministro de Relaciones Exteriores, ofrecio, el viernes pasado un significativo banquete al Presidente de la Junta de Gobierno señor David Samanes Ocampo en los comedores del "Hotel Bolivar" y al que fueron invitados todos los miembros del gobierno revolucionario así como destacadas personalidades y representantes de todos los matices politicos y sociales. Reunimos varios graficos de la fiesta que, como ciudadano y no en su calidad funcional, diera el Canciller.

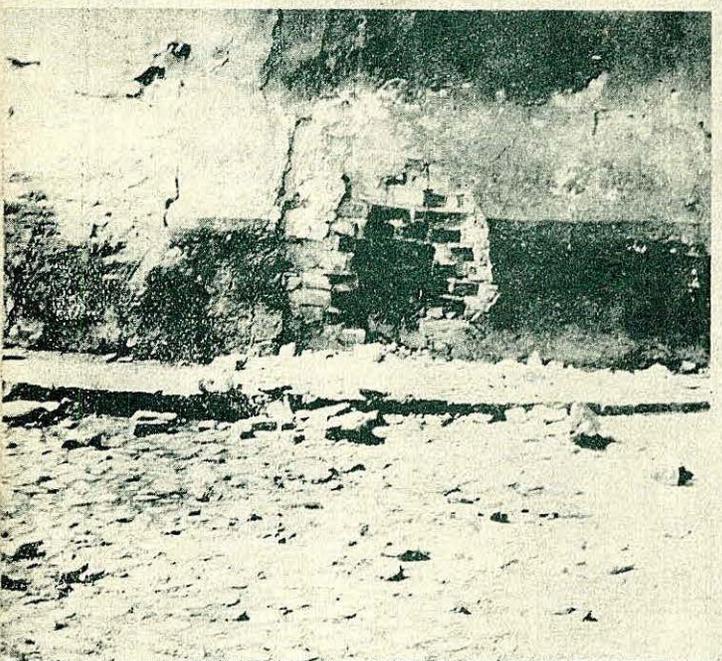
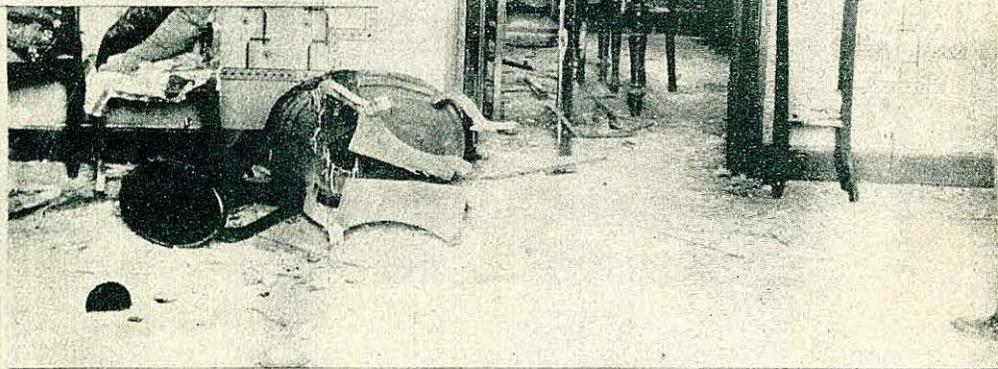
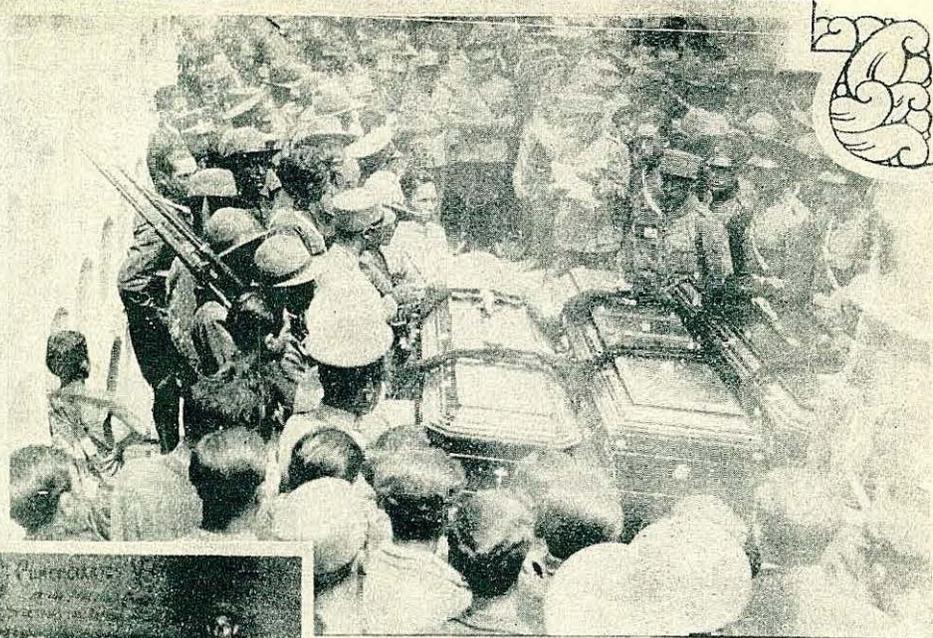


LOS GRAVES SUC

Nuevamente, cuando la política conciliadora y serena de la actual Junta de Gobierno...

—sucede nuevamente al país. Felizmente la sublevación de los clases y soldados de Santa Catalina ha podido ser fácilmente...

querido dársele. Bien pudiera ser que influencias extrañas despertaran, como ya ha dicho 'El Perú', la idea de posibles reivindicaciones sociales en la cultura incipiente...

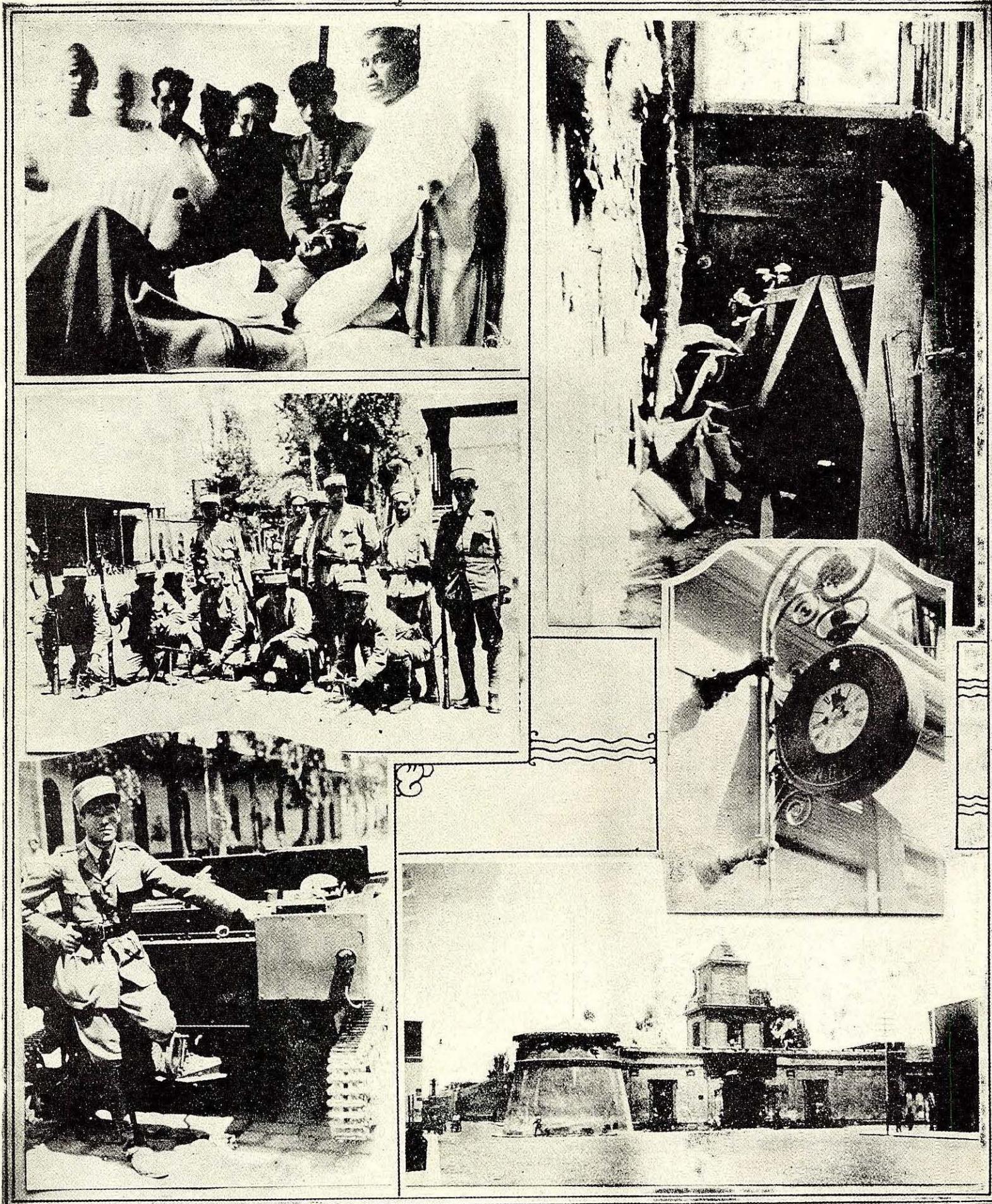


ESOS DEL LUNES

ro! único proferido por los protagonistas de la loca aventura, no solo nos señala con toda claridad la índole del movimiento sino que deja traslucir la cuna y los autores de tan desalentada acción. Las fotografías que presentamos en estas páginas muestran diversos aspectos de las actividades de las

tropas leales después de dominada la sublevación. Así como de los daños causados por el fuego de las ametralladoras y los cañones. Aparecen las tropas fieles al Gobierno que asaltaron el cuartel de Santa Catalina donde se atrincheraron los sublevados. Los cañones de que se sirvieron las

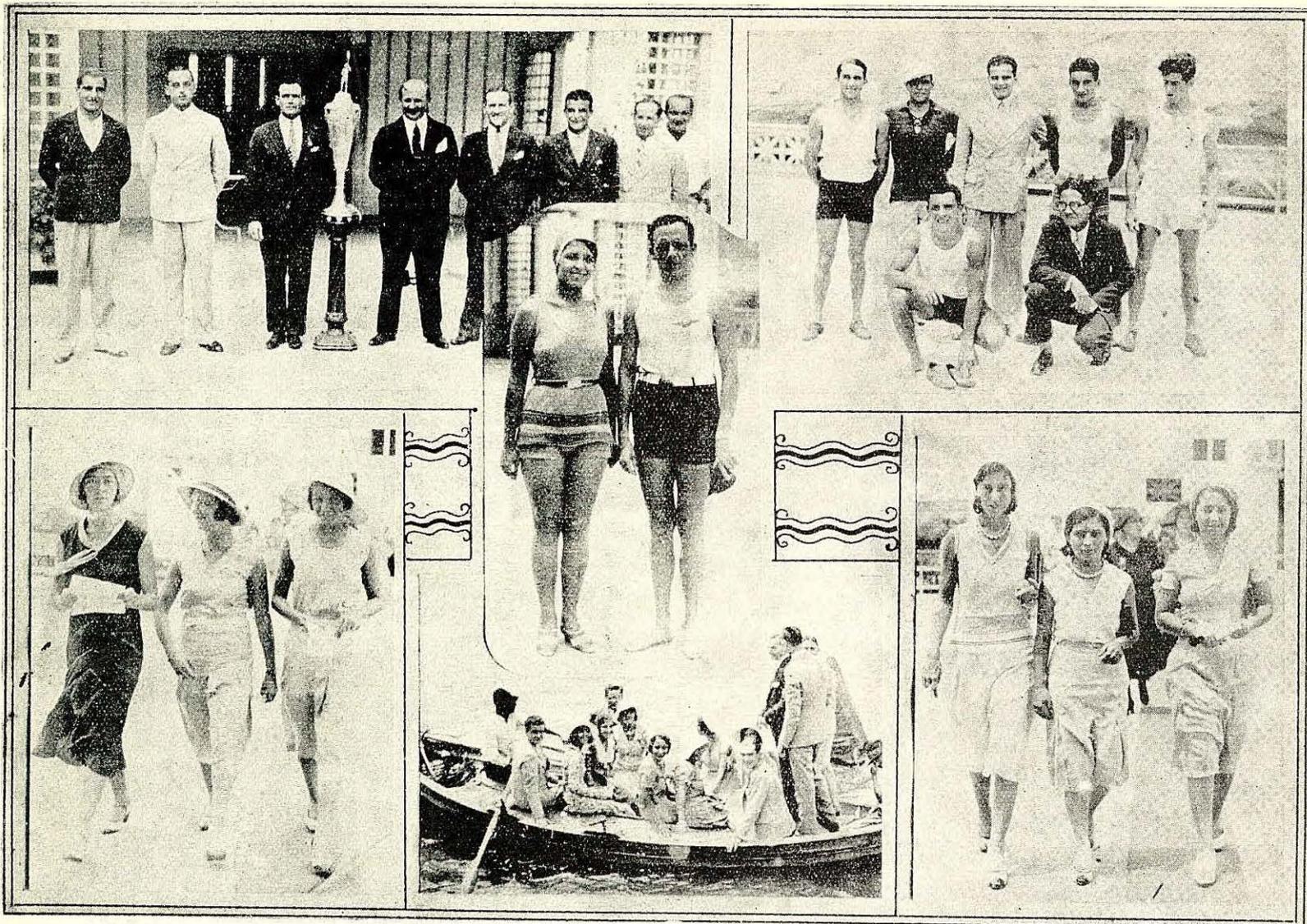
tropas para el asalto del cuartel. Los sublevados custodiados por las tropas leales después de reducidos. Las armas cogidas a los amotinados. Algunos puestos de ametralladoras colocadas en sitios estratégicos de la ciudad. Camiones con tropa de línea que custodiaban el orden. El comandante Jimé-



... visitando el Hospital Militar. El entierro de los alumnos de la Escuela de Policía caídos en la madrugada del martes. Los automóviles blindados de que se sirvieron los amotinados. El cuartel de Santa Ca-

talina acribillado por los proyectiles de las tropas adictas al Gobierno. El reloj de la Casa Welsch atravesado por una bala. Algunos de los heridos que se asisten en los Hospitales. El salón de la casa que habita

la familia Gilabert en la Avenida 28 de Julio completamente destrozado por un cañonazo. Y otra casa de la vecindad de Santa Catalina en la que el combate ha dejado sus huellas.



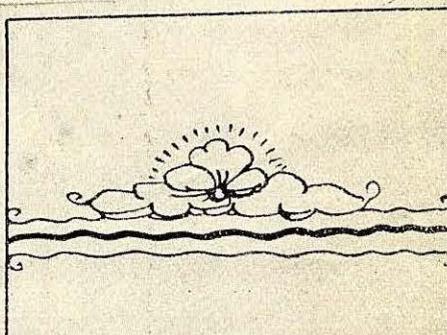
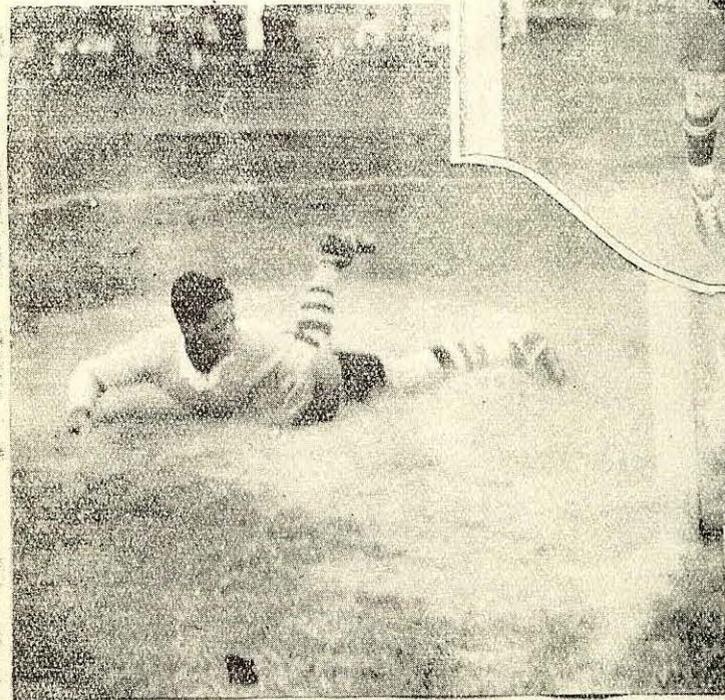
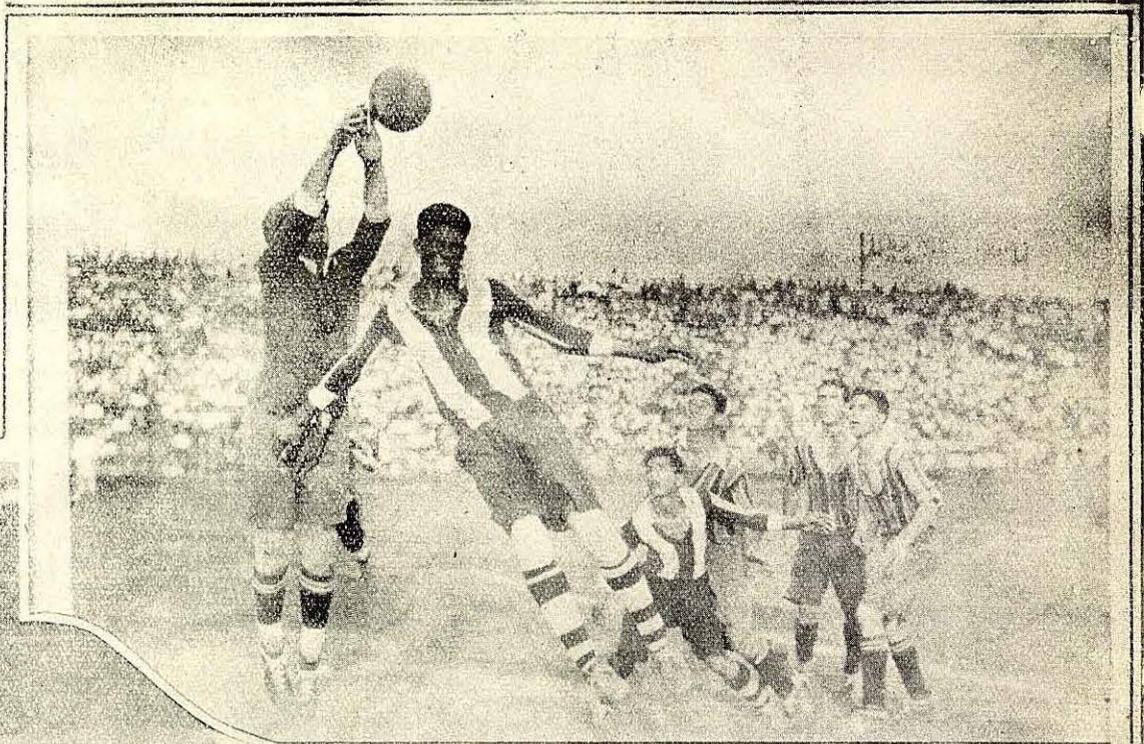
Diversos aspectos de la última reunión de regatas realizada en el club de Chorrillos, que alcanzó un verdadero éxito social y deportivo.



Tardes del Hipódromo

Aspectos sociales de la última reunión de carreras.

*El desempate del
"Alianza Lima" y del
"Velez Sarsfield"*



Después de mucho tiempo hemos asistido a un encuentro más emocionante y duro como el que sostuvieron el domingo último, en el Stadium Nacional, el cuadro de los íntimos y de los argentinos. Abrieron el score, por sus primeros recios 25 minutos, los locales. Pero los visitantes se impusieron, al cabo de intensa brega, por dos a uno. Destacó, en el team criollo el incomparable Montellanos. Fué una viva escultura del arte olímpico.

Editorial

Podemos alabar a Dios porque durante los días martes, miércoles y jueves no ha habido tiros en la calle ni se han pronunciado en contra del gobierno el gremio de filatélicos, que según nuestra cuenta, es lo que todavía falta.

Posiblemente nadie se explica las razones que han movido a las tropas del 5 a rebelarse contra... (tampoco se puede saber contra quien se han rebelado). Bueno. No podemos saber por qué se dedicaron a alarmar al vecindario con tiritos y gritos subversivos. Y este es un delito muy grave, gravísimo ultragrave. Todos sabemos que el vecindario de esta capital es sumamente tranquilo y manso. De manera que alarmarlo con tiritos es conspirar contra su salud, porque en un momento de estos puede darnos a todos un colapso cardíaco y allí no mas estirar la pata, a pesar de que la sábana está corta y no se puede estirar mucho las piernas.

Lo que mas agrava el delito, es que haya sido sin

aviso previo. Cuando la conspiración del Callao, todos sabíamos con quince días de anticipación, que de un momento a otro se producirían graves acontecimientos en la capital y sus alrededores. Y ya sabemos que guerra avisada no mata gente. De tal manera que cuando estalló el movimiento del Callao ya todos habíamos hecho gran aprovisionamiento de éter, agua de azahar, etc., etc. Pero el lunes la cosa fué trágica sin decir agua va, comenzaron a tirar bala, y todos comprenderán fácilmente, que no es lo mismo agua que bala.

Sabemos que el gremio de farmacéuticos, que ha sido el más perjudicado, piensa presentarse pidiendo el severo castigo de los delincuentes del lunes, a fin de evitar que en el futuro actos como el del lunes se realicen sin aviso previo, porque eso le siona gravemente sus intereses.

Y tienen razón: no se puede proceder así tan de sorpresa.

La Semana de Solfa

Por HUGO MALEIRO.

(De "La Estrella de Panamá".)

Conoci a Sánchez Cerro, el VALIENTE peruano, al héroe de Arequipa yo le estreché la mano y sentí un desaliento al tratarlo y saber que no era un portento que todo en su persona, puro bluf tan sólo era, que no era la fiera que nos pintó la prensa y lloré, de tristeza, al saber que se piensa con más derechos que otros a ser un Presidente. Oh, señor! Hasta cuando seremos penitentes! Hoy alguien asegure, yo lanzo la pelota, que cuando Sánchez Cerro visitó a nuestro Alfaro le dió sin reparo: —"Istmeños y peruanos, son buenos "Compatriotas". Muy bien por el valiente que aspira, sin empachos, a ser un Presidente.

Sánchez Cerro tenía el domingo 10. de marzo pantalones blindados, por eso no sintió el chuzazo número cuatro y dos que le hizo salir de Palacio.

Luis Mocho continuó diciéndo, en Panamá:

—Voy a Europa, y regreso a lanzar mi candidatura a la Presidencia de la República, porque tengo derecho a que me elijan Presidente.

Y los periódicos panameños le han revirado, porque le han dicho que todo ciudadano puede aspirar, pero que ninguno tiene por derecho propio la presidencia en el bolsillo.

Bueno. Nosotros sabemos que Luis no volverá. Se quedará en Europa, y dentro de poco, con su nombre o con otro, lo veremos representado en un vaudeville francés o en una opereta vienesa.

creto cuando uno no está obligado a guardarlo por razones del empleo o la función.

Pero el señor ministro de gobierno quiere que seamos discretos, y comienza por prohibirnos que divulguemos las noticias que se llega a coger por medio de las antenas.

Para que el decreto fuese completo, para que el secreto fuese inviolable solo le falta una pequeña cosa al decreto:

Que no haya gorreros de radio. Porque, ¿cómo se impide que las noticias se divulguen si en el aparato de Pedro Pérez manjobra Luis López?

La sublevación de los clases

—¡Va que no!—dijo Mani.

—¡A que sí!—le respondió Huapaya.

—Tienes mas miedo que una gallina pata amarilla.

—A mi me apesta la cabeza a coco rancio y me amarro los pantalones con rieles de ferrocarril.

Y por este diálogo quedó resuelta la sublevación del lunes. Los clases, encabezados por Huapaya, querían ver si eran capaces de hacer, ellos también una trocanta de la madona.

—¡Y vaya que la hicieron!

A las siete y media de la noche del lunes en Lima había un cierra puertas general (¡cuidado con la palabrilla!)

Y por todas partes comenzaron los tiritos: pin, pin, pin... pon, pon, pon. Y parecía que estábamos jugando al pin pon.

Carreritas por aquí, carreritas por allá.

Pero hay que convenir que la revuelta fué completamente leguista. Estos leguistas son unos diablos. Lo hacen todo. Y ellos armaron esta gorda el lunes. Una gorda que resultó flaca. Puro movimiento leguista. Por eso los clases sublevados gritaban a voz en cuello:

—¡Viva el Comandante Sánchez Cerro!

Gritaban eso por desespitar. ¿No es verdad mi querido Chancay, que usted nada sabía de esto?

Las declaraciones del Comandante Mocho

¡Pero qué lindo es Luis Mocho! ¡Es una preciosura el Comandante parisino! En Panamá, según dicen los periódicos, recibió a los periodistas tendido sobre una chaise longue. Tenía la cabeza recostada sobre la mano derecha. Las rodillas ligeramente encorvadas. Casi casi, estaba en la misma posición que la Maja de Goya. Con negligencia tendió su sinistral a los visitantes mientras tornaba los ojos de la misma manera que se lo tornó a la jefe del feminismo peruano ZAC.

Después de esto se puso a hablar con abandono, como si estuviera muy fatigado mientras su secretario le ha

cía aire con un abanico de plumas de avestruz. (Las plumas de la paca-paca se parecen a las del avestruz).

—Yo me he ido por que quisie. Nadie me ha sacado de la presidencia provisoria —dijo Luis Mocho.

—Y comienza mintiendo como un chino. Porque en ningún momento fué presidente provisorio. Fué presidente de la Junta de Gobierno, y nada más, y eso ya es mucho. Y eso de que diga que se fué porque quisie, es otra mentira, porque él, por su gusto y el de la parentela, se hubiese quedado veinte años, y después hubiese repetido el plato. Seguramente el Comandante

Onadas. Antenas. Lámparas. Estática.

Bueno. Se me hace un lío en la cabeza. O yo estoy loco o no entiendo ni una palabra de lo que dice el decreto expedido por el ministerio de gobierno sobre instalaciones radiográficas.

¿Se prohíbe tener instalaciones de trasmisión?

Muy bien. Al gobierno le cabe derecho de prohibir que funcionen otras estaciones que las oficiales.

¿Se debe inscribir las estaciones receptoras en un registro?

No tengo una sola pala-

El Delito del Secreto

bra que agregar. Es muy justo que el gobierno quiera saber quienes tienen radio en su casa, por lo menos para saber cuantos chillados de la radio difusión hay en el Perú.

¿Se prohíbe divulgar las noticias que se recibe?

¿Esto es en serio o en broma?

Ya sabemos que el hombre no puede guardar un secreto. Por no poderlo guardar es que sabemos que el rey Midas tiene orejas de asno. Pero hasta ahora no habíamos sabido que es un delito no guardar un se-

¿A qué horas funciona el Banco de Reserva?

Por qué se extorsiona a los empleados del Banco de Reserva haciéndoles trabajar tarde? El lunes el Banco de a horas que no son de oficina, momentos antes de que comenzara la alarma de

la población, estaba lleno de gente. Suponemos que hayan sido empleados. Y sobre todo, es peligroso que esos empleados asistan armados a sus labores.

¿Es Director de la Escuela Militar?

Una preguntita, Coronel Beingolea, una sola preguntita. ¿Ha sido usted nombrado director de la Escuela Militar de Chorrillos? Hay gente, muy seria, que afirma que usted, mi Coronel, había sido nombrado director de la Escuela Militar el lu-

nes entre cinco de la tarde y ocho de la noche. Y nosotros que no hemos visto la resolución suprema que lo nombró decimos que eso es mentira. Pero nos contestan que usted estuvo en la Escuela el mencionado día y a las susodichashoras.

CARTAS DE RUCIO

Lima, 26 de marzo de 1931.

Señor Director de "MUNDIAL",

Ciudad.

Señor Director:

Encuéntrome hoy sin tener prójimo a quien dirigir mi semanaria epístola, por lo cual va Vuesa Merced a pagarme los platos rotos, que esto nuevo no es ni en periodismo ni en política, pues siempre menester es tener quien sirva de cabeza de turco.

Como hallámonos sujetos a las disposiciones de la ley marcial, y con esta o cualquier otra, quien tiene la sartén por el mango hace de su capa un sayo, no quiero meterme en honduras, ya que muchas veces heme visto con el agua al cuello, y esto hame vuelto mas prudente que serpiente, y por ende voy solo a contar a Vuesa Merced una aventura que ocurrióme allá por mis mocedades cuando juntos íbamos por el mundo don Quijote, don Sancho, Rocinante y este muy humilde servidor de Vuesa Merced.

Íbamos a paso lento por una asoleada llanura de la Mancha, y a mi señor don Quijote, por malos de su pecado ocurriósele clavar fuertemente las espuelas en los hijares del noble Rocinante. Viejo era ya el tal caballo, mas también de noble sangre, por lo cual al sentirse herido olvidóse de sus años y sus achaques y así fué que empezó a hacer corcobetas y respingos que eran un primor. Apretó las riendas mi señor don Quijote, mas sus fuerzas no fueron bastantes a contener los ímpetus de Rocinante el que a poco mas dió con su jinete en el suelo cuan largo era. Levantóse airado y molido don Quijote y presto requirió la espada,

y cuando yo cerraba los ojos encomendando a todos los santos el alma de Rocinante, vide que don Quijote se abrazaba al noble cuello del bruto y le decía estas o parecidas razones:

"Bien se ve Rocinante amigo, que noble sangre circula por tus venas, y conócese esto en que pese a tus años lavado has la ofensa que te hice al hundirte las espuelas, y esto lejos de pesar en mi ánima en contra tuya motivo será para que si antes te quise hoy te quiera más, y así desde hoy doble ración de avena tendrás".

Pasaron unos días, y otra tarde mi amo don Sancho Panza, que no debía andar muy contento de mi trote, cogió una luenza espina y para aligerar mi paso clavómela cuan larga era en las ancas. Vivo he tenido siempre el genio, y así fue que entróseme el demonio de la cólera que allí no mas fue don Sancho a darse tan gran costalada que apoco mas entrega el alma al Señor, pues Vuesa Merced sabe que no hay jinete que sea capaz de estarse quieto sobre el lomo de un rucio cuando a él ocurresele que allí no debe estar.

Levantóse airado don Sancho, y cogiendo una gruesa estaca molióme a palos las costillas, y por la noche, al llegar a la venta, atóme tan corto, que en toda la noche no pude probar obcado.

A Vuesa Merced, que hombre es azas leído, interrógole ahora a fin de que se sirva explicarme porqué causas idénticas produjeron efectos diferentes en Rocinante y en mi, cuando la ciencia dice que causas iguales engendran efectos iguales.

Saluda a Vuesa Merced.

EL RUCIO DE SANCHO.

Se va Conociendo la Revolución del Sur

Creemos oportuno reproducir las dos cartas que siguen a continuación para el esclarecimiento de la revolución de febrero y lo verdaderamente acaecido en Arequipa ya que la mas espesa niebla se extendía sobre los sucesos entonces desarrollados.

Una carta del Dr. Bustamante de la Fuente.

Arequipa, marzo 17 de 1931.

Señor Director de "El Deber"

Presente.

Muy señor mío:

Como en diferentes Revistas de la localidad se está haciendo comentarios erróneos respecto del resultado obtenido por la Revolución del 20 de Febrero y de la renuncia de la Junta de Gobierno de Arequipa, creo necesario dejar pública constancia de lo siguiente:

1º—El objeto principal de la Revolución de Arequipa fué derrocar la dictadura de Sánchez Cerro e impedir que llevara a cabo la farsa electoral que preparaba. Esta finalidad ha sido conseguida. Por el momento, no se comprende toda la trascendencia que tiene este hecho para el porvenir de la República, pero más tarde, cuando el país se dé cuenta de que su vuelta a la constitucionalidad y la formación de un gobierno democrático, designado libremente por los pueblos, se debe a la Revolución del 20 de Febrero, se dará a este movimiento toda la enorme importancia que merece. Si Sánchez Cerro hubiera continuado en el Poder, habría impuesto su candidatura a la presidencia de la República y habría tenido que soportar el país durante largos años una vergonzosa dictadura.

2º—La Junta de Gobierno de Arequipa defendió calurosamente, en las conferencias que tuvo con las Juntas presididas por el Dr. Leoncio Elías y el Comandante Jiménez, su derecho para imponer al señor David Samanez Ocampo como Presidente de la Junta definitiva constituida en Lima. Todo Arequipa sabe que se accedió a esa exigencia y que hoy preside la Junta de Gobierno el señor Samanez, debido a nuestra actitud enérgica y decidida.

3º—Uno de los principales postulados de la Revolución del 20 de febrero fué la constitución de un gobierno civil, en vista del fracaso del gobierno militar presidido por el Comandante Sánchez Cerro. No necesito decir que esta aspiración ha sido satisfecha.

4º—Desde el primer momento los miembros de la Junta de Gobierno de Arequipa declaramos que, con excepción del Presidente, no aceptaríamos formar parte de la Junta de Gobierno definitiva, ni ninguna otra situación política, para demostrar ante el país nuestro absoluto desinterés personal al haber tomado parte en el movimiento revolucionario del 20 de febrero. Si se disputaba mayor número de puestos no era con el propósito de que los ocupáramos los miembros de la Junta de Arequipa, sino con el noble fin de hacer respetar nuestros ideales. Todos los miembros de dicha Junta nos hemos negado a trasladarnos a Lima y a formar parte del nuevo Gobierno; y en lo que a mí se refiere particularmente, debo dejar constancia de que he pecado hasta de descortes, con el señor Samanez Ocampo, al negarme rotundamente a acompañarlo, como me lo solicitó insistentemente, ya fuera como asesor o como ministro. Los jefes militares que intervinieron en la Revolución pueden testificar este hecho.

5º—La actual Junta de Gobierno constituida en Lima ha hecho suyos los ideales de la Revolución del 20 de febrero expresados

en el Manifiesto de 24 de del mismo mes. Es de esperar que los sostenga hasta el fin. Se ha nombrado ya, como es notorio, una comisión para que prepare el anteproyecto del Estatuto Electoral sobre las mismas bases puntualizadas por nosotros de la más absoluta libertad del sufragio, de la representación de las minorías y del voto secreto y obligatorio. La descentralización económica y administrativa del país, que es otro de nuestros ideales, puede considerarse como un hecho. Nadie podrá ya oponerse a ella.

6º—Se afirma que el Comandante Jiménez llamó a la Junta de Arequipa para que se hiciera cargo del Gobierno y se nos censura por no habernos constituido inmediatamente en la Capital. Esta afirmación no es exacta, como se cerciorará quien lea los despachos telegráficos, pues, lo que dijo el Comandante Jiménez fué que iba a llamar a la Junta de Arequipa oportunamente y después rectificó esto en el sentido de que no había pensado llamar a la Junta sino a un representante suyo. Es necesario que el público, antes de hacer apreciaciones antojadizas, relea con calma todos los telegramas publicados y se convenza de que nuestra actitud no ha podido ser más enérgica y decidida y de que los intereses de Arequipa no han podido estar mejor defendidos.

7º—La renuncia de la Junta constituida en esta ciudad se debió a un desacuerdo surgido el 9 de marzo con la Junta Militar Revolucionaria y a su deseo de no dificultar la conciliación de todas las fuerzas armadas de la República. Como esa renuncia no implicaba el fracaso de la Revolución, que ya había triunfado, ni el de nuestros ideales, respecto de los que,—militares y civiles.—estábamos en perfecto acuerdo, quisimos separándonos del Gobierno, dar una prueba de que no nos alentaban tendencias de partido ni ambiciones personales.

8º—La Junta de Gobierno de Arequipa no hizo público su desacuerdo con la Junta Militar porque no afectaba al programa de la Revolución y porque no convenía que apareciésemos desunidos ante la Junta de Lima y perdiéramos parte de nuestra fuerza. Naturalmente si el acuerdo entre la Junta de Gobierno y Militar hubiera existido hasta el fin, Arequipa habría tenido dos representantes en la Junta de Gobierno de Lima, en vez de uno. La renuncia de la Junta de Arequipa y el viaje del señor Samanez, antes de finiquitar los arreglos han sido también la causa de que una parte de la oficialidad no haya quedado satisfecha del resultado obtenido, como lo demuestra la atinencia que hizo en días pasados para que se retirase del Ministerio de Guerra el Comandante Jiménez.

9º—Se ha dicho que la Junta de Arequipa renunció por no haberse podido poner de acuerdo con la de Lima. Nada más falso. Dicha Junta hubiera permanecido en su puesto, luchando hasta el triunfo de sus aspiraciones máximas y manteniéndose en acuerdo del 9 de marzo, que sin hacer peligrar el resultado de la Revolución, que ya estaba asegurado, nos puso en el caso de separarnos del Gobierno. Nada perderíamos los miembros de la Junta con renunciar, toda vez que habían triunfado nuestros ideales y no aspirábamos a formar parte del Gobierno de Lima.

10º—Es verdaderamente de apenar la incomprensión del público que juzga que la Revolución del 20 de Febrero ha fracasado

porque los miembros de la Junta de Arequipa,—excepto su Presidente,—no hemos ido a formar parte de la Junta de Gobierno de Lima. Esto, que se considera como un fracaso, es la prueba más concluyente de nuestro desinterés y del noble idealismo que animó nuestros propósitos. Es bien extraño el criterio de Arequipa. Si alguno interviene aquí en la política y obtiene después una alta colocación se le censura acerbamente por haber perseguido un interés personal. En el presente caso, se censura también el desprendimiento de los miembros de la Junta de Gobierno atribuyéndolo al fracaso. Estamos acostumbrado a juzgar que los fracasos y los éxitos políticos se refieren sólo a las personas que actúan. En cuestiones de esta índole, las personas deben desaparecer: lo que se debe perseguir es el éxito de los principios, y en el caso actual lo hemos conseguido con toda amplitud. Es indispensable que el público se dé cuenta de que los siete arequipeños que nos pusimos al frente de la situación, a raíz del movimiento del 20 de Febrero, en momentos críticos para Arequipa, lo hicimos sin aspiraciones personales y con el fin de hacer saber al país que esta ciudad se había levantado en armas en defensa de los principios democráticos y que no estaba dispuesta a tolerar nuevas dictaduras. Jamás se puso tan alto el nombre de Arequipa.

Todo lo expuesto anteriormente, demuestra, señor Director, de una manera palpable que la Revolución del 20 de febrero y la Junta de Gobierno de Arequipa, no sólo no han fracasado sino que han obtenido un triunfo definitivo. La Historia les hará justicia, cuando transcurrido los años y conocida toda la verdad que aún permanece oculta en parte, pueda apreciarse la influencia definitiva que seguramente tendrá el movimiento restaurador de los principios democráticos del 20 de Febrero sobre el porvenir del país.

Agradeciéndole anticipadamente la publicación de la presente, me repito de Ud. señor Director, como su atto. y S. S.

M. J. Bustamante de la Fuente.

Arequipa, marzo 10 de 1931.

Señores:

Dr. M. J. Bustamante de la Fuente,
Luis Emilio Olazábal,
Francisco Mostajo,
Guillermo E. Lira,
Luis Alfredo Gilardi,
Eduardo Bustamante Ordóñez,
Carlos J. Belón.

Ciudad.

Muy señores míos y amigos:

Imposibilitado, por la estrechez angustiosa del tiempo, para solicitar de Uds. la oportunidad de una reunión, creo un ineludible deber de mi parte exponerles, como a compañeros míos en la Junta de Gobierno dimisionaria del Sur, las incidencias ocurridas después de nuestra renuncia.

El Señor Comandante Jiménez, al tener noticia de la dimisión, invocó anoche por telégrafo mi patriotismo, mi amor al país y las circunstancias de haber estado ya mi persona como Presidente de la Junta de Gobierno próxima a constituirse en Lima, para requerirme insistentemente a que viajara a la Capital y me hiciera cargo de esa presidencia. Ha dejado el señor Jiménez en mis manos la designación de personal de la Junta de Gobierno próxima a constituirse en Lima, para requerirme insistentemente a

Citas al Provinciano desconocido

Lima, 26 de marzo de 1931.

Querido hermano:

Cuando, todavía dentro de los contornos de la patria que recortó la tijera de los políticos, uno se ausenta del solar nativo, siente, ya un asomo de esa nostalgia que convierte a los más ingratos en fanáticos de su bandera, de su escudo y de su historia. Es el amor del que por snobismo, nos apartamos. Digo mal. Fingimos apartarnos. Porque, en el fondo de nuestro corazón, cuando escuchamos los acordes del himno nacional, siempre vibra el espíritu de los viejos abuelos. Es la voz de la tierra amada. Y es, junto con la tradición, el orgullo de lo nuestro. Todo el áureo tesoro. No quiero significarte que soy un chauvinista. Se puede, literaria, científica o artísticamente, ser ciudadano del mundo. Pero con el sentimiento hay que determinar la nacionalidad. La nacionalidad que nos da la conciencia de nuestra fuerza y que nos estimula a la lucha por la vida. Es la dimensión moral que, para no convertirse en un paria, requiere el hombre. Y de ella, aunque parezca mentira, nos apartaron los que, dando pródigamente la mano a los extranjeros, nos hicieron dudar de este cariño que debemos a la tierra nuestra, cariño que empezamos a recobrar con todas las fueras de nuestro pecho, y cariño que los intrusos quisieran arrancar, a balazos y discursos, los exóticos tipos que la emigración escupe sobre nuestras costas hospitalarias y tolerantes, donde a cambio del pan que encuentran, quisieran arrancar las últimas fibras del patriotismo.

Ahora, más que nunca, ahora que el país desgarrado por los odios, pobre, san-

que viajara a la Capital y me hiciera cargo de esa presidencia. Ha dejado el señor Jiménez en mis manos la designación del personal de la Junta en sus elementos civiles y me ha dado la seguridad de que los Ministerios de Guerra y Marina serán designados por el Ejército y la Armada en perfecto acuerdo conmigo.

Mi decisión había sido ya no entrar en la formación de la nueva Junta de Gobierno, tanto porque serio quebranto de mi salud me ha restado fueras como porque comprendo la enorme responsabilidad del momento político, que requiere de hombres mejor capacitados que yo. Sin embargo, ante el requerimiento que se ha hecho en nombre de la Patria y en interés de la región que Uds. y yo hemos representado y defendido, he pensado que era obligación mía no rehuir mi concurso, aún a costa de sacrificios, y he convenido en ir a asumir la Presidencia de la Junta Provisoria llevando como caudal exclusivo mis sanos propósitos y mi fervor de patriota. Ha contribuido a esta determinación la circunstancia de que las condiciones aceptadas por el señor Jiménez coinciden virtualmente con las que puso la Junta de Gobierno del Sur, con la cual por lealtad y compañerismo me siento solidarizado.

Estoy seguro que Uds. con la exacta comprensión de las cosas que es característica suya, han de apreciar los móviles honrados de mi actitud.

D. Samanés Ocampo.

grante, necesita de sus hijos, hay que volver a él todas nuestras energías. Quererlo. Verdaderamente amarlo. Hay más valor en los ciudadanos que aman una patria mutilada y enferma que en aquellos que la adoran, como al becerro de oro, cuando está próspera y rica. Debemos prestarle todo nuestro contingente. Que las páginas dolorosas que estamos escribiendo tengan otro capítulo como aquel que consigna el pasado en que un hombre, sin más promesas, que las fatigas y el hambre y el desnudo, arenga a sus soldados para llevarlos al triunfo. No le ofrece riquezas. Ni glorias. Ninguna recompensa. Solo la dignidad de la república. Y ese, sembrado de espinas y de piedras, es su camino. Vamos por el nuevo sendero con la verticalidad de nuestro civismo. Y no permitamos que los intrusos, desvinculados sentimental e ideológicamente, con nuestro escudo, ultrajan la patria que, para la suya, lejana y salvaje, quisieron conquistar.

Pon la mano sobre el pecho y ausculta tu conciencia pensando en estas que, a simple vista, pueden ser, para los sin patria, notas frívolas. Estoy seguro que me darás la razón plenamente. No dejes de tomarlas muy en cuenta. Propágalas por doquiera. Que lleguen a todos los ámbitos que te rodean. Es necesario emprender una cruzada por nuestro Perú si queremos que sea más nuestro antes que de los piratas revolucionarios que, flotando en la marea del mundo, vienen a destruir el sentimiento que ha de unirnos a todos los que nacimos bajo esta bandera que, sin adjetivos ni retoricismos, es nuestra bandera, muy peruana, muy nuestra, y por lo mismo, muy grande para nosotros.

Ten indulgencia para mi exaltación epistolar. Es que no podía más con lo que contemplo, al cabo de seis meses, de permanecer en esta metrópoli, donde, acaso, por ser el corazón del país, se agiganta más el sentimiento de la peruanidad y se vé más claro cómo, en las instituciones llamadas a mantener la flama votiva del amor a la patria, amenaza apagarse ese sentimiento con trágicos soplos.

Y trágicamente empieza la semana. tanto la que comprende nuestro candelario epistolar como la corriente. Viernes y sábado. Se comprende, sin mucho dolor de cabeza, que detrás de las bambalinas hay alguien y que, de espaldas al público pero también oculto, está el apuntador. No invento. De otro modo no se comprende ciertas coincidencias. El viernes se anunció un mitin de desocupados. Esa manifestación, no obstante el estado de sitio, se planeó con dual objeto. En ese mismo día, el Ministro de Relaciones Exteriores, señor Rafael Larco Herrera, invitó a un banquete en honor del Presidente de la Junta de Gobierno. La fiesta fué costada, de principio a fin, por los bolsillos del oferente. Sin gravar los ingresos fiscales. ¿Alcanzas a ver el objeto del mitin? Hacer resaltar el contraste. Disuelto el amago de reunión se esparcieron algunos grupos, sinceramente convencidos de la finalidad idealista de la convocatoria, y se produjeron choques con la policía. En uno de esos encuentros un oficial mató de un balazo a un manifestante. Hubieron numerosos heridos. El debate, en torno de la actitud violenta y dramática del oficial del orden, se ha sostenido mucho.

Hay argumentos en pro y en contra también los hay. Yo creo que, de todos modos, se ha hecho uso temerario del arma. No deja de reconocerse que existe una marcada desobediencia a las órdenes policiales por parte de algunos intransigentes pero, con todo, deben de existir otros medios antes que el irreparable de la muerte, para reducir a la impotencia a un rebelde. ¿Por qué no se le ocurre a la superioridad policial dotar a sus subalternos de armas que, como las usadas por la misma en otros países, prive del conocimiento, sin quitar la vida? Ya es tiempo, en mi concepto, de poner los puntos sobre las íes en este delicado problema de resguardo del orden público que, como acostumbraba un presidente, no se canaliza con sangre. La vida de cualquier ciudadano, en un momento de exaltación, pende de las manos de un policía.

La sangre no solamente ha brotado en la explosión del ánimo callejero. La jarana fué teñida con la púrpura de la vida. En Surquillo, una de las urbanizaciones que rodean esta ciudad que, como la del comediógrafo, es alegre y confiada, se produjo una escena de conventillo argentino. Había cierta fiesta íntima. En el círculo de féminas, una chiquilla de rostro agraciado y enloquecedores años, acababa de danzar. Fatigada buscó uno de los asientos vacantes. No bien se acomodó, acercósele un joven desconocido para ella invitándola a bailar un tango. La protagonista manifestó su cansancio y cortesmente se disculpó. Pero el que la requería, sin más ni menos, extrajo una chaveta y le tatuó la cara. ¿No encuentras un argumento digno de una película de las pampas?

Se complementa este bajo relieve de la vida arrabalera con el asombro que muestra uno de los diarios por los menores precoces. No hay para tanto. Con el ejemplo que dan los de veinte años y los de cuarenta, y hasta los niños precoces son cosecha de todos los tiempos. Yo he conocido de vista se comprende, unos pibes a los que ví y oí tales cosas que, a la verdad, no hallo cómo estamparlas en este papel, temeroso de que vaya a leerlo alguna muchacha decente. ¿Cómo decirte? Dejo a tu imaginación y a tu talento el resto de lo que voy a contarte. Se encontraron dos grupos de chiquillos en la Alameda Grau, el límite de Lima con la Victoria. De estos el que más asomaba a los nueve años de edad. Uno de los bandos preguntó a los del otro bando si aquella tarde—era domingo—iban a ir a la matinée del cinema. Los interpellados respondieron, haciendo un gesto expresivo, que se iban al Hospital Dos de Mayo porque estaban enfermos. Tableau.

Como hongos están brotando los partidos. Y nunca más oportuna la designación que emplea el idioma para nominar a estas facciones políticas. Partidos. Es una partida de partidos. Partidos por todas partes. Partidos para todas las ideologías. Y partidos todos por el eje.

Yo tengo que hacer mucho con los poetas. Por eso no te amoscarás que, a cada momento, te esté citando a estos divinos ociosos. Ellos, al final de cuentas, son los únicos que expresan lo verosímil. Uno de esos que conceden más importancia a la lira de cinco cuerdas que a la lira de la bolsa observaba que, en sus demostraciones socia-

les, los ingleses habían acertado como no lo ha logrado, hasta hoy, ningún otro pueblo de la tierra. Sentarse a la mesa no es muy poético. Es demasiada prosa. ¿Cómo, entonces, conciliar lo espiritual con esa función en que manda el esófago y todo el sistema digestivo? Pues con el té. El té de las cinco de la tarde es el más puro de los agasajos. Aunque no es, propiamente, un té puro. Y los jóvenes universitarios, que tienen una prismática vista, acordaron, el sábado último, obsequiar al nuevo Rector de San Marcos doctor J. Antonio Encinas con un five o'clock tea. A la hora de hablar lo hizo Tomás Escajadillo. El líder de la muchachada valiente. Contestó en discurso de fondo y de forma el doctor Encinas. Pero lo que, a mí, como criollo, pese a mi sangre serrana, me gustó más fué la marinera que bailaron dos estudiantes—un joven y una dama—después de que terminó el té. Sé que esa nacional expresión coreográfica ha escandalizado a muchos fifis y a muchas escleróticas niñas que bailan tango. ¿Por qué? Por lo mismo. Porque es nuestro baile. Y nuestro más alegre baile. Esos horteras que se asustan con la marinera no tienen empacho caligrafiar, con gramática parda, los pasos melosos del tango compadrón y lujurioso ni se espantan de que sus hermanas, y muchas veces sus mamacitas, canturreen la letra, más sucia que un alcantarillo, de esos poetas que escriben, sin duda, sobre los veladores de las casas de cita o en las antecámaras de los juzgados del crimen.

La parca, como acostumbraban llamar nuestros abuelos cuando escribían cartas, versos o crónicas, no está tan parca con los habitantes de esta virreynal urbe. No respeta ni nacionalidades. A dos japoneses les ha tocado esta vez la de irse para no regresar jamás. Y en dos oportunidades diferentes. Por dos motivos diversos. Uno en asunto pasional. El otro en una revolución nuestra como te contaré cuando te narre, a grandes rasgos, lo que ocurrió el lunes. Respecto al primero se trata de un nipón herido en su dignidad de esposo. El cuitado, que agotó durante varios meses, su paciencia de marido, en aras del amor a sus hijos, soportó las infidelidades de su cónyuge a cambio del arrepentimiento que, repetidas veces, puso en juego la nipona. Por fin, un día, la tal, huyó con un hombre del norte. El del norte la abandonó. Y entonces es que ella acude donde su cara mitad. Pero el japonés, madura un plan, y lo pone en práctica. Mata a la infiel. E intenta suicidarse. No lo consigue. Al intervenir la policía se publica una carta que dirigió al Cónsul de su país. Una carta muy bien escrita. Es la moral japonesa que brilla en sus líneas. Vuelve, el lector, a la edad legendaria de los samurayes. Esos caballeros que se sacrificaban por una falta de cortesía.

Viene lo gordo de la semana. El motín del lunes. Por los periódicos que te adjunto y las noticias que ya habrás recibido te informarás, en detalle, de lo que pasó con la sublevación del 5 de línea. Por mi parte voy a concretarme a darte la impresión netamente personal del asunto.

No habían dado las 7 de la noche del aludido día. Me encontraba, a la sazón, visitando la Exposición de Caricaturas que ha abierto en uno de los salones de la Academia de Música Alcedo, el amigo Víctor Morrey. Todos los monos llamaban a cual más la atención. Algunos en colores. Otros a tinta. Y hasta al carbón. Sólo faltaba petróleo. Pero vendrá. No desespere el tra-

vieso dibujante. Petróleo puro. Un chorro de oro negro. Estaba en mitad de mi curiosidad y de mi admiración cuando, de pronto, sentí unas detonaciones de arma de fuego. Al principio, como algunos circunstancias, creí que era la dispersión de algunos mitinistas. Y proseguí en mi crítica labor ocular. Pero los tiritos seguían. Y seguían. Luego más cerca. Todos los presentes abandonamos el salón de monos y como unos monos nos dimos, ágilmente, a correr de puerta en puerta porque ya las detonaciones se escuchaban tan próximas que herían los oídos. Efectivamente los soldados del Regimiento de Infantería No. 5, acantonado en el Cuartel de Santa Catalina, habían apresado a la oficialidad mientras comía, y avanzaban en el oficial de combate a tomar el Palacio de Gobierno. En el trayecto, elementos sospechosos, se les unieron. Daban unos, vivas a Sánchez Cerro. Otros a Leguía. El desconcierto general. Cierra puertas. Carreras por el centro. Balazos en todas direcciones. Momentos más tarde el escalofriante tableteo de las ametralladoras.

Esto ocurría en las calles. En los demás cuarteles, y desde la dirección palaciega, se preparaban las fuerzas a repeler el ataque. No tardaron los amotinados en replegarse, otra vez, a su cuartel. Las horas desfilaron lentas y medrosas. Las ocho. Y las nueve. Diez. Heridos a los puestos de la Asistencia Pública. Once de la noche. A esa hora estaba yo en la Plaza de la Victoria. Empezó un activo desfile de tropas. Se emplazaron cañones de la Artillería de la Escuela Militar de Chorrillos. A las doce y veinte comenzó la danza en serio. Descargas nutridas de fusilería. La marinera con cajón de las ametralladoras. Sísmicos remezones de los cañonazos. Luego el moscardoneo de dos pesados aviones de combate que en la oscuridad hacían el efecto de dos trágicos y gigantescos pájaros nocturnos. Y ese fué el último ruido de la noche. Cesaron los fuegos. Poco a poco el runruno de las naves aéreas se perdió en las tinieblas y la voz callejera difundió rápidamente la noticia de haberse debelado el cuartelazo.

Hay, en medio, de todo esto, dos episodios que me han conmovido. Y que he admirado. Uno de ellos se refiere a la conducta del Ministro de la Guerra, Comandante Gustavo A. Jiménez que penetró, en pleno combate, a los fuertes donde bullía la insurrección, acompañado de otros funcionarios. Y el otro a la muerte de un japonés que, domiciliado en una casa que era el blanco del ataque de los insurrectos contra las fuerzas del orden, empezó a salvar la vida de su esposa y de cuatro menores hijos. Le faltaba tan sólo uno, el mayorcito. Las balas llovían dentro de la habitación. Avanzó desafiando el nutrido tiroteo. Recibió un balazo. Herido se acerca al lecho del niño. Lo recoge y al regresar recibe otras descargas. Ya es imposible resistir. Muere acribillado a balazos. Pero salva la vida de todos sus hijos.

Se me enredan, por lo avanzado de la hora, muchos otros puntos, en la cinta de la máquina. A más no poder tengo que pasarlos de largo. Y, para despedirme, siquiera con una nota que no esté engastada en el oro de la tragedia, me referiré al emocionante encuentro de fútbol que jugaron el domingo, en match de desempate, el Vélez Sarsfield de la Argentina y el Alianza Lima. Vencieron los primeros por dos a uno. Pero, en cambio, los nuestros, estuvieron en los primeros minutos del primer tiempo, es-

tupendos. No olvidaré la actuación, genial dentro de los cánones del balompié, de Montellanos. Es uno de los players más grandes que tenemos. Un jugador que, danzando, en el field, arrastra, limpiamente, la bola, sin emplear métodos violentos. Cuerpo flexible, de goma, hace el efecto de una música muscular. En él debieran verse, como en un espejo, los que aspiran a elevar el fútbol a su más alta categoría.

Ya que estoy en la arena deportiva, te envío, con el schot más poderoso de mi vida, el balonazo del afecto de tu hermano que para ti nunca está out side.

AMAUTA.

La sinfonía de los sentidos

Hay una música para cada sentido. Y es que todos ellos son ventanas abiertas a la belleza de la vida. El poeta ya advirtió, desde antiguo, la armonía de los sentidos. A cada color corresponde un sonido. Y viceversa. Así el perfume se relaciona, como el ritmo, con los matices emocionales. Después de la música, aún en el mismo nivel que ella, nada evoca tanto como el perfume. El perfume es la carta de amor olvidada que nos habla a los sentidos. Un perfume, el más sencillito, el más suave, el más humilde, nos trae en sus alas invisibles el mensaje de horas felices. Habla, con voz de terciopelo a nuestro corazón. Susurra a nuestro oído las palabras que nos hicieron dichosos. Y dibuja la imagen que adoramos un tiempo.

Y es tan hermosa la presión del perfume que hasta los grandes místicos sintieron, en sus horas de divino transporte, el olor a santidad que no es, simplemente, una figura del lenguaje religioso. Es el perfume de las almas inmaculadas. La ofrenda que, al mundo, hace lo alto.

Signo de distinción, de poesía, de excelcitud, el perfume es como una prolongación del espíritu. Y es, en los jardines, la música de las flores. Pero ocurre, con los perfumes, lo que con los secretos del pentagrama. Hay que saber apreciar sus notas. Hay que educar el espíritu para mejor comprenderlos. Hay que refinar los sentidos. Y esto solamente se consigue en la escuela de la experiencia. Familiarizándose con los perfumes como se familiariza el joyero con las piedras preciosas. O dejándose guiar por esos admirables cicerones que son los perfumistas. En ellos suele hallarse hombres de rara cultura. Personas de trato que sugestionan como si en su maravilloso dón hubiese influido el mundo que los rodea.

Ellos, como los que saben el secreto de Aladino os conducen al través del reino misterioso de los perfumes. Saben toda la embrujada alquimia de las esencias que embriagan. Y de las que, como la nepente de los griegos, traen el olvido. O de las que, para hacer más noble la vida, eternizan el recuerdo.

Con el otoño que ya se ensoñera del ambiente se hace más imperioso el uso de los perfumes. Pero se requiere, para conocerlos mejor, ir hacia un maestro en el milagro de los olores.

La *Perfumería Manrique* de la calle de *Plumereros No. 356* es uno de esos establecimientos modelos en Lima. L. compite con cualquiera del extranjero.

LA VACA Por Arkady Averchenko

Lo que más me inquieta, es la idea de que algún lector quisquilloso, después de leer lo que sigue, pueda hacer una mueca y exclamar en tono que no admite apelación: "¡Eso es imposible en la realidad! No obstante, juro que es posible, aunque, desde luego, el lector puede arguir: "¿Y cómo lo probaría usted?"

¿Como? No hay nada más sencillo; es posible porque ha ocurrido, y supongo que no me exigirán más pruebas. Miro lealmente al lector cara a cara, y afirmo categóricamente: "Esto ha ocurrido en el mes de agosto, en un pueblecito del Sur".

Y después de todo, ¿qué hay de extraordinario en ello? ¿No hay rifas en las verbenas? Si que las hay. ¿Se puede ofrecer en ellas, como premio principal, una vaca viva? Es claro que se puede. ¿No puede ganar esa vaca alguien que haya comprado el billete oportuno? Indudablemente.

Entonces, aquí está el hecho. Esta vaca es como la clave de un trozo de música: no hay que decir que todo este trozo debe ser tocado en esa clave. De lo contrario, ni el lector ni yo sabemos palabra de música.

.....

En el jardín público situado junto al río, efectuábase un gran baile popular con motivo de una festividad religiosa. Había allí dos orquestas y una sección de deportes, con carreras en sacos y del huevo; pero lo que más atraía la atención de los visitantes, era una rifa en que se ofrecía gran número de soberbios premios, entre otros, una vaca viva, un fonógrafo y un samovar de metal blanco.

Petia Smirnov, empleado de la fábrica de almidón, vino al jardín en compañía de Nastia—la encantadora Nastia, que embellecía su monótona existencia—. Los dos llegaron en el instante en que la fiesta culminaba. Muchos jóvenes habían corrido ya, metidos en sacos de harina, convenientemente atados por encima de sus cinturas, lo que, en fin de cuentas, probaba su afición al noble deporte de las carreras en saco; y otro grupo de jóvenes deportistas había pasado ante ellos con los ojos vendados y el brazo extendido, llevando en la mano una cuchara con un huevo. En cuanto a la rifa, más de la mitad de los billetes había sido vendida...

De pronto, Nastia apretó el brazo de su acompañante y sugirió:

—¿Qué le parece, Petia, si probáramos suerte?... Quizá podríamos ganar alguna cosa.

Caballerescamente, Petia no hizo la menor objeción.

—Su deseo es una orden para mí, Nastia.

Y se precipitó hacia el despacho de billetes. Con ademán digno de Rothschild, arrojó su penúltimo rublo ante la ventanilla, y volviendo a su compañera y presentándole dos billetes enrollados, propuso:

—¡Escoja! Uno es para usted, el otro para mí.

Nastia, después de titubear largamente, escogió uno, lo desenvolvió y, profiriendo un "¡Cero!" desencantado, lo arrojó a tierra. Petia, por lo contrario, lanzó un grito de triunfo: "¡He ganado!"

Y contemplando amorosamente a Nastia, añadió:

—Si es un espejo o un perfume, se lo daré.

En seguida, se volvió hacia el despacho y preguntó:

—Señorita... El número 14... ¿Qué es lo que le toca al 14?

—¿El 14? Un momento... ¡Pero, si es la vaca! ¡Se ha ganado usted la vaca!

Todo el mundo corrió a felicitar al feliz ganador, y Petia sintió que en la vida de cada ser hay instantes inolvidables, que resplandecen durante largo tiempo iluminando, como faros, el triste camino de la tarea cotidiana. Y he aquí el terrible efecto de la riqueza y de la gloria: la propia Nastia perdió su atractivo a los ojos de Petia, a quien se le ocurrió la idea de que otra muchacha, mucho más seductora, podía embellecer su suntuosa existencia.

—Dígame,—preguntó Petia cuando el entusiasmo y la envidia de los circunstantes apaciguaronse:—Podré llevarme la vaca, ¿verdad?

—Desde luego. Pero si quiere usted venderla, se la compramos por veinticinco rublos.

Petia sonrió sarcásticamente:

—Anuncian ustedes que "el precio de la vaca es de más de ciento cincuenta rublos"... ¿y me proponen veinticinco?... No, de ningún modo. Denme la vaca y se acabó.

Con una mano tomó la cuerda atada a los cuernos de la bestia; ofreció el otro brazo a Nastia y, resplandeciente, tembloroso de dicha, dijo:

—Volvamos a casa, querida. Ya no tenemos nada que hacer aquí...

A Nastia no parecía hacerle mucha gracia la compañía del rumiante de ojos meditativos. Timidamente, objetó:

—Pero... ¿va a llevarla usted mismo?... ¿Yo a la izquierda y ella a la derecha?

—¿Por qué no? Es una vaca como cualquier otra. Por lo demás, ¿a quién voy a dejársela aquí?

.....

Petia Smirnov se hallaba totalmente desprovisto del sentido del humorismo, razón por la cual no advirtió un solo instante lo que había de grotesco en el pequeño grupo que salió del jardín público: él, Nastia y la vaca. Por lo contrario, falaces perspectivas de riqueza ofrecíanse ante él, y la imagen de Nastia perdía poco a poco su encanto...

La joven, frunciendo el ceño, le lanzó a

Petia una ojeada escrutadora y su labio inferior comenzó a temblar...

—¿Escuche, Petia... ¿No va usted a acompañarme hasta casa?

—Desde luego. ¿Por qué no?

—Pero... ¿y la vaca?

—No, nos causa ninguna molestia...

—¿Pero es que se imagina usted que voy a atravesar todo el pueblo en compañía de esa ridícula bestia? ¡Buena me iban a poner mis amigas y ya tendrían diversiones los chiquillos que naufragamos al paso!

—Bien...—dijo Petia después de reflexionar;—tomemos un coche. Todavía me quedan treinta copecs.

—¿Y la vaca?

—La ataremos en la trasera.

Nastia enrojeció de indignación.

—¿Por quien me toma usted? ¡Ya no le queda más que proponerme que monte sobre la vaca!

—¿Le parece muy ingenioso, verdad?—interrogó Petia en tono desdeñoso.—Realmente, no la comprendo. Su padre tiene cuatro, y supongo que no va usted a tenerle miedo a una sola vaca.

—¿No podría dejarla en el jardín hasta mañana? ¡Nadie iba a robarle semejante tesoro!

—Como usted quiera.—y Petia se encogió de hombros, sintiéndose vejado en el fondo.—Si mi vaca no le agrada...

—Entonces, ¿no me acompaña usted?

—Pero, ¿dónde voy a meter la vaca? ¡No va a ser en un bolsillo!...

—¡Ah! ¿Es así? Bien; ¡sea! Regresaré sola.—Pero supongo que no tendrá usted el descaro de volver mañana!

—Como usted quiera —y Petia hizo una reverencia: sentíase ofendido.—No iré mañana, y puedo dejar de ir por completo si ese es su deseo...

—¡Ciertamente! ¡Ha encontrado usted la compañía que le conviene!

Y dejándole consternado ante este sarcasmo, la pobre abandonada apresuró el paso, inclinando la cabeza y sintiendo que su corazón había sido destrozado para siempre.

.....

Durante algunos instantes, Petia miró como Nastia se alejaba. Luego volvió en sí:

—¡Eh, la vaca! Andando, camarada.

Mientras siguieron la calle sombría que orillaba el jardín, todo marchó bien; pero en cuanto desembocaron en la calle principal alumbrada y muy animada, Petia comenzó a sentirse incómodo. Los transeuntes le consideraban estupefactos y un chicleo se sintió tan entusiasmado, que lanzó un penetrante alarido y se puso a gritar:

—¡Ahí va un ternero que lleva a su mamá a dormir!

—¡Ya te daré un azote para enseñarte a callar!—dijo Petia en tono amenazante.

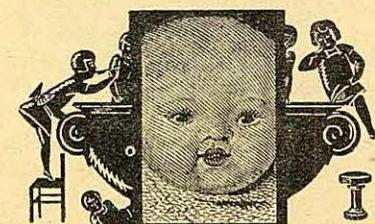
—¡Atrévete! Te pagaré con la misma moneda.

No era más que pura bravata, ya que el chico no arriesgaba nada por razón de que Petia no podía soltar la cuerda. La vaca, por lo demás, avanzaba con extremada lentitud.

Cuando hubo llegado a la mitad de la calle principal, Petia no pudo soportar más el aire de asombro de los transeuntes. Entonces se le ocurrió una estratagema: soltó la cuerda, y poniendo a la vaca en movimiento mediante un puntapié, la dejó mar-

FOSFATINA FALIÈRES

**LA HARINA ALIMENTICIA
INCOMPARABLE A LA CUAL
MILLONES DE NIÑOS DEBEN
LA FUERZA Y LA SALUD.**



**EXIGIR SIEMPRE LA MARCA DE
GARANTIA "FOSFATINA FALIÈRES"
REPUTADA EN EL MUNDO ENTERO
Y RECHAZAR TODAS LAS IMITACIONES.**

DE VENTA EN TODAS PARTES-PARIS

Una sola. En cuanto a él, afectando un aire distraído, siguió caminando a cierta distancia, como si fuera un simple paseante que no tuviera nada que ver con aquel animal. En cuanto la vaca dejaba de andar, parándose beatamente bajo cualquier ventana. Petia reiteraba discretamente sus puntapiés y, resignada, la bestia volvía a comprender su trocillo...

Al cabo llegaron a la calle donde vivía Petia, y se descubrieron ante la casa de un carpintero, donde residía. Y aquí, súbitamente, como un relampago, una idea cruzó por la mente del joven:

—¿Dónde metere la vaca?

Ahí no había establo, y atar a la pata, era correr el riesgo de provocar a los vecinos, tanto más que la puerta no cerraba bien.

—Se me ocurre una idea—decidió Petia, luego de una meditación laboriosa—. Voy a introducir cuidadosamente en mi cuarto, y mañana todo podrá arregiarse. Después de todo, bien puede pasar una noche en mi alcoba...

Lentamente, el tenz propietario de la vaca abrió la puerta de entrada, tirando, con mil precauciones, de la melancólica bestia.

—¡Vamos!... ¡Silencio que los dueños duermen! ¡No hagas ruido con los cascos! En la punta de los pies, ¡animal!

—Es muy posible que, viéndole, todo el mundo juzgara la conducta de Petia extraña, absurda o inaudita; todo el mundo, menos el propio Petia y quizá la vaca, porque Petia no veía otra solución al problema. En cuanto a la vaca, le daba lo mismo dormir en un cuarto que en un establo.

Llegados al cuarto, el animal detúvose indiferentemente junto al lecho de Petia y se puso en seguida a masticar el extremo de la almohada.

—¡Maldita bestia! ¡Ahora se pone a rumiarse la almohada! Tal vez tenga hambre o sed...

Petia llenó de agua una palangana y la colocó bajo el hocico del animal. Luego, marchando en la punta de los pies, salió de la alcoba al patio, desgajó varias ramas de un árbol y, regresando las puso con cuidado en la propia palangana.

—Ahí tienes... ¿Cómo te llamas tú? ¡Eh Toinette! ¡Come!...

La vaca hundió la cabeza en la palangana, pasó la lengua por las ramas y se puso a mugir ruidosamente.

—¡Silencio, maldita bestia!—gimió Petia perdiendo la paciencia.

—¡Silencio! ¡Maldita sea!...

Detrás de Petia, se oyó chirriar la puerta suavemente, y un hombre en paños menores, envuelto en una frazada, lanzó una ojeada a la alcoba y habiendo visto lo que ocurría, retrocedió profiriendo una exclamación de terror.

—¿Es usted, Iván?—cuchicheó Petia—. Entre, no tenga miedo... Tengo aquí una vaca.

—Pero, ¿está usted loco, Petia? ¿De dónde la ha sacado?

—La gané en la rifa de la verbena. ¡Come, Toinette, come!...

—¡Pero no se puede tener una vaca en una alcoba!—objetó Iván, sentándose en la cama—. Si el dueño se entera, le echará a la calle.

—¡Oh! No es más que hasta mañana... Pasará aquí la noche y por el día ya veremos.

—¡Múu, múu!—mugió la vaca, como si aprobara a su dueño.

—¡Ah, la maldita!... ¡Chut! Deme su frazada, Iván. Voy a envolverle la cabeza en ella. ¡Un momento, animal! ¡Diablo! ¡Ahora se pone a masticar la frazada!

Petia arrojó el cobertor y le asestó un vigoroso puntapié entre los ojos a la bestia.

—¡Múu, múu!...

—Ya vera usted—dijo Iván—, cómo va a venir el dueño y le va a echar con su vaca.

—Pero, ¿qué hacer?—gimió Petia, presa de violenta desesperación—. ¡Deme un consejo!

—¿Qué consejo?... ¿Y si se pone a mugir toda la noche? Me parece que lo que hay que hacer es matarla.

—¡Cómo! ¿Matarla?

—Matarla. Es muy sencillo, y mañana vende la carne a los carniceros.

Evidentemente, la capacidad intelectual del visitante no iba más allá de la del vecino del cuarto. Petia contempló a Iván con aire estúpido, y después de algunos instantes de vacilación, dijo:

—¿Y qué ganaría con ello?

—¡Cómo! Debe pesar una veintena de pounds... Puede usted venderla a cinco rublos el pound, lo que representa un centenar de rublos, sin contar la piel y lo demás. No le darán más por ella viva.

—¿De veras? Pero ¿con qué voy a matarla? Tengo un cuchillo de postre, pero no corta. También tengo un par de tijeras...

—Me parece que si le hundiéramos las tijeras en los ojos, hasta el cerebro...

—En efecto. ¿Y no se podría envenenarla?...

—¡Hombre, es una idea!... Darle un narcótico para dormirla... Pero ¿dónde encontrarlo ahora?...

—¡Múu, múu!—mugió la vaca, mirando el techo con sus ojos estúpidos y redondos.

Escuchóse ruido del otro lado del tabique. Alguien vociferaba, carraspeaba y profería injurias. Luego dejáronse oír los pasos de unos pies desnudos sobre el piso; abrióse la puerta ruidosamente, y ante el confundido Petia, apareció la figura señorial y desmelenada del dueño de la casa.

Este miró a la vaca y luego a Petia; rechinó los dientes y, sin hacer preguntas

inútiles, profirió una orden breve, pero enérgica:

—¡Fuera de aquí!

Permítame explicarle, Alejandro Fomén...

—¡Fuera de aquí, y que no vuelva a verte! ¡Te voy a enseñar a formar escandalos en las casas honradas!

—Ya se lo había dicho—observó Iván con placidez, como si todo se hubiese arreglado satisfactoriamente. Y envolviéndose en su frazada, se encaminó a su lecho.

Era noche absoluta cuando Petia se halló en la calle con su vaca, a la cual había cargado con su maleta, su almohada y sus sabanas.

—¡Anda, camello!—exclamó con voz sonnenta—. ¡No vamos a quedarnos aquí!...

Lentamente encamináronse hacia las afueras del pueblo. Una vez lejos de las humildes casas, halláronse en la desierta estepa, junto a una cerca. Petia sentíase desfallecer de fatiga. Murmuró:

—Creo que podré echar un sueño junto a esta cerca. Lo mejor será que ataré la vaca a mi brazo.

Y Petia, juguete del caprichoso destino, se durmió destrozado.

...

—¡Eh, señor!, resonó una voz junto a él.

Clara y alegre, había venido la mañana. Petia abrió los ojos y se despertó.

—¡Eh, señor!—prosiguió el campesino, tocándole con la punta del zueco—. ¿Qué extraña idea le ha dado de atar su brazo al árbol?

Petia se estremeció, como bajo la picadura de una avispa, y lanzó un gemido: el otro extremo de la cuerda estaba sólidamente amarrado a un arbolillo enclenque.

Un hombre supersticioso habría supuesto que, durante la noche, una fuerza misteriosa había trocado la vaca en árbol; pero Petia era un joven práctico.

—¡Me la han robado!... Me han robado mi vaca!...

...

—Un momento,—dijo el comisario—. No hace Ud. más que repetir: *robado y vaca*. ¿De qué se trata? ¿Qué clase de vaca era?

—¿Cómo que qué clase de vaca? ¡Pues una vaca como las demás!

—¿De qué color?

—Pues, ya sabe usted... Oscura... con manchas blancas...

—¿Dónde?

—Me parece que el hocico era blanco. Mejor dicho, no: lo blanco era el costado... Y el lomo... Y también la cola... En fin: era como todas las vacas.

—¡No!—declaró resueltamente el funcionario, estrujando la hoja de papel que tenía delante—. No puedo comenzar a investigar con tan confusas indicaciones. ¡En el mundo hay millones de vacas!

Y el pobre Petia volvió mohino a su fábrica de almidón... Todo el cuerpo le dolía. El jefe del personal le aguardaba con una reprensión en la boca, porque ya era más de mediodía...

El pobre Petia se puso a pensar en la vanidad de todas las cosas. Ayer, lo tenía todo: una vaca, alojamiento, una amiga... Hoy, todo estaba perdido: la vaca, el alojamiento y la amiga.

Los caprichos del acaso son extraños, y todos, seamos lo que seamos, somos los esclavos resignados y ciegos del Destino.



Ha fallecido en esta capital la señorita Dolores B. Toledo. La occisa era natural de Ayacucho y reunía en sí prendas personales de sencillez y virtud que la hacían acreedora a la consideración y aprecio de cuantas la conocieron; estaba emparentada con las mejores familias del lugar.

El Sombrero de Nadie

La casa, trepada de enredaderas, queda tras un jardín. En el anchuroso zaguán, entrevisto desde la cancela, destaca una percha en la que, invariablemente, hay colgado un sombrero.

En el jardín, a la breve sombra que proyecta un parasol de lona, dormita un perro. Cruzando la vía, polvorienta y sombreada de árboles, está el embarcadero, avanzado en las turbias aguas del canal como un muelle lacustre. Atado a una argolla—como una cabalgadura en reposo—se ve un largo esquife, cuya silueta, sobre el agua calma, semeja un féretro.

En esta hora de sol todo es reposo en el ambiente. Es afable la casa y tan acogedora en su paz, que el buen viandante, al verla, siéntese infiltrado de una quietud horaciana.

No es extraño que el pintor se detenga, atraído por este motivo de belleza. Alto, juvenil, de frente amplia y ojos inspirados, el artista es una figura romántica añadida al paisaje.

Ha vagabundado por El Tigre, en busca de un tema. Los palacetes presuntuosos, revestidos de mármol y decorados por cariátides, no encuadran con la simplicidad que él desea trasladar a la tela. Pero he aquí la casa: pura de líneas, enseñoreada de naturaleza, desaliñada y patriarcal, como una villa romana.

Apostado en el embarcadero, la contempla, alternativamente, mientras su mano nerviosa va trazando un croquis. Sobre un banco, junto a la caja de pinturas, dejó el chambergo de atrevidas alas.

De pronto, una ventana se entreabre, y alguien tras la celosía, espía sus movimientos. El perro, único ser que palpita en el jardín, se desprereza y entra en la casa. Ahora no queda autoridad visible que proteja la finca, fuera de aquel sombrero de hombre colgado en la percha del zaguán.

Pero él sigue dibujando y, sin poderlo evitar, mira, curioso, hacia la ventana, desde la que se siente observado. ¿Quién o quiénes habitan la casa?

Atardece. Varios transeuntes lo han mi-

rado, al pasar, pero no han llevado más lejos su curiosidad.

De una casa vecina se elevan gritos y risas de niños. Pero en su jardín, en el que va dibujando a grandes trazos, no hay nadie. Dijérase una casa abandonada, de no ser aquel sombrero inmóvil en la percha.

Obscurece paulatinamente. El sol es oro temblante, líquido, en los cristales; los árboles adquieren un negror intenso, propio de cipreses, y, bajo la luz que declina, la vieja casa, agobiada de enredaderas, se torna más patricia.

En la ventana, abierta como una pupila curiosa, aparece fugazmente una silueta de mujer. Es tan borrosa y rápida la visión que el pintor no acierta a definirla.

El jardín queda en sombras; se alza un visillo, y una cabeza femenina, esfumada como estampa descolorida, reclina su frente en el cristal.

Coge el pintor sus trebejos, se cala el chambergo y, audazmente, llega hasta la verja del jardín. Ha vislumbrado un rostro pálido, señoril, coronado de cabellos claros. Pero el visillo cae como una venda, y se entorna la celosía, impulsada desde el interior.

Allí, de pie, desconcertado, poseído por la comezón de una curiosidad insatisfecha, queda pensativo.

¿Volverá mañana? Sí, volverá. En la mirada lejana, más bien presentida que vista, parecióle adivinar un presagio. Y echa a andar, volviendo la cabeza con insistencia.

Ha terminado de pintar este rincón de paisaje en dos sesiones: dos tardes largas que ha permanecido en el embarcadero, sin quitar ojos de la noble casa.

En el zaguán, el sombrero ha seguido inmovible.

Tras las ventanas ha visto pasar, esfumándose bajo el claror de los visillos, la silueta femenina, misteriosa, inquietante.

Una criada anciana es la única perso-

na que ha salido o entrado en la finca. Por lo demás, todo ha sido reposo en la casa y en el jardín.

Aún está intrigado. Le sería fácil callir de dudas preguntando en la vecindad, pero tal inquisición le parece incorrecta. ¿Si hablase a la criada!

Avanza hasta la verja y tira de la campanilla, que resuena, casa adentro, como un collar de cascabeles.

Vacila unos instantes. ¿Qué ha hecho? ¿Y si comparece a su llamada el dueño de aquel sombrero, un señor grave, al que no sabrá explicarle su extraña conducta? Pero ya es tarde para retroceder. Se corre el visillo de una ventana y la clara cabeza de mujer se recorta más precisa.

—¿Buscaba usted a alguien?

Es la criada que le sonríe. Es una sonrisa, como diciendo: "Ya le esperábamos a usted..."

—Sí; desearía ver a la señora o señorita de esta casa—responde con aplomo.

Es una aventura, bien lo sabe él, una audacia.

—Pase usted...

Cruzan el jardín, ascienden los peldaños de mármol que llevan al zaguán. Está, ahora, frente a la percha donde descansa el sombrero del dueño de casa.

La criada ha sorprendido la mirada de desconfianza, casi medrosa, que ha tenido el pintor para el sombrero, y sonríe, picaresca.

—La señorita tendrá mucho agrado en recibirle. Desde la ventana le vió a usted trabajar, y está deseosa de ver cómo ha salido la casa...

Lo hace entrar en una salita poblada de rancios muebles. Hay dos mesas de arrimo bajo sendos espejos, lívidos por su deslustrado mercurio. Un olorillo a sándalo, a maderas ancianas, se une a la fragancia de unas rosas recién cortadas. Esas flores es lo único vivo que alienta y remoja en la sala antañona.

Está en pie, nervioso, aguardando.

—Buenas tardes, señor. Ya esperaba su visita.

**COMPAÑIA
DE SEGUROS**

"Rimac"

FUNDADA EN 1896

LA QUE TIENE MAS CAPITALES ACUMULADOS DE TODAS LAS COMPANIAS NACIONALES

ASEGURA:

Contra Incendio

Sobre la Vida

Riesgos Marítimos

Accidentes de Automóviles

Accidentes del Trabajo

Accidentes Individuales

Fianzas de Empleados

Lucro Cesante

OFICINAS: CALLE DE LA COCA Nos. 471, 479 y 483.—LIMA.—TELEFONOS Nos. 145 y 899
AGENCIAS ESTABLECIDAS EN TODA LA REPUBLICA



Es el ama de casa, la silueta esbelta y clara que entrevió tras los visillos.

—Perdone mi atrevimiento, señora. He estado dos días trabajando en el embarcadero, pintando su casa, y tan sólo al acabar mi obra he venido a pensar que debí solicitar su permiso...

—Es usted muy dueño. No hay nada de malo en ello. Siéntese usted...

El la contempla, azorado. Todas sus quimeras, todas sus esperanzas, han caído por tierra.

Es una mujer delgada, rubia, pero ajada por los años. Su cuerpo encorsetado, vestido de obscuro terciopelo, tiene una elegancia de viejo figurín. Es una dama 1900.

Fué bonita, ¿qué duda cabe!, y aun conserva fresca la sonrisa y luminosos los ojos. Pero en los cabellos rubios, teñidos de un color de pajas tostadas, y en las arrugas que le injurian el rostro se ven los estragos de la edad.

—Usted me perdonará, señora...

—Señorita...—corrige ella.

—Su casa es un hermoso motivo. No he querido irme sin tener el honor de saludarla...

—Es lo menos que usted podía hacer—dice sonriendo—. Estoy deseosa de ver su obra...

El extiende, ante los ojos de la solterona, la tela, que ella admira y elogia.

Conversan luego. En las palabras hay un desmayo. Los dos han deseado, a través de la distancia, conocerse, y sin embargo, ahora que la charla los une y la realidad los separa, comprenden la crueldad del momento.

La señorita de Azúa, hija de un general que se distinguió en la guerra del Paraguay, explica al joven pintor sus entusiasmos por el arte. Ella viajó mucho por Europa, en su juventud.

—Vea usted... Esos espejos, los traje de Venecia; esa mandolina, de Nápoles; ese puñal moro, de Toledo. La reproducción de la Torre Eiffel, que se ve sobre el piano, la compró mi padre en París...

El recuerda haber visto un retrato del viejo general de Azúa, con su lengua perilla blanca, igual que este otro, ufano en su marco de caoba y oro. La solterona, que vista desde lejos le encendió una ilusión pasajera, es la hija del guerrero.

—¿Vive usted con su familia?

—Soy sola, solita. Yo y la sirvienta.

—Pues yo la creía casada... ¿Y ese sombrero?

La señorita de Azúa ríe con entusiasmo.

—Ese sombrero es... de nadie. ¡Un espantapájaros y nada más! Así, los que pasan creen que hay un hombre en casa. Infunde respeto a los ladrones...

—Es original la idea. ¡El sombrero de un hombre que no existe, un sombrero sin historia!

—Sí, sin ninguna historia. Lo compré yo misma y se ha ido haciendo viejo de estar colgado.

—Usted me miraba pintar—dice él—. Me tenía intrigado...

—Lo comprendí en seguida. Usted estaba creído que le espiaba una mujer joven y bonita. En su visita había mucho de esperanza, ¿no es verdad?

—¡Oh, no diga usted eso! Yo nada pensé...

Pero el pintor, al protestar, enrojece, delatando que se ve leído en el fondo de sus pensamientos.

—No, no finja usted. De lejos, le parecí joven. ¡Qué chasco se ha llevado! Perdóneme. Debí haber mantenido su ilusión, negándome a recibirle. Pero hubiera sido absurdo. Los años no son una deshonra, creo yo.

—Calle usted, señorita. Si es usted muy joven todavía...

El quisiera mentirle. En los ojos de la solterona hay asomada un alma bella; en sus palabras se adivina un espíritu exquisito, cultivado por buena lectura.

—Yo quisiera dejarle a usted un recuerdo de mi visita... ¿Quiere aceptarme este cuadro? Al fin y al cabo lo inspiró su casa. Justo es que quede en sus manos...

—¡Oh, no; de ninguna manera! A usted le cautivó la casa, por lo vieja y poética, ¿no es así? Quiero que lo conserve. Así tendrá un recuerdo de este rincón. Aquí la vida le ha enseñado dos cosas: ilusionarse y desilusionarse.

El sale cabizbajo. Los ojos, la sonrisa, le llenan de ilusión. El sería capaz de enamorarse de esta señorita antigua. ¡Pero esos cabellos, esas arrugas, ese ambiente arcaico que la circunda!

Están en el zaguán. En la percha el sombrero de nadie parece una ironía.

El piensa: "La señorita de Azúa, mirando ese sombrero, soñará, sin duda, con el hombre que no fué..."

Del amor y el matrimonio, nada supo. Nunca tuvo el apoyo de un brazo masculino, nunca sintió sobre su belleza los ojos encendidos del deseo. Tan sólo, ahora, en el umbral de la vejez, le presta sombra un sombrero sin historia, desoladoramente inmóvil en la percha del zaguán.

—Señorita de Azúa—insiste él—, yo quisiera que conservase este cuadro. Deseo que no se olvide de mí...

Su romanticismo de artista y de hombre joven le mueven a ser generoso.

—No, llévelo usted. Quiero que tras las ventanas que cubrió de enredaderas con su pincel, crea adivinar siempre una silueta de mujer joven. En la vida la realidad le

ha asombrado. Cuando entró en el salón no supo usted disimular. En el arte es diferente. No hay medida del tiempo. Mire usted la casa, y su fantasía le llevará a verme como fui hace veinte años... Y ya que quiere que yo tampoco le olvide, voy a suplicarle me deje un recuerdo suyo.

El pintor se detiene.

—¿Un recuerdo mío?...

—Sí, un recuerdo inolvidable. Usted se lleva mi casa, mi jardín, mis árboles, algo muy mío, interpretado maravillosamente por su inspiración de artista. Yo, más vulgar, quizá más humana, deseo conservar de usted algo que para mí tiene gran valor: su sombrero.

—¿Mi sombrero?...

—Sí, no se extrañe. Usted se llevará este sombrero sin historia, y yo conservaré el suyo. ¿Qué le parece a usted?

—Es una idea admirable. Ahora mismo...

El pintor coge el sombrero que hay en la percha y pone en manos de la señorita el suyo, de anchas alas, como un pájaro esperanzado.

—Gracias, es usted muy generoso. Ya sabe, si algún día viene a este rincón de El Tigre, pase a verme...

Estrecha la diestra de la solterona, cruza el jardín, ya en sombras, y entorna la verja. Agita la mano, en señal de despedida, y luego desaparece por el camino.

La señorita de Azúa, de pie en el zaguán, ha quedado inmóvil. Su figura, entre las luces apagadas del crepúsculo, destaca fina y clara. En sus ojos brilla la mágica humedad de la emoción.

Está como en un éxtasis, pero vuelve pronto a la realidad. Su actitud de esfinge se quiebra, se humaniza, y un gesto melancólico pliega sus labios. Acaricia el chambergo entre sus manos, lo mira con ternura, y entornando los ojos con unción casi religiosa, lo cuelga en la percha.

ALAS

En un avión de aluminio
listado de noche y día.
Beber la lluvia en tus labios
de alpinista

(alpinista

de las nubes
amarillas).

Tener la luna en las manos.
Redonda. Estirada. Rígida.

Mirándote en el espejo
de las lagunas perdidas.

Subir hacia las estrellas
en una noche de estrías.

Tres motores en la fiera
furia de la cuesta arriba.

—¿Te acordarás del pañuelo
blanco de la nevería?

Si no quieres más juguetes
que aviones y margaritas,

El viento juega en tus rizos
de rubia juguetería.

Quiero bañarte en el agua
mansa de la lejanía.

Piedra viva en el estuche
rígido de la cabina.

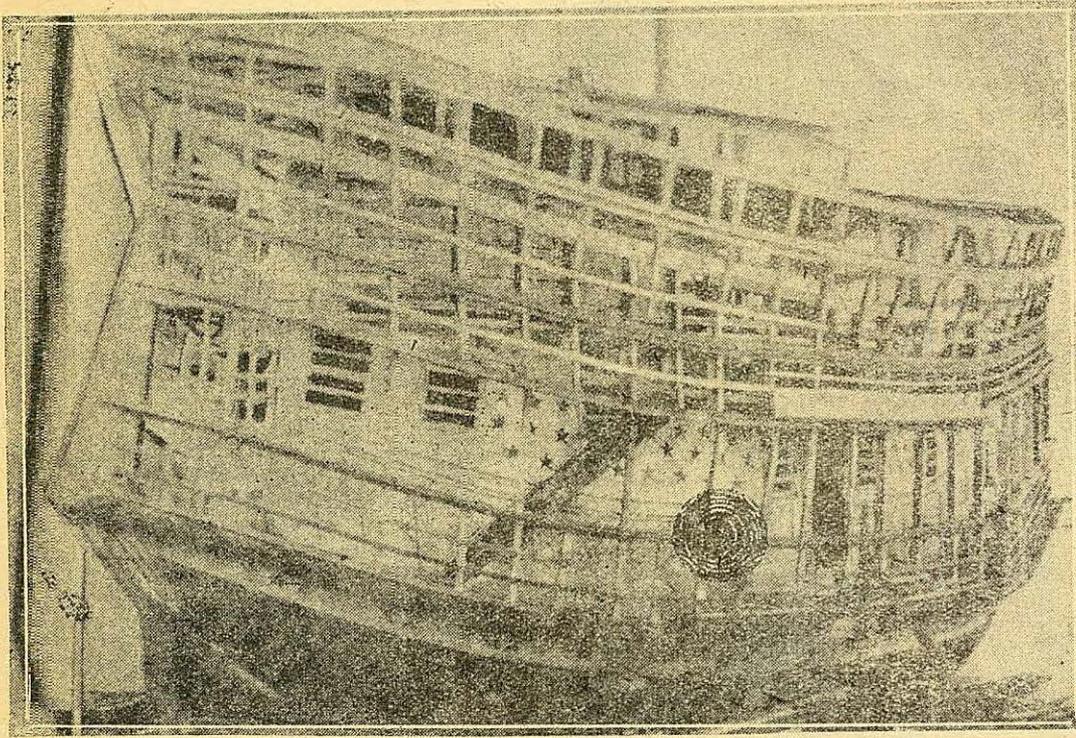
(Verde de tu impermeable.
Rojo de tu iniciativa.

Cabellera de celeste
Mirada de submarina).

Todo—cielo y tierra—nauta.
Suavemente. Sostenida.

En un avión de aluminio
cargado de gasolina.

¿Nos amenaza otro diluvio?



La famosa arca construida por Greenfield en la que él y sus prosélitos esperan escapar del Diluvio que debe tener lugar el próximo 24 de junio, día de San Juan.

Aunque todo el mundo tiene el derecho indiscutible de expresar sus opiniones no todos los hombres tienen la suficiente calma para escuchar en silencio o con indiferencia ideas y teorías que no les agradan.

Y como los pueblos lo mismo que los hombres, difieren tanto en sí, tenemos por ejemplo, el caso acabado de acontecer entre nosotros, en que el señor Pelossi anunció públicamente para nuestra ciudad, un aguacero torrencial, sin que a nadie se le ocurriera agredirlo o insultarlo, aunque muy pocos, o ninguno mejor dicho, se encuentra convencido ni conforme con las predicciones del señor Pelossi. Desde luego hay que declarar que lo del aguacero tuvo un cierto viso de veracidad, aunque sin que lograra llegar a ser un chaparrón a cántaros y por tiempo prolongado.

¡Cuan diferente ha sido la situación que ha tenido que confrontar el señor William Greenfield, de Pouget Sound, Washington, quien declara en el tono más enfático que el 24 de junio próximo habrá un nuevo Diluvio, y que él, cual otro Noé, se salvará en el Arca que acaba de terminar!

A semejante declaración se siguieron las más vivas protestas de indignación de diferentes miembros de diversas entidades religiosas. La policía, tomó inmediatamente cartas en el asunto calificando al señor Greenfield de loco, y de ser un peligro para la tranquilidad pública. Gentes entonces dispuestas siempre al alboroto, tomaron parte a favor del señor Greenfield declarando que la libertad individual le daba derecho a construir una Arca y meterse dentro de ella, mientras que otras, exigentes o burlescas aseguraron que se trataba de un infeliz loco al que había que amarrar y bañar para que dejara en paz a las personas timoratas. Total, choques entre rivales, escándalos, heridos, varios muertos, y el pueblo declarado en estado de sitio por 30 días.

Las declaraciones de señor Greenfield han sido poco más o menos las siguientes: Gracias a una revelación divina, tenida en un estado semi-cataléptico, el iluminado ha sabido que toda la costa del Pacífico o de

los Estados Unidos será tragada por el mar como consecuencia de un formidable maremoto y un diluvio bíblico. No se trata de una predicción científica, pues el señor Greenfield es un campesino, sino de una revelación divina, apoyada en la fé del excéntrico ermitaño que es el declarante.

Como él es un hombre casi santo, juzga que su misión sobre la tierra aun no ha



El moderno Noé americano, William Greenfield, que tantos prosélitos ha conseguido, tantos escándalos ha provocado y tantos heridos y muertos ha ocasionado en sus choques con fanáticos de otras sectas.

terminado y que por consiguiente debe sobrevivir a la gran catástrofe local. Para ello, al igual que Noé, se ha construido su Arca en la que piensa salvarse con todos los "hombres de buena voluntad" que quieran acompañarlo y con un sacerdote llamado Monje Young, muy respetado en la región por su vida ejemplar de cristiano primitivo.

El Arca, que ya está acabada tiene al rededor de 60 pies de largo, estando pintada de brillantísimos colores. Tiene además dos puentes, y una combinación de hornacina para guardar los botes que deben ser arriados cuando el diluvio cese.

El Arca disfruta además de otra innovación que habría despertado las más vivas envidias del paternal Noé: tiene un poderoso motor de explosión que la hace correr contra viento y marea a una velocidad muy respetable. Y en la parte de popa se ha construido un Arco parecido al de la Alianza, para los himnos y los rezos.

Goza también de una magnífica despensa, pues mientras estén a bordo los naufragos no piensan dedicarse al ayuno sino precisamente a todo lo contrario, pues alegan que necesitan bajar fuertes al nuevo Ararat para predicar el arrepentimiento entre los que sobrevivan.

Geográficamente, según el alucinado, se tratará de un conmovedora catástrofe.

"La destrucción será terrible, dice el señor Greenfield. Toda la costa se hundirá hasta las montañas de la Cascada, y parte sur de California. Entre la costa y las montañas, estará el verdadero "cementerio de los impíos". San Francisco no desaparecerá sino hasta el tercer mare-terremoto simultáneo. Las montañas cercanas a Bellingham arderán como estopa y convertirán a las regiones circundantes en cenizas calcinadas. Sé esto muy bien, no quiero ver tanto dolor, y prefiero huir por eso. Será incontable la cantidad de gente que muera antes de salir de sus casas, porque no las abandonarán por el dolor de perder lo que poseen. Antes pasará por el ojo de una aguja un camello..... como dijo El Salvador, que estos hombres de poca fé y ningún arrepentimiento logren escapar".

"El Señor, me ha revelado, en una de mis visiones, dice Greenfield, todo el pavor de este cercano cataclismo. Al Rey de los Reyes pregunté "¿Cuánto tiempo durará?". Pero la Santa Palabra no pudo ser comprendida por mis oídos pecadores. Por otra revelación el Señor me anunció que sería el día de San Juan del año 31".

Por supuesto que no hay cuestión sobre la fe ardiente de Greenfield y la seguridad de que todo lo que relata ha sido visto y oído por su cerebro desequilibrado por los ayunos prolongados y la meditación.

"El bote está hecho con todas las perfecciones, científicas de nuestros tiempos, dijo finalmente el profeta, no porque yo dude de la grandeza de Dios sino para mayor seguridad de mis acompañantes". Esto nos hace recordar al refrán tan castizo nuestro que asegura que "aunque se confíe en la Virgen es mejor correr".

A pesar de tantos preparativos el señor Greenfield no ha tomado medida alguna para llevar animales consigo. El Arca es muy pequeña para eso. En cambio, está profusamente decorada con todos los santos de nuestra devoción y con citas numerosas de los Evangelios.

Y mientras que Greenfield pone la más

Los Tres Amores de Federico García Sanchiz Por Carlos Boronat

Federico García Sanchiz marchó de nuevo a América. Todos sabéis que el viaje lo realizó a bordo del "Conde Zepellín", la hermosa aeronave, y anunciando que a su regreso, en una "Charla lírica", nos contará el *Cuento del aire*. Por esta vez no vió desde el barco el pañuelo con que España despide a los navegantes, y que, según ha dicho en alguna de sus Charlas, es Cádiz. Y ya que hablamos de las Charlas: a través de ellas creemos haber descubierto los tres amores del popular escritor. En secreto, si lo guardáis, los contaremos.

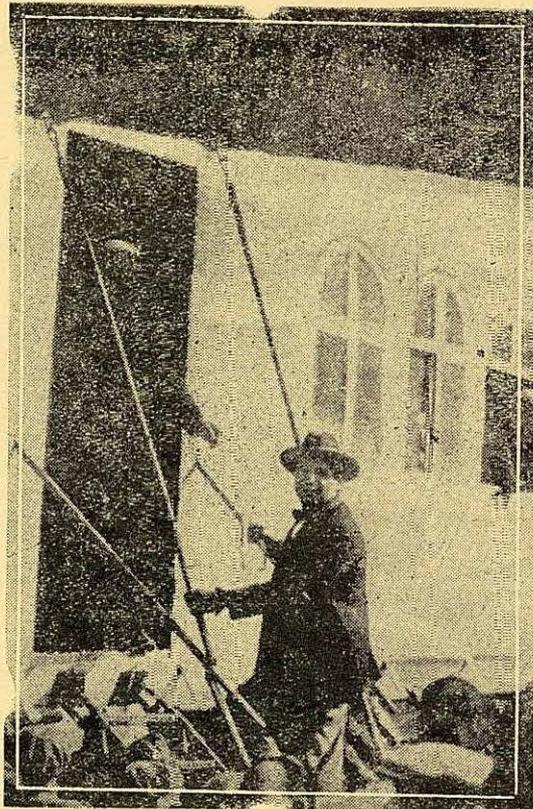
Vosotros, asiduos concurrentes a las Charlas de García Sanchiz, y vosotras, lindas admiradoras de su mágica palabra, habréis observado la manera de presentarse ante el público del gran charlista, único en su género. Se dirige hacia las candilejas con pasos cortos, menudos; la pierna izquierda es la primera que avanza, cargando un poco el cuerpo sobre ella; las manos extendidas y juntas, como si rezase. Y en verdad que en algunas ocasiones sus charlas empiezan con un rezo: con su Avegiralda: "Dios te salve, Giralda; llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las torres, y bendito es el fruto de tu vientre Sevilla".

Ha terminado el rezo. Abre un poco los brazos; las manos giran sobre las muñecas con movimientos de dentro a fuera; parece como si estuviera modelando la bola de cristal donde ve las brillantes y precisas imágenes de que consta la charla. A continuación, y hablándonos de la Giralda, os dice que con su esbeltez, con su luminosidad, estimula hacia todas las gallardías. Ninguna, sin embargo—continúa diciendo,— eclipsará la de la torre, la hermosa renegada, que de su ajaraca de cortadas la-drillos hizo los madroños de una mantilla, como un día de sol, mazo supremo de claveles, ha de prenderse en su pecho.

Refiriéndose a Sevilla, asegura que el mundo entero sueña con ella, como una dama en su mantón de Manila, y se la figura dilatada en una terraza con jardines. Y como habla de Sevilla, recuerda a don Miguel Mañara, el "de Mañara", como lo llama el pueblo; aquel seductor arrepentido que murió en olor de santidad, y que dis-

meticulosa atención hasta en los más pequeños detalles para el buen final de esta rara expedición, el Monje Young anda recorriendo la comarca, predicando a grito tendido, asustando a los campesinos con la amenaza de un castigo terrorífico y pidiéndoles un inmediato arrepentimiento. Pero mientras que unos quedan meditando sobre las palabras del buen hombre, otros siguen construyendo casas, labrando la tierra, educando a los niños, y en fin, cumpliendo con todos los procederes de la vida moderna. Es de esta divergencia, precisamente, de donde han surgido los entredichos, escándalos y choques, que han culminado, con heridos, muertos y 30 días de riguroso estado de sitio.

En tales condiciones no nos queda sino esperar lo que nos diga el cable el 24 de junio próximo, pues como el fenómeno tiene carácter de local, en nuestro país solo quedaremos en la condición de miróns...



¡Arriba! Ya es inevitable. Cádiz, Canarias, el Atlántico... Las noches sobre las simas profundamente negras. El sobresalto angustioso. El acaso. ¡Arriba, arriba, caballero del aire!

puso que tu tumba sirviese de paso a los transeuntes como castigo a su vida desordenada. ¿Y sabéis la verdadera razón de tal empeño? Pues la razón es que el "de Mañara" pensaba, muy certeramente, que los pies que profanasen con las pisadas la sepultura iban a ser los de de las mujeres sevillanas que van a la Catedral. Como dice García Sanchiz, don Miguel se preparaba aventuras póstumas.

Sevilla es uno de los tres amores de Federico García Sanchiz; bien es cierto que posee su alma. En su libro *Viaje a España*, el gran charlista nos cuenta cómo, en determinada ocasión, una vieja le propuso celestinescamente la compra del alma de la bellísima ciudad del Guadalquivir, y que no es otra cosa que semilla de claveles. Pero García Sanchiz no entró en tratos con aquella vieja de aquelarre; en lugar de comprar el alma que le ofrecía, más soñador, puso su querer en Sevilla, y Sevilla le correspondió con su cariño, y fácilmente se comprenderá que, al darle el cariño, le dió también su alma. El idilio continúa, y podemos asegurar que García Sanchiz jamás ha sido traicionado por Sevilla. Véase un ejemplo.

Con motivo del éxito del vuelo del *Plus Ultra*, se celebró un banquete en Buenos Aires, al cual asistió nuestro orador moderno. Al final de la comida fué requerido, a fin de que improvisase una charla. Como es lógico, García Sanchiz accedió a los ruegos de la selecta concurrencia. Empleando los colores más brillantes de su paleta, pintó la grandiosidad del momento de entrar en Sevilla el crucero Buenos Aires, en que regresaban los aviadores del *Plus Ultra*; el

coloquio que sostuvieron por la noche el buque platense y la Torre del Oro. Pero García Sanchiz estaba hablando de imaginación; no había presenciado la llegada del crucero. Cuando acabó la charla anunciaron que se iba a proyectar la película de la llegada del *Buenos Aires* a Sevilla. Fácilmente se comprende el mal rato que pasaría el charlista, ya que dentro de pocos minutos iba a quedar demostrado que sus anteriores palabras habían sido producto de la fantasía. Mas empezó a proyectarse la película y, por rara casualidad, en el blanco lienzo se reflejaba exactamente todo cuanto había dicho García Sanchiz en su improvisación.

Santa Teresa de Jesús es otro de los amores de Federico García Sanchiz. Este es un amor místico. En una de sus últimas charlas, dedicada a Santa Teresa y Santa Teresita, no comprendía el hecho de que nuestra Santa, al igual que el Apóstol Santiago, no fuese Patrona de España. Las Cortes de Cádiz proclamaron el patronato teresiano sobre nuestra Patria; las reunidas en Madrid en Octubre de 1617, la declararon Patrona, y Urbano VIII confirmó el patronato de la Santa proclamado por los reinos españoles. Sin embargo, Santa Teresa, que nació bajo el cuarto mar de España, actualmente no es Patrona de los españoles.

Acaso extrañe la afirmación de que Santa Teresa nació bajo nuestro cuarto mar. Lo explicaremos. Según García Sanchiz, España está bañada por cuatro mares: el Cantábrico, el Atlántico, el Mediterráneo y el Cielo de Castilla, y cuando nuestro gran Federico dice que España tiene cuatro mares, y que uno de ellos es el cielo de Castilla, es porque es así. ¡Por algo es marinero de la carabela *Santa María*!

Pero nuestro flamante marinero no está conforme con que alguna de vosotras pongáis vuestros amores en Santa Teresita de Lisieux, olvidando de nuestra Teresa, Santa Teresita, la reinicita, que antes de adquirir su máxima fragancia se ha marchitado.

La duquesa Cavetana, aquella duquesa que tenía tanto de manola, es el tercer amor de García Sanchiz. Vedla recorriendo, confundida entre las demás manolas, la calle de Alcalá de entonces, con sus conventos y sus palacios de cúpulas pizarrosas. Y bajará hasta el Prado para comorar en un puesto la fruta que viene de Murcia y Valencia. Sus blancos dientecitos morderán con deliciosa glotonería la pulpa jugosa de la naranja, y el zumo al correr por los carminescos labios, hará que éstos se vuelvan más sensuales.

Es seguro que García Sanchiz os diga, con el entusiasmo de todo enamorado, que la duquesa Cavetana tiene unos pies pequeños, excesivamente inverosímil. Nuestro gran charlista no es partidario de las exuberancias. Según él, una mujer gruesa es la cosa que más se le parece a un botijo. La pequeña basó los pies: la panza del botijo, el cuerno; el asa, la peñeta, y el pitonero, que bien pudiera ser el clavel reventón.

Carlos BORONAT.

Arte: Vida Retrospectiva

1

Los años, las emociones más diversas, las anécdotas más triviales, los seres vivos de más insignificante apariencia que va dejando atrás el artista, nunca se desprendrán de él: una cadena de invisibles eslabones liga su vida de hoy con todas sus vidas anteriores. Cuando el hombre mira tras sí, apenas ve nada. Pero el hombre-artista proyecta sobre la oscura caravana un reflector potente—evocación o intuición—y comienza a hervir el cortejo, a crecer una silueta, a emerger un encantador perfil... Todo revive, como en un risueño valle de Josafat, donde el arte es juez y creador; todo revive, aunque ya despojado de muchas lacras, glorioso y puro, sujeto a misteriosas leyes de armonía.

Si el artista es vehemente, no vuelve la cabeza, prefiere avanzar. Pero siempre lleva delante un gran espejo donde se va pintando, viva, hirviente, toda la caravana. Y a todas sus nuevas aventuras se mezcla un poco de ayer, remozado, juvenil. El espejo puede enfocar hacia fuera y hacia dentro del artista; hacia la vida total y hacia la vida singular. En el primer caso, ganará la historia general del hombre, y en el segundo, ganará la monografía de un espíritu.

Hoy, difícilmente puede ya producirse una obra de arte que no sea cierta contribución a esa monografía.

2

Un grupo considerable de artistas contemporáneos izó sus banderas bajo el signo de Cáncer, que es tanto como decir: bajo el signo del Cangrejo. Ya en algún idioma existe un solo término para representar el cáncer y el cangrejo: curiosa coincidencia, hallazgo expresivo. Porque el afán de contemplarse al desnudo, de emprender íntimas exploraciones, empuja asimismo al artista a corroer sus más recónditos tejidos espirituales y a seguir, hacia atrás, todo su itinerario vital: etapas de su "historia singular". Etapas de su "historia colectiva".

Porque hay en el subsuelo de cada conciencia—¡qué sugerentes páginas las de Yung, en su libro *Lo inconsciente!*—dos etapas bien definidas, dos pisos a recorrer e investigar: el campo de las reminiscencias personales y el campo de la "historia general humana". Además del terreno vacilante de cada día, de la desgarrada huebra de hoy, donde las sensaciones van sembrando al azar puñados de semillas.

Tres pisos. Lo consciente—turbio o luminoso—de hoy, lo inconsciente personal, lo inconsciente colectivo. Lo fugaz del momento, el campo de las pasadas sensaciones que se extiende hasta el alba infantil, y el campo de los recuerdos ancestrales que rozan el seno prehistórico donde se elaboró la especie. Dormitan en éste imágenes de fisonomía universal humana, mientras bullen en el sector de los recuerdos personales larvas de fisonomía individual y en la primera etapa se debate el sujeto entre fascinadores guiños de las cosas.

¿Será preciso apuntar en qué terreno ha de operar el arte? En el primer estrato, tan próximo, el mundo nos ciega con su cruda refulgencia. Las cosas que vemos, apenas pueden actuar estéticamente sobre nosotros. Su papel se limita al de desper-

tadores. La realidad es una sierva, un ente sin personalidad definida, cuyo oficio es penetrar en nuestro harén para hacer poner en pie alguna bella imagen dormida.

Al paso que la caverna de la "inconsciente colectivo" está demasiado lejos del acervo personal, y la envuelven las tinieblas. Descender a ella es abdicar en cierto grado de la individualidad, es ir a encontrarse con el tropel de antepasados, con la fisonomía borrosa de las ideas de todos nuestros semejantes.

Buscar ese idioma universal, para recrearlo, sólo puede ser obra de un genio. Manejado por un espíritu intermedio, sólo es capaz de provocar fáciles éxitos, como cualquier turbia exaltación del hombre llevada a cabo por el lente impersonal. Los instintos, en crudo, tiene siempre benévolo a los espectadores. (Si Dostoiéwsky llega hasta la zona turbia de los instintos, atravesando los estratos sucesivos de su poderosa personalidad, es para arrebatar en ese campo anónimo donde crece la fauna indocumentada de las novelas pasionales, ímpetus y ademanes que luego son sometidos a una robusta intención de armonía). En ese campo universal, abierto a tanto paciente espigador, se refugia el pseudoartista, invocando sagrados derechos de humanidad, pronunciando las grandes palabras del rito retórico: Vida, Amor, Dolor, Misterio...

Para el pseudoartista, "lo inconsciente colectivo" se confunde con "lo inconsciente personal". Para él, ambos arrancan des-

de ahora, para el arte en aquel que no posee instrumento adecuado, capaz de lograrles un estilo. De este sector humano nace el hombre que, al tratar de narrar su vida, produce esas "memorias" desjugadas, "desanimadas", que no alcanzan a tener sino un pobre valor anecdótico. Porque el más voluminoso cuaderno de memorias es nada si no logra una nueva estructura vital.

La monstruosa invasión de "lo inconsciente personal" en la gran obra proustiana es, en cambio, un ejemplo admirable de cómo van adquiriendo singular fisonomía reminiscencias en apariencia insignificantes, del más vital origen.

La voluntad de estilo crea un mundo. Estilo es algo que el hombre consigue armonizando todas sus energías espirituales, algo que surge de ese triunfo logrado contra las fuerzas contrarias que luchan por un hombre, no el mismo hombre.

No es razón ni pasión, sino equilibrio entre ambas.

3

Apasionarse es ceder a otro ser un gajo de nuestra personalidad, es forjarse un dios.

Pero si apasionarse es tanto como perder energías a favor de un objeto, entregarse a la razón es, en cambio, hacer crecer en nosotros un descomunal gigante, un órgano gigantesco que termina por aniquilar a los demás con perjuicio de la total estructura humana. La razón llega a morirse la cola, a engullirse a sí misma.

"No podemos identificarnos con la razón—dice el mismo Yung—, pues el hombre no es simplemente racional, ni puede serlo, ni lo será nunca. Esto debieran advertirlo todos los dómines de la cultura. Lo irracional, ni puede ni debe ser extirpado. Los dioses no pueden ni deben morir".

Y en otro lugar:

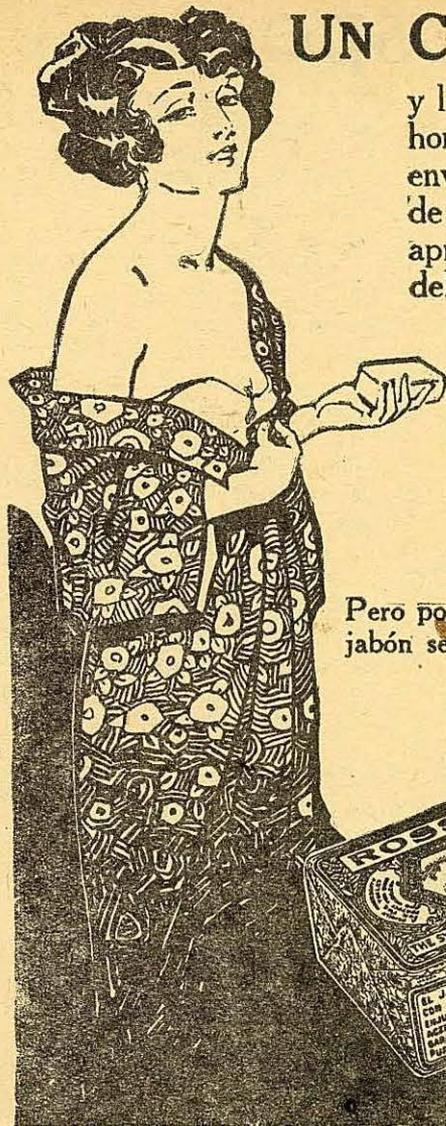
"Por bella y perfecta que el hombre pueda considerar su razón, ha de estar muy cierto también de que es solamente una de las posibles funciones espirituales, y corresponde solamente a una faceta de los fenómenos del mundo. En todas partes se encuentra lo irracional, lo discordante con la razón. Y este elemento irracional es también una función psicológica; es precisamente lo inconsciente colectivo, mientras que la función de la conciencia consiste esencialmente en la razón. La conciencia ha de tener la razón para descubrir en el caos de los caos individuales desordenados del universo, un orden, y también para crearlo, por lo menos en la esfera humana. Poséanos la laudable y útil inclinación a exterminar el caos de lo irracional en nosotros y fuera de nosotros. Este proceso lo hemos llevado, sin duda, bastante lejos. Un loco me dijo en una ocasión:—"Doctor, esta noche he desinfectado el cielo con sublimado, y no he descubierto ningún dios".—Algo así nos ha sucedido a nosotros".

Ninguna máquina tan necesitada de ese equilibrio como la sutil máquina del artista. Una válvula de escape no puede producir la obra bella, ni un obstinado bruñido de cada pieza. Sentir, cuando se trata de raonar, es malo. Razonar, cuando se trata de ver, es peor. No sintamos la emoción de la luna, mirando demasiado hacia arriba, ni calculando sus fases, sino buscándola en el fondo de un pozo donde la luna

Tres envases, tarros, latitas y tubos.

MENTHOLATUM

Remedio de uso mundial, seguro y eficaz contra catarros y resfriados. Desde los primeros síntomas aplíquese en las fosas nasales y garganta. Refresca, suaviza y calma enseguida. Las personas previsoras lo tienen siempre a la mano.



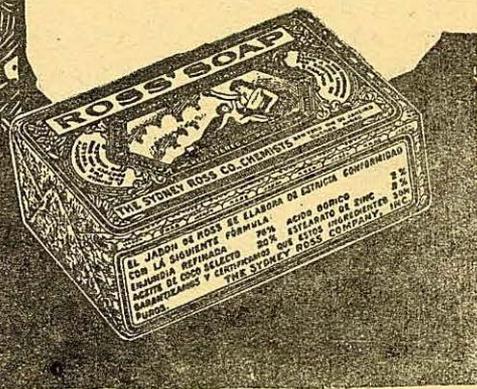
UN CUTIS SANO

y limpio deleita a los hombres y provoca la envidia de las hijas de Eva que no han aprendido a usar el delicioso

JABON de ROSS

Certificado Puro

Peró por qué envidiar cuando el jabón se vende en todas partes?



se refleja, donde—como toda verdad—estará siempre la verdad de la luna.

“El que quiera escribir sus sueños, debe estar muy despierto”—dice Paúl Valéry—. Pero la excesiva vigilia fatiga y seca el espíritu.

4

No sería aventurado afirmar que el joven artista contemporáneo está muy lejos de todo apasionamiento. Al menos suele hacer ostentación de frialdad. ¿Es que invierte esta energía emocional en fortificar su razón? Creo que no. Tampoco sería aventurado afirmar que al joven artista contemporáneo le falta curiosidad, la alta curiosidad. Apenas atiende, y la atención—todos lo sabemos—es como el pórtico de cualquier laboratorio mental. El joven artista parece a veces tender a una nociva impersonalidad. Una gran cantidad de jóvenes pintores y escritores españoles realizan ya aquel sueño d'orsiano de repartirse el mismo estilo. A veces hasta los mismos temas. Curiosa compensación de aquel núcleo de escritores finiseculares que todo lo fiaban a crearse un tipo singular, a veces con pueriles elementos de barbería y guardarropa.

Algo que ellos solían llabar “carácter”, y, efectivamente, acaso lo fuese, pero ajeno al arte verdadero, en el terreno histriónico de los gestos, de las pelucas, de las flotantes chalinis.

No posee a estos jóvenes la ambición de navegar en personales blandros, sino en un transatlántico colectivo. Comprendo a un

inquilino que, al entrar en una nueva casa, sienta la comezón de abrir puertas y ventanas, de derramarse por los sentidos para contemplar los nuevos paisajes que circundan su morada; pero no comprendo a los que, faltos de curiosidad, salen en grupos de casa y se pierden en el campo soñado con una fantástica e imposible instalación. La “escuela”, el “ismo” en arte, es un callejón sin salida.

Hay que ver el mundo desde el balcón que nos quepa en suerte. Todo inquilino del arte debe comenzar por atender cuidadosamente a los panoramas espirituales más cercanos, por darse exacta cuenta de los peculiares medios de comunicación con que cuenta para ver el resto del mundo.

5

Cerrarse puertas y ventanas, explorar en su propio domicilio, bajar a los sótanos de lo inconsciente, dejar que las imágenes se engargen allí, a oscuras, atenerse—véase André Bretón—a un “automatismo psíquico puro”, proponerse la expresión verbal, escrita o pintada del “funcionamiento real del pensamiento”, con ausencia de todo control que pudiera ejercer la razón, con ausencia de “toda preocupación estética o moral”... He aquí el superrealismo. El superrealismo que cree en una “realidad superior de ciertas formas desdénadas hasta él, en la omnipotencia del sueño, en el juego desinteresado del pensamiento”. El superrealismo que aspira a “derrumbar definitivamente todos los demás mecanismos

psíquicos y a sustituirlos en la solución de los principales problemas de la vida”.

Enorme aspiración: dar a la vida toda su superior desnudez, todo su ultrarreal cinismo. En el superrealismo—donde todo artista genial fracasa, se convierte en crítico común, de masa y para la masa, impersonal, sin estilo—han visto muchos un eficaz específico contra los estragos de la razón. ¿Podrá, efectivamente, curar esos raquitismos que tantas veces provoca el abuso de la razón? Es posible pero no evitará mayores males. Reducirá acaso el contingente de hombres cartesianos, valeymanianos—de evidente peligro para la república de las letras, por su embozada invitación a la esterilidad—; pero, en cambio, hará crecer el contingente de hombres sin estilo, de artistas impersonales, de esos hombres que bruñen y lucen su “escuela” como una coraza, detrás de la cual se esconde el acio, o... un “mecanismo psíquico” universal, un juego imaginativo estandarizado.

Recuerde el lector los cuadros amparados en esa razón de la sinrazón. ¿Cuántos se salvan del arte “en serie”, del arte impersonal? Las mismas larvas, los mismos bosquejos flotantes en el lago oscuro del “inconsciente colectivo”. Porque es más fácil que todos los individuos de un grupo vean lo mismo al cerrar los ojos, que al abrirlos. Un grupo de artistas los está cerrando y obtiene, lamentablemente, el mismo panorama. Pero el artista es nada si no halla diferencias en el mundo, ni el suyo o en el del otro; eso importaría poco. Con los ojos abiertos o cerrados. Eso importaría aún menos.

Acaso el superrealismo sólo pueda tener sentido entre hombres ya maduros. Acaso es escuela para el otoño de la vida. El demasiado joven buzo descendía al fondo, pero volvía de su excursión con un puñado de reflejos en el zurrón. Su botín eran... reminiscencias de los antepasados. O maravillas del dominio común.

¿Valdrá la pena romper las hostilidades con la razón para acabar por reproducir “el funcionamiento real del pensamiento”, común al catedrático y al mozo de cuerda?

Ninguna máquina—repito—tan necesitada de equilibrio como la sutil máquina del artista. De equilibrio y de capacidad jerarquizante.

Benjamín JARNES.

BUEN HUMOR

El señor.—¿Cómo tardó tanto?

El criado.—Es que me perdí, señor...

El señor.—¿Y no le dí la dirección?...

El criado.—Para ir, señor, pero... ¿y para volver?...

La niña.—Papá, me encantan los héroes... Yo tengo que casarme con uno...

—No tengas cuidado. El que se case contigo lo será.

La esposa.—Enrique, en el piso de abajo hay un ladrón... Ya es el tercero que oigo esta semana.

El marido, refunfuñando.—Y bueno, hija: estaremos en la semana del ladrón...

La mujer de Esopo.—¿Dónde has estado hasta ahora?... ¡No me vengas a contar una de tus fábulas!...

—Y usted, doctor, cuando está resfriado, ¿qué remedio toma?

—Ninguno, amigo... Los remedios son para los clientes solamente.

PAGINA DEL PUEBLO

ADONDE VAMOS!

En nuestra crónica anterior, batíamos palmas de alegría, ante la idea de que la paz pública, que es la paz social, se había consolidado para siempre en el Perú; idea que tuvo su más amplia consagración en la espléndida fiesta social y patriótica, conque uno de los apóstoles del verdadero socialismo que el Perú tiene, don Rafael Larco Herrera, homenajeó en la persona del Presidente de la Junta Nacional de Gobierno, a la consolidación de la paz y la armonía en la familia peruana.

Muy lejos estábamos después de estas manifestaciones de paz y concordia, de imaginarnos, que nuevamente tendría la patria que avergonzarse de actos que abochornan recordarlos; basta únicamente decir, que en la noche del 23, nuevamente ha corrido sangre humana y Lima ha vivido horas amargas de intranquilidad e incertidumbre.

Nada hay que pueda disculpar estos lamentables acontecimientos, que vienen a reagrar nuestra situación económica y a intensificar la crisis general en que vivimos; pues a nadie ha de ocultársele que los acontecimientos últimamente realizados, tienen que retraer, más aún, los ya escasos capitales conque el país cuenta para su actividad; y que nos encontramos en el peligro más inminente, de encontrarnos de un momento a otro, con todas las casas comerciales y las empresas industriales, con las puertas cerradas ante la amenaza de estos movimientos tan atolondrados, tan sin razón y tan sin justicia.

Felizmente, nuestro pueblo, ese pueblo noble y generoso, altivo y sufrido, que es el más grande de los orgullos de nuestra nacionalidad, miró con la más absoluta indiferencia el descabellado motín de la noche del 23; pero no por esto, hay que dejar de considerar, lo que habría sucedido, si nuestro sufrido pueblo, víctima hoy día de la más triste desocupación, se hubiese plegado a aquel incomprensible movimiento, empujado por la fuerza de su necesidad.

Necesario es pues, poner fin de una vez por todas a la alarmante situación en que vivimos, haciendo cualquier esfuerzo por exagerado que él sea, toda vez que hay que llegar al convencimiento, que la paz social y la paz pública, están sobre todo y sobre todos.

Desgraciadamente, por acontecimientos que no es del caso rememorar, en este grave instante en que no hay que volver la cara atrás, sino mirar hacia adelante, los que antes de hoy gobernaron el país, no se han preocupado debidamente de las verdaderas necesidades del pueblo, y se han cruzado de brazos ante la inactividad en que él se encuentra; creyendo, equivocadamente, que con el reparto de unos cuantos miles de raciones, que han servido más para corromper que para remediar las necesidades populares, estaba ya el asunto arreglado; lo que desgraciadamente no ha sido ni puede ser así. El pueblo honrado, el pueblo laborioso, el pueblo peruano, no necesita vivir de caridad, quiere y aspira a vivir de su propio esfuerzo.

Se han pasado ya más de seis meses de la fecha en que fué gloriosamente derrotada la tiranía y sin embargo, no se ha visto abrirse ningún horizonte claro para los trabajadores del Perú, siendo así, que es

un deber de conciencia para los que hicieron la revolución traernos la paz y la tranquilidad; paz y tranquilidad que no la podremos conseguir jamás, en medio de este laberinto de asonadas y pronunciamientos, que no hacen otra cosa que desprestigiarnos aquí y desacreditarnos fuera de nuestras fronteras, pintándonos como un pueblo ingobernable e incapaz de ser tenido en consideración.

Afortunadamente esta no es la verdad, el pueblo trabajador peruano, es un pueblo consciente, honrado y bueno, pero por lo mismo es necesario tener a raya a todos aquellos que perturban su conciencia y le van arrastrando al abismo de la perdición.

Cada vez que se altera el orden social, cada vez que se perturba el orden público; nuestra moneda baja, nuestras exportaciones se hacen ya casi nulas, y se restringen, aún más, los capitales que impulsan nuestro comercio y nuestras industrias, dejando a los laboristas en la más espantosa inactividad.

A cualquier precio, cueste lo que cueste, debe imponerse el orden, deben inaugurarse obras públicas y privadas, deben abrirse las fuentes de producción, para llevar el consumo y el bienestar a los corazones y a las conciencias de los trabajadores peruanos, que si de algo se lamentan actualmente, es de la falta de trabajo y los

luego de la carencia de recursos para sus hogares.

El justo premio a que nuestro pueblo se ha hecho acreedor, por su noble y mesurada actitud ante el descabellado movimiento de la noche del 23, exige de nuestros dirigentes toda la consideración que se merece este levantado comportamiento, consideración que no debe ni puede traslucirse en vanas palabras ni en halagos personales, sino en un bienestar común para toda la masa laborista del país, bienestar que solo puede producirse por la apertura de fuentes productoras y por la inauguración inmediata de obras particulares y públicas.

La indiferencia, el desprecio, el asco, conque el noble y honrado pueblo peruano ha visto el asqueroso motín cuartelero de la noche del 23, es el mejor castigo que pueden haber recibido los desgraciados que lo intentaron y lo ejecutaron; desgraciados, dignos de lástima y de perdón, porque no es solo de ellos la culpa, sino de los ejemplos que recibieron y de la indiferencia, conque meses tras meses, y años tras años, estamos viendo, cruzados de brazos, a los elementos extraños a nosotros, que vienen a perturbar la paz y la quietud del pueblo que solo puede ser grande por la acción de su trabajo y la paz de que disfrute.

Federico ORTIZ RODRIGUEZ.

La nave que zarpa

Tonalidad

Tiene esta tarde un raro encanto, de esos en que el espíritu se encumbra: azul de cielo y mar, azul de ojos traviosos: un raro encanto azul que me deslumbra.

Encadenamiento

Las olas se eslabonan....
Una de otra salta en pos....
Tal irá el pensamiento encadenado a tí, desde el momento del adiós....

Luz.

Tiende el Faro sus brazos gigantescos que giran sobre el mar, como dos aspas...
Y pienso que es más potente mi recuerdo para alumbrar tus noches transatlánticas..

Dinamismo...

La hélice da vueltas con pasmosa potencia: y salta el corazón, fuerte, dinámico, ante el batir de tu pañuelo blanco.

Calma.

Los escarpados caminos marinos, para tu nave tórnense en remansos: el mar es todo calma, todo serenidad, cuando tú pasas...

Simón CAMEJO.

Los deportes modernos requieren resistencia

¡Qué admirable es poder bailar, nadar, caminar y correr a caballo—gozar de todos los placeres de la vida sin fatigarse, cansarse o quedarse atrás!



El medio más fácil de lograr ésto es tomando alimentos que den vitalidad y energía. La Maizena Duryea es uno de los mejores alimentos para dar vigor y resistencia. Es de sabor delicioso a la vez que económica. Se usa en centenares de platos apetitosos, incluyendo pudines, sopas, repostería, salsas y ensaladas. Es un alimento ideal para niños o adultos, atletas o inválidos.

Permítanos enviarte un ejemplar de nuestro famoso Libro de Cocina.

MAIZENA DURYEA

Enrique Ferreyros & Cia. S. en C.
Agentes—Apartado 159—Lima.

GRATIS

En Voz Baja

Letra de Carlos C. Lenza.

TANGO

Música de Adolfo A. Mondino

PIANO

(a)

(b)

(c)

f

p

pp

p

p

f

f dis

1^a D. C. al %

2^a FIN

mi - nu - yen - do

II

I

Fué una primavera,—no te conocía—
cuando por Palermo te miré pasar;
fué como un milagro!... y desde aquel día

ya no nos pudimos nunca separar.
Entre la arboleda de las viejas quintas
y en el miserable cine de arrabal
yo besé tus labios y de amor temblando
nos fuimos amando... casi sin hablar.

En voz baja
juntitos los dos,
todos los suspiros,
toda la emoción
En voz baja
en la media voz,
aterciopelada,
de mi corazón.
En voz baja
juntitos los dos,
todos los suspiros
toda la emoción.
En voz baja

como murmurando,
nos fuimos fundiendo
en nuestra pasión
1 (bis)

El apartamento... la ilusión secreta,
la escalera en sombra, tan larga y fatal
y el ojo travieso de una luz inquieta,
lamparita taita de mi soledad.
Las tres de la tarde... invernial afuera,
el viento, la lluvia... pasos... ansiedad!
La puerta se abre y cuando se cierra
va está entre mis brazos la felicidad.

De venta en la Casa COLUMBIA



Al Comprar ARTICULOS de PLATA NACIONAL

exija Ud. la marca **ZETKO**
única que garantiza alta ley
e insuperable acabado.

ZETTEL & KOHLER

Espaderos 517 - 521

Talleres Propios

Operarios Escogidos